



5
Zef.
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

INVESTIGACION
TEORICO-DOCUMENTAL
CONCEPTO DE IDENTIDAD

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A :
MINERVA ALONSO TAMURA

DIRECTOR DE TESIS: LIC. EDUARDO HERRASTI Y AGUIRRE

MEXICO, D. F.

MAYO DE 1995

FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

A mi asesor y amigo Eduardo Herrasti. Gracias por su gran apoyo e interés profesional. Gracias por su invaluable apoyo emocional y por su comprensión. Gracias mil por aquellas clases de psicosis y sus apuntes que me ayudaron a conformar el Capítulo IV. Por su gran calidad profesional y humana. Mi cariño y agradecimiento estarán siempre con usted.

A la memoria de mi madre Elisa Tamura. Porque te fuiste mucho antes de que mis ojos se saciaran de tu presencia. El logro de haber llegado hasta aquí, hasta donde te hubiera gustado verme te lo debo a tí, gracias mamá, tu recuerdo me acompaña siempre.

A ti Humberto Labra, mi pareja, mi compañero, mi complemento. Gracias porque en medio de la tormenta y el caos tú estabas ahí para darme calma y seguridad. Gracias por tu gran amor, por tu impulso y apoyo en los tiempos difíciles. Porque hemos formado una alianza y porque tenemos un compromiso mutuo que jamás podremos romper. Te amo.

A la Sra. Ma. Teresa García. Gracias por todo el apoyo que me ha brindado este tiempo. Gracias por aceptarme en su pequeño núcleo familiar y acercarme a él. Gracias por su confianza, está usted plenamente correspondida. La admiro, la respeto y la quiero mucho.

A mi amigo Jean Paul Freyssinier. Gracias Paul por toda la ayuda que me brindaste para imprimir este trabajo. Eres una persona llena de cualidades y bondad. Te quiero mucho.

A mis revisores y sinodales. Gracias por el tiempo e interés invertido en este trabajo. En especial a la maestra Ma. Asunción Valenzuela, porque su clase y su ejemplo como profesional me anima a seguir adelante.

INDICE

Resumen	vi
Introducción	1
CAPITULO 1 Concepto de identidad según diferentes autores	7
1.1 Filosofía	8
1.2 Psicología	16
CAPITULO 2 Formación y adquisición de la identidad	31
2.1 Lactancia	33
2.2 Temprana infancia	35
2.3 Infancia	38
2.4 Latencia	44
2.5 Preadolescencia	46
2.6 Adolescencia	48
2.6.1 Relaciones con los padres	49
2.6.2 Fase de aislamiento	51
2.6.3 Relaciones de amistad y formación de grupos de iguales.	52
2.6.4 Fase de experimentación heterosexual	56
2.7 Juventud	62
2.8 Edad adulta	64
CAPITULO 3 Identidad y relaciones interpersonales	69
3.1 Relaciones de amistad	70
3.2 Relaciones amorosas	82

CAPITULO 4	Identidad y psicopatología	90
4.1	No estructuración de la identidad	96
4.2	Mala estructuración de la identidad: Neurosis	98
4.2.1	Neurosis de angustia	111
4.2.2	Neurosis fóbica	112
4.2.3	Neurosis histérica	112
4.2.4	Neurosis obsesivo-compulsiva	115
4.3	Desestructuración de la identidad: Psicosis	117
4.3.1	Reacciones esquizofrénicas	127
4.3.2	Reacciones paranoides	127
4.3.3	Reacciones afectivas	128
4.3.4	Reacciones psicóticas involutivas	128
CAPITULO 5	Identidad y salud mental	132
Discusiones		145
Conclusiones		156
Bibliografía		167

RESUMEN

El propósito específico de este trabajo de tesis es el de servir de base y punto de arranque a futuras investigaciones, tanto bibliográficas como de campo en torno al concepto de identidad.

Es de suma importancia conocer de una forma más clara lo que significa la identidad en el individuo, dado que somos seres humanos que cotidianamente tenemos contacto y nos movemos entre otros seres humanos. Esta investigación bibliográfica pretende además de lograr un concepto global de identidad, profundizar tanto en la secuencia de su desarrollo en el hombre-individuo y en el hombre-especie, así como presentar el vínculo que existe entre la identidad y relaciones interpersonales, las diferentes patologías que una identidad deficiente puede generar y por último, su relación con la salud mental.

La identidad es el núcleo interno de cada persona y dado que existe un gran interés por conocer más al hombre, la identidad es pues el tema central de esta tesis.

La identidad es una cualidad que el individuo trae inherente a su propia naturaleza como ser humano. El individuo forma un todo como especie y consigo mismo entre los demás individuos que lo rodean.

Si bien el individuo se ve influenciado por su entorno familiar y social de manera importante en el transcurso de su desarrollo, es al final, él mismo quien se vive como ser único, quien toma consciencia de esta unicidad y soledad consigo mismo, sentimiento que nadie puede vivir por él sino él mismo. Sus experiencias buenas o malas le pertenecen le gusten o no y nadie puede responsabilizarse de las consecuencias que se deriven de estas experiencias, sólo él mismo.

El desarrollo de la identidad es un proceso que comienza desde que se engendra al individuo y que lo acompaña a lo largo de toda su vida. En este proceso todas las esferas del hombre juegan un papel importante, por lo que es importante que se observe al individuo como un ser total y no dividido, es decir, cuando se le observa en su esfera intelectual no se debe dejar a un lado que también tiene una

esfera biológica, una esfera social, una esfera emocional, entre otras, que pueden ayudar u obstaculizar su desempeño intelectual. Es igualmente importante que el individuo viva cada momento, cada etapa en su tiempo respectivo, pasando y resolviendo cada etapa, lo cual le será de gran ayuda para que logre la salud mental.

INTRODUCCION

INTRODUCCION

Los seres humanos nos movemos entre otros seres humanos , muchos sólo son rostros desconocidos para nosotros y otros, a pesar de que son gente cercana, en el fondo también son un misterio. Esto ocurre cuando se comprende que el concepto que yo tengo de tí jamás llegará a ser lo que tú eres para tí mismo. Es por eso que cada quien es quien es y nadie más.

El proceso de identidad en el ser humano es profundo y en ocasiones es imposible comprender por qué algunos individuos logran una identidad bien integrada a pesar de que pasaron por etapas de desequilibrio y falta de cuidados y otros que tuvieron todas las condiciones óptimas en su desarrollo tienen una identidad llena de huecos y carencias. Esta interrogant sigue siendo un misterio ya que hasta la fecha no se ha podido determinar en forma satisfactoria ya sea desde un punto de vista funcional o desde uno orgánico el error en el proceso de desarrollo.

Este trabajo de tesis está dedicado al estudio de identidad, estudio que resulta de interés no sólo para el individuo, sino también para la sociedad.

Identidad resulta actualmente un concepto confuso y se le mezcla en un sinnúmero de ámbitos y situaciones. Se le escucha desde un comercial televisivo hasta al individuo que se pregunta ¿quién soy yo?

La importancia del concepto identidad radica en sí mismo, su fuerza se encuentra en su núcleo y de la comprensión de esto depende la salud mental de cada ser humano.

La inquietud de este trabajo de investigación nace como una búsqueda personal, individual. No me es suficiente palpar el concepto de identidad haciendo de muchos puntos de vista uno global al que se le pueda manejar sin confusiones. Me es necesario indagar algo más acerca de lo que abarca el concepto de identidad para de ésta manera reafirmar internamente mi propio yo.

La identidad tiene desde mi punto de vista primeramente un carácter individual y más tarde se le puede otorgar a un grupo una identidad colectiva que lo hace diferente de los otros grupos, de lo contrario el grupo carecerá de consistencia

si cada uno de sus miembros no sabe ni quién es. El ser humano es individuo antes que sociedad.

Se recopiló un vasto número de bibliografía que dada la magnitud del trabajo no se le puede denotar como exclusiva. Quedan muchos autores por revisar y analizar que seguramente desde su propia corriente y teoría pueden aportar algo al concepto identidad.

De los autores revisados se pudo aprender algo: la identidad no es un proceso pasivo, por el contrario, se trata de un proceso en pleno movimiento desde que el individuo nace hasta que muere. Muchos autores otorgan una gran importancia al entorno social y se olvidan de lo biológico y de lo psíquico. El ser humano no está solamente compuesto por un aspecto, se trata de un ser que engloba las esferas biológica, psicológica y social, y esto es algo que se repetirá varias veces a lo largo del trabajo para subrayar su importancia. La psicología es una ciencia en pleno avance que no puede estancarse en ideas unilaterales que lejos de ayudar al estudio del hombre lo entorpece.

La identidad es inherente al hombre, nace con éste, tanto con el individuo como con la especie. El hombre al ser un individuo bio-psico-social se le debe considerar como una gestalt indisoluble compuesto por diferentes partes, todas estas destinadas al pleno desarrollo del ser.

La identidad le permite a cada individuo vivir como un ser único y diferente de todos los demás, le permite saber que sus ideas y sentimientos le pertenecen a él y a nadie más. Que sólo a él le pertenece su vida y que si no la vive, nadie lo hará por él.

La identidad lleva al hombre a reflexionar acerca de sí, a preguntarse ¿quién soy? Lo lleva al temor de la soledad al darse cuenta de que está solo en el mundo, sin embargo, cuando se llega a este punto, lejos de sentir soledad el individuo toma consciencia de su unicidad como ser, lo que lo ayuda a vivir y saber compartirse con los demás.

El trabajo, para su mejor comprensión se divide en cinco capítulos:

El primer capítulo titulado "El concepto de identidad según diferentes autores" es una revisión histórica desde diferentes épocas y áreas. Se remonta al estudio del hombre en los tiempos de los grandes pensadores griegos, pasando por algunas de las distintas etapas históricas desde un punto de vista filosófico. Asimismo, se hace una breve revisión de la identidad del hombre desde una visión antropológica, para terminar con las diferentes teorías psicológicas, tanto en sus inicios como la contemporánea. Esto se hace con el fin de formar un concepto global de identidad en el individuo. Concepto que cumple con el propósito de ayudar a comprender y asimilar el núcleo yoico de cada individuo.

En el segundo capítulo "Formación y adquisición de identidad" se hace una revisión cronológica del ser humano, es decir, se hace un recorrido por sus diferentes etapas en el desarrollo para comprender cómo es que cada quien llega a ser diferente de los demás, en dónde reside ésta diferencia y cómo es que cada quien puede conformar su propia identidad. Este capítulo es una profundización del primero. Es una búsqueda más allá del simple concepto, se buscó ahondar en éste para darle volumen y forma. Para saber qué hay detrás del concepto que da a cada ser humano un sello distintivo.

El tercer capítulo "Identidad y relaciones interpersonales" explora las dimensiones de la identidad en la vida del individuo. De qué me sirve saber que yo soy yo. La importancia que tiene para el hombre poseer una identidad bien integrada. Lo que implica la identidad y la relación con quienes nos rodean. Explora las características de una persona cuya identidad se consolidó en la salud y la de aquella cuya identidad se ve deformada.

El cuarto capítulo "identidad y psicopatología" profundiza en el estudio del individuo cuya identidad presenta carencias del desarrollo y sus consecuencias de una u otra especie. Se hace una revisión de las enfermedades que impiden al individuo llegar a cristalizar su identidad, como de las neurosis y psicosis que imposibilitan en diferente grado la vida del sujeto.

El quinto y último capítulo "Identidad y salud mental" es una recapitulación de los cuatro primeros y enfatiza las principales características y beneficios de lo que significa tener una identidad bien integrada. Se observa al individuo como un ser total con capacidad de lograr una reestructuración de las

etapas que no pudo completar satisfactoriamente para que así pueda tomar el curso propio hacia la identidad.

El propósito específico de este trabajo es el de servir de base para futuras investigaciones bibliográficas que busquen profundizar y ampliar el tema desde los diferentes componentes de la identidad, y para investigaciones de campo que busquen resolver de manera cuantitativa las características cualitativas anotadas en esta investigación la identidad.

CAPITULO 1

CONCEPTO DE IDENTIDAD SEGUN DIFERENTES AUTORES

**El que yo sea un hombre
eso lo comparto con otros hombres.
El que vea y oiga y el que coma y beba
es lo que por igual hacen todos los animales.
Pero el que yo sea yo, es mío exclusivamente,
y me pertenece,
y a nadie más;
a ningún otro hombre,
ni a un ángel ni a Dios:
excepto en cuanto yo soy uno con El.**

**Fragmentos - Maestro Eckhart -
(Citado por Erich Fromm)**

CAPITULO 1

CONCEPTO DE IDENTIDAD SEGUN DIFERENTES AUTORES

A lo largo de la historia de la humanidad se ha visto que el hombre se ha preocupado por el hombre. Paralelamente a su curiosidad por los fenómenos naturales como la lluvia, el fuego, las estrellas, los relámpagos, entre otros, ha existido un cuestionamiento en torno a sí mismo. Esto es, ha habido una inquietud por saber quién es el hombre, de dónde viene y hacia dónde va. Para él, ha sido importante reflexionar acerca de sí y su existencia.

Por ello que, el estudio sobre la identidad, pueda decirse; es inherente al ser humano. La búsqueda de éste significado se remonta al mismo origen del hombre. En los tiempos antiguos, el estudio del hombre tenía un carácter subjetivo; con el paso del tiempo se insistió en darle un carácter más objetivo, palpable, de modo que todo estudio e investigación siguiera este mismo patrón. Antaño muchas de las manifestaciones de la conducta humana tenían un origen oscuro que se atribuía, en muchas ocasiones, a la magia o eran, por otra parte, completamente inexplicables.

El estudio del hombre no ha escapado a su propio proceso, ha pasado por muchas corrientes, doctrinas y teorías. De aquí que, el propósito de ésta investigación sea revisar y analizar el concepto de identidad desde diferentes puntos de vista, con el fin de comprender su desarrollo a lo largo de la historia y poder aportar, una aproximación integral del concepto identidad.

Para lograrlo se tomarán en cuenta puntos de vista de la filosofía, antropología y psicología que ayuden a esclarecer la idea de la identidad en el hombre. Núcleo central de esta tesis.

Las corrientes filosóficas surgen y se desarrollan a lo largo de la historia en diversas épocas y sociedades ante la inquietud del acontecer humano, tratando de responder a problemas planteados en las interrelaciones sociales, grupales y personales, así como ante el mismo comportamiento o conducta del ser humano. Es por ésta razón que existe un estrecho vínculo entre los conceptos y la realidad humana sujeta al mismo devenir histórico y a los cambios en el paso del tiempo. Por

lo tanto, las doctrinas filosóficas no pueden considerarse en un marco aislado, sino, dentro de un proceso de cambio, el cual constituye propiamente su historia.

Se encuentra pues, que la historia y la filosofía están relacionadas con la vida social y con cada una de las doctrinas que de ellas emergen, se ven influenciada por las anteriores, así como influirán de manera importante en las que le sean posteriores.

Algunas de las doctrinas filosóficas fundamentales que reflejan de alguna manera la inquietud hacia el hombre y su identidad, se revisarán brevemente.

1.1 FILOSOFIA

- DOCTRINAS GRIEGAS

Desde la época presocrática, aún cuando la vida política en Grecia no se había democratizado, surge ya una atención especial hacia los problemas referentes al ser. Parsénides, representante de la Escuela de Elea, es el primer filósofo que habla del ser, definiéndolo en una unidad eterna e inmóvil que identifica con el pensamiento: la mente y el ser son uno. El ser siempre es y está presente, la ausencia del ser es la nada.

Las nuevas condiciones que se dan en el Siglo V a.C. en muchas ciudades griegas (especialmente en Atenas), al triunfar la democracia esclavista frente al poder de la vieja aristocracia, se desarrolla una vida intensamente pública que da nacimiento a las ideas de los sofistas, los cuales constituyen un nuevo movimiento intelectual. El sofista reacciona contra el saber acerca del mundo por considerarlo estéril y se siente atraído sobre todo por un saber acerca del hombre, dejando la existencia de verdades universalmente válidas: no hay verdad, ni error en las normas, por ser humanas son transitorias.

Protágoras, así cae en el subjetivismo, diciendo que el hombre es la medida de todas las cosas. Lo más valioso de sus aseveraciones es que considera que cada persona siente, actúa y experimenta el mundo de diferente manera según sus propias cualidades, estructura mental e historia previa y estado de ánimo: así como su libertad para actuar. (Ferrater Mora, 1971)

Giorgias, sin embargo, llega a la conclusión de que es imposible saber lo que existe verdaderamente y lo que no existe.

Sócrates, sostiene que el saber fundamental es el saber acerca del hombre, pero es en un conocimiento universalmente válido (contra lo que sostienen los sofistas), dice que el mundo interior, accesible a la mirada de la conciencia es el método del conocimiento, de ahí su máxima: "conócete a ti mismo". (Ferrater Mora, 1971)

Para Platón el hombre tiene un alma dividida en tres partes: razón, voluntad y apetito. Afirma que la mayoría de las personas permanecen en el plano del conocimiento sensible, pero que algunas personas logran la ascensión cognoscitiva de lo sensible a lo intelectual, alcanzando el conocimiento real y el auténtico ser. (Lohlé, 1975)

Aristóteles se opone al dualismo ontológico de Platón. para él, la idea no existe separada de los individuos concretos, que son lo único real; la idea sólo existe en los seres individuales. Pero en el ser individual hay que distinguir lo que se es actualmente y lo que se tiende a ser. El hombre debe realizar también con su esfuerzo lo que es potencia, para realizarse como ser humano. (Lohlé, 1975)

El fin último al que tiende el hombre es la felicidad, o sea, la vida teórica o contemplación, como actividad humana guiada por lo que hay de más propio y elevado en el hombre: la razón.

- ESTOICOS Y EPICUREOS

El estoicismo y el epicureísmo, corrientes que surgen en el proceso de decadencia y de hundimiento del mundo antiguo grecorromano, que se caracteriza por la pérdida de la autonomía de los Estados Griegos y por la aparición, desarrollo y ocaso de los grandes imperios: primero, el macedónico y después el romano. El estoicismo tiene como principales representantes a Zenón y Séneca; el epicureísmo, a Epicuro y Lucrecio Caro.

Para los estoicos, el mundo o cosmos es un gran ser único que tiene como principio, alma o razón a Dios, que es un animador u ordenador. En el mundo sólo

sucede lo que Dios quiere y por ello reina en él una fatalidad absoluta: no hay libertad ni azar. El hombre, como parte de éste mundo, tiene en él su destino, y como todo se halla regido por una necesidad radical, lo único que le queda es admitir su destino y obrar con conciencia de él. Tal es la actitud del sabio. (Ferrater Mora, 1971)

Para los epicúreos, todo lo que existe, incluyendo el alma, está formado por átomos materiales que tienen un cierto grado de libertad en cuanto que puedan desviarse ligeramente en su caída. No hay ninguna intervención divina en los fenómenos físicos ni en la vida del hombre. Liberado así del temor religioso, el hombre puede buscar el bien en este mundo. (Ferrater Mora, 1971)

Así pues, el epicúreo alcanza el bien, retirado de la vida social, sin caer en el temor de lo sobrenatural, encontrando en sí mismo la tranquilidad y la autosuficiencia.

Desde esta época histórica, se puede notar cómo existe ya un dilema, en cuanto a la concepción del hombre, en el que se plantea por un lado, un ser divino, el cual se puede enfocar como una influencia externa; y la aproximación opuesta que resalta la capacidad de libertad en todo lo que existe. A pesar de que estas dos concepciones están dadas en el mismo contexto y provienen de la misma situación política y social, se da ya una divergencia en el pensamiento que se acerca al término de identidad.

- EPOCA CRISTIANA MEDIEVAL

San Agustín, se separa del pensamiento griego antiguo al subrayar el valor de la experiencia personal, de la interioridad, de la voluntad y el amor. Dice que la verdad del hombre debe buscarse en su interior y, por lo tanto, pone énfasis en la vida subjetiva y el autoconocimiento. La filosofía agustiniana, coincide en sus rasgos generales con la aristotélica.

Define así al hombre como materia (cuerpo) y forma (alma), cuya unión es incompleta y por lo cual sobrevive a la muerte, necesitando una nueva unión en la resurrección. El ser es ilimitado y para manifestarse en un ente, se necesita de dos

elementos 1) la esencia que limita al ser y 2) la existencia, que sería la actualización de dicha esencia o ser limitado. Sólo en Dios encontramos el acto puro del ser, puesto que El no existe, sino que es. (Lohlé, 1975)

De El participan todos los seres, por lo que cada ser es diferente y único con respecto a su esencia y existencia, hay un elemento común a todos ellos: el ser, y éste se basa en Dios.

- EPOCA MODERNA

Abarca desde el Siglo XVI hasta comienzos del XIX. Se destaca la tendencia antropocéntrica en contraste con la teocéntrica y teológica medieval.

El hombre adquiere un valor propio no sólo como ser espiritual, sino también corpóreo, sensible y no como ente de razón, sino de voluntad. Su naturaleza no solamente se ve en la contemplación, sino también en la acción. El hombre afirma su valor en todos los campos: en la ciencia, al ponerla al servicio de las necesidades humanas; en la naturaleza, al considerarla como objeto de la transformación o producción humanas; en el arte, al representar todo con los ojos humanos. En esta época moderna, el hombre empieza a ser considerado como un ser con capacidad de decisión y de poder trascender los determinismos naturales, elementos tan importantes en la identidad del hombre.

Con Descartes en el Siglo XVII se perfila ya claramente la tendencia a sentar la filosofía en el hombre, aunque este se conciba como un abstracto y pensante. (Lohlé, 1975)

En el Siglo XVIII aparece Hume como un pensador empirista, para el cual todos los conocimientos se basan en la experiencia sensible. Lo válido es lo real, por lo que rechaza ideas de substancia y del yo. No toma en cuenta la experiencia intelectual y la abstracción. Sin embargo, al negar tal existencia del yo, niega las diferencias individuales.

Por otra parte, Kant sostiene, en el terreno del conocimiento, que no es el sujeto el que gira en torno al objeto, sino al revés, lo que el sujeto conoce es el producto de su conciencia.

Lo que expresa Kant acerca de la forma en la que observamos los objetos, es producto de nuestra percepción de los conocimientos que tenemos, a los cuales les atribuimos ciertas características. Esto está en contraposición de lo expuesto por Hume, quien considera que lo válido es lo real, dándole un mayor peso al objeto y cerrándose a las diferencias individuales, los objetos como reales los vivimos de la misma manera. (Ferrater Mora, 1971)

Así, Kant hace una síntesis del empirismo y el racionalismo. Piensa que las cosas no tienen adjetivos o características en sí mismas, sino que nosotros por medio de nuestro conocimiento, captamos así las cosas y les implantamos las categorías al objeto. Por lo tanto, el hombre no puede nunca conocer el objeto en sí, sino que sólo conoce la cosa dentro de sí mismo, pues lo que llamamos real es la proyección de nuestras categorías a una manera caótica y sin unidad. Así, el hombre se define como un ser activo, productor y creador. (Ferrater Mora, 1971)

Schopenhauer considera que la forma de conocer la verdad es por el análisis de sí mismo, del yo como objeto psíquico, que nos conduce a la existencia. Este análisis muestra, que nuestra esencia está hecha de voluntad que motiva, alienta e impulsa. Por lo tanto, es eterna insatisfacción. (Ferrater Mora, 1971)

- EPOCA CONTEMPORANEA

En estas teorías que no sólo comprenden las del presente siglo sino las del pasado, se empieza a considerar al hombre como un "yo" y a éste se le relaciona con algo más allá de lo únicamente eterno, como una existencia, como un "sí mismo", lo que se llamaría más adelante identidad.

Los fundamentos de la teoría marxista del ser se encuentran en los intentos de Marx de reconquistar también al hombre concreto que se había convertido en una serie de abstracciones: en Hegel, como predicado de la idea; de Stirner, como yo absoluto o el Único.

El hombre real para Marx, es una unidad indisoluble, un ser espiritual y sensible, natural y propiamente humano, teórico, práctico, objetivo y subjetivo. El hombre es ante todo, praxis, es decir, se define como un ser productor,

transformador, creador; mediante su trabajo transforma la naturaleza exterior, se plasma en ella y a la vez , crea un mundo a su medida, es decir, a la medida de la naturaleza humana. Esta objetivación del hombre en su mundo externo, por el cual produce un mundo de objetos útiles, responde a su naturaleza como ser productor que se manifiesta también en el arte y en otras actividades. (Lohlé, 1975)

El hombre es además un ser social. Sólo produce, produciendo a su vez determinadas relaciones sociales sobre las cuales se elevan las demás relaciones humanas, entre ellas las que constituyen la superestructura ideológica.

Los hombres son los que hacen su propia historia, cualquiera que sea el grado de conciencia con el que la realicen y de su participación consciente en ella. Pero en cada época histórica, el agente principal del cambio de la clase o clases cuyos intereses coinciden con la marcha ascendente del movimiento histórico.

Kierkegaard es considerado actualmente el padre del existencialismo. Para él, lo que vale es el hombre concreto, el individuo en cuanto tal, es decir, su subjetividad; dice que no cabe una explicación racional, objetiva de la existencia individual (esta no puede ser explicada, sino vivida). Por lo tanto, la vida es una permanente elección de posibilidades, es una proyección al futuro. El hombre también debe elegirse a sí mismo, de aquí se origina su angustia, inherente a su existencia. (Lohlé, 1975)

Sostiene que quien es verdaderamente sí mismo, vive en un mundo auténtico; quien se disipa, vive en un mundo deformado y falso. El pensamiento y la verdad son funciones de la existencia (no son independientes). La verdad es subjetiva, finita, individual, mudable, como la existencia de que depende. Se puede observar aquí ya una plena referencia a la identidad del hombre que no se puede negar ni dejar de lado.

Max Scheler, habla de la diferencia entre un individuo y una persona. Dice que si se suprimen las cualidades del hombre o la mujer, tenemos al individuo. La persona es más allá del yo egoísta, madurez y conciencia, así como la libertad y portador de valores, es un ente que ama.

El hombre es un ser que no sólo existe, sino que sabe que existe y trata de prolongar su existencia individual e íntima. Al ser consciente de esto, el hombre va a

explorar el mundo con el objeto de orientarse en él, y en este afán se esfuerza por proveer y preever el futuro, tratando de trascender su situación en el tiempo. Simultáneamente en esta orientación, el hombre busca el esclarecimiento de su existencia, es lo que nunca puede convertirse en objeto, el origen a partir del cual yo pienso y obro, del cual hablo en movimientos, del pensamiento que no son conocimientos. La existencia de aquello que se comporta consigo mismo, y de este modo, con su trascendencia, es absolutamente histórica, tiene el origen en sí mismo, es libre. (Ferrater Mora, 1971)

No es algo rígido, sino algo que perdura en el tiempo. Cada existencia posee su tiempo; hay en ella origen y nacimiento. No es real en ella lo que corresponde a una sensación, sino lo absoluto en el momento decisivo en contraste con la posibilidad objetiva, tenemos la posibilidad de elección como indecisión del futuro en que consiste mi existencia. La existencia se da únicamente como comunicación que se percata de lo que es: yo soy sólo en mi comunicación. Cuando uno de nosotros experimentamos la fatalidad de nuestra existencia, su fragilidad y finitud, entonces sentimos la presencia de la trascendencia y reflexionamos sobre ella; somos conscientes de nuestro ser y de nuestra vida: usamos la filosofía. Esta búsqueda nos lleva al estado de angustia, en la que la conciencia al ver retirarse al mundo, tiene el vacío debajo de sí y es reducida al sentimiento de pura posibilidad.

Martín Buber, considera que el hecho característico y dramático que lleva al hombre a preguntar su esencia y su lugar en el cosmos es la soledad. Aquí se cuestiona a sí mismo y hace entrar en juego lo más recóndito de sí mismo, el hombre llega a cobrar experiencia de sí mismo. (Lohlé, 1975)

Una persona existe cultural y espiritualmente con el lazo afectivo e intelectual, que le va poniendo en comunicación con otras personas, a través de las diversas formas de lenguaje.

El hombre en su existencia no sólo vive y tiene, sino que en cuanto persona, también es. Así pues, el ser es una categoría superior al tener, pues el hombre existe en el ser, participa del ser y se comunica con las demás personas gracias a su mutua apertura en el ser. El ser, es el ambiente propio de la existencia personal, es una presencia continua, o mejor aún, es la materia prima de la cual está hecha la persona.

El hombre que todavía no llega al nivel del ser, sino que trata a los demás en la categoría del tener, revela que todavía no ha llegado a la existencia humana y personal. Se puede observar, que actualmente la gran mayoría nos estancamos en este nivel. Todo está en relación con el tener y nos olvidamos que antes de tener, somos.

Hasta aquí llega el análisis de algunas de las principales doctrinas filosóficas occidentales, que de alguna manera resumen la ideología en torno al hombre, a su esencia y a su ser. Sin duda alguna, faltarán muchos autores y corrientes que hayan, en un momento dado, hecho alusión al hombre, sin embargo, la filosofía es tan amplia como hombres hay en el mundo, por lo cual, sólo se tomaron en cuenta aquellas que parecieron más pertinentes.

Pasando a otro campo, el de la antropología, se dará brevemente, dado que esta disciplina se ha apoyado en gran parte del estudio de la filosofía, la aportación que este campo brinda al estudio de la identidad del hombre. Clark (1985) arqueólogo y antropólogo dice que la identidad del hombre debe buscarse en su historia, tal como se ha llegado a conocer a través de la investigación de la prehistoria. "Es un hecho ineludible que en realidad conocemos por su nombre a muy pocas personas entre las infinitas legiones de los difuntos, incluso a lo largo de periodos históricos completos. Recíprocamente, no es menos cierto que todos los seres humanos, tanto si los conocemos por su nombre como si no, nos son totalmente desconocidos, y adquirieron su humanidad en virtud a su pertenencia a grupos sociales y de su participación en unas historias comunes. Los hombres no nacen con una cultura; la adquirieron de sus semejantes.

Por útil y hasta válido que pueda ser para el trabajo de laboratorio, la descripción de un ser humano en términos de sus componentes químicos, expresados en una fórmula, o incluso, a un nivel más elevado, como una organización de protoplasma consciente, de nada le sirve a una persona en la búsqueda de su propia identidad."

El punto de vista antropológico se preocupa por la identidad del hombre como ser humano, es decir, se pregunta ¿qué es el ser humano? O para plantearlo de otra manera ¿qué significa ser humano y no cualquier forma de primate? Se va de lo particular a lo general, sin embargo, se da cuenta de que aunque esto es importante,

el saber de qué manera evolucionó el hombre de las demás especies de primates, esto no es de ninguna ayuda para una persona que está tratando de responder la pregunta de *¿quién soy yo?*

1.2 PSICOLOGIA

El campo de la Psicología es muy vasto y extenso. En esta disciplina no existe una sola teoría que explique el comportamiento humano y es por esta razón que desde sus comienzos, han surgido varias corrientes, que desde su propio punto de vista aportan teorías que sirven para entender un poco más al ser humano.

Al hablar de identidad se da pie al surgimiento de muchas interrogantes: *¿Cuál es su naturaleza? ¿Es una fuerza, un vínculo o un símbolo? ¿Es una relación entre muchas relaciones? ¿Es un sentimiento? ¿Existe desde el comienzo de la vida o se va consolidando poco a poco en el curso de la evolución? ¿Tienen algo que ver el cuerpo y la identidad? ¿Qué ocurre frente a los cambios del ambiente externo o de la mente?*

Por todas estas interrogantes y muchas más es importante llegar a un concepto integral de identidad, así como conocer el desarrollo y adquisición de ésta.

Sólo al comprender la identidad como algo individual es que se puede llegar al entendimiento de la identidad social en un determinado grupo.

La identidad, si pudiera localizarse en un lugar, este sería el yo y para que se dé una identidad es necesario que primero se dé una identificación. A la identidad, estructuralmente se le ha hecho residir en el yo, es por eso que para hablar de identidad haya que hablar de identificación en primer lugar, así como de otros mecanismos intrapsíquicos como la introyección, la proyección y la internalización, mecanismos que el yo lleva a cabo.

Para una mayor comprensión, es pertinente aclarar estos diferentes términos para evitar confusiones, por lo que se explicará brevemente el concepto de yo, sí mismo, identificación, introyección, proyección e internalización.

El primer autor que utilizó el término "yo" fue Sigmund Freud al hacer una clasificación entre las diferentes estructuras intrapsíquicas (yo, ello y superyó), que cada ser humano posee. Estas estructuras no tienen una localización física u orgánica, sin embargo, cada una tiene su propia función dentro del comportamiento del individuo.

Así pues, para Freud (1923) "el yo es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones. La importancia funcional del yo se expresa en el hecho de que normalmente le es asignado el gobierno sobre los accesos a la motilidad".

Freud le otorga al yo la capacidad pensante que tiene el individuo, la cualidad de discernimiento para llevar a cabo o no una acción determinada.

Para Hartmann (Cueli, 1976) "el yo psicoanalíticamente no es sinónimo de personalidad ni de individuo, tampoco coincide con el sujeto en oposición al objeto de la experiencia; tampoco es en modo alguno el saber o el sentimiento de nuestro propio ser. Constituye una subestructura de la personalidad y se define por sus funciones. El yo organiza y controla la movilidad y la percepción, la percepción del mundo exterior, pero probablemente también del sí mismo. El yo comprueba la realidad. Igualmente sus funciones son la acción, a diferencia de la simple descarga o tora, y el pensamiento". (p. 173)

"Otra serie de funciones que atribuimos al yo, es lo que denominamos el carácter de una persona. Así como las tendencias coordinadoras e integradoras, conocidas como función sintética". (Hartmann, citado por Cueli, 1976, p. 174)

Para Melanie Klein (Segal 1992), el bebé al nacer ya posee un yo aunque incipiente. Es decir, su punto de vista difiere al de Freud, dado que este último dice que el yo se adquiere cuando el niño tiene más edad, esto parece interesante, ya que si se toma en cuenta que el bebé viene ya equipado con un yo en proceso de formación, la identidad del bebé también viene con él desde que nace y con el tiempo va sufriendo cambios y transformaciones.

De hecho Klein hace una diferenciación entre el "yo" como mera estructura psíquica y el "Yo" como aquello que es asimilado a uno mismo (Segal, 1992).

De todo lo anterior se puede decir que el yo es ante todo una estructura, aun instancia psíquica que coordina las acciones y pensamietos, que sirve como mediador entre las pulsiones y las reglas morales (el ello y el superyó) y que mantiene contacto con la realidad externa como con la interna del individuo.

Quizás el self o Yo de Klein es el sí mismo para autores como Mead (1972) quien lo considera como la característica de la persona como objeto para sí. "Esta característica está representada por el término "sí mismo", que es un reflexivo e indica lo que puede ser al propio tiempo sujeto y objeto. El individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino sólo indirectamente, desde los puntos de vista particulares de los otros miembros individuales del mismo grupo social, o desde el punto de vista generalizado del grupo social, en cuanto un todo, al cual pertenece". (pp. 168-170)

Según Rogers (1961) la identidad, el sí mismo es una experiencia del organismo que se va diferenciando poco a poco. Es una gestalt conceptual, organizada y coherente, compuesta de concepciones características del yo o del mí y las percepciones de las relaciones del yo o del mí con otros y con diversos aspectos de la vida junto con los valores vinculados a esas percepciones. Se trata de una gestalt que está preparada para la consciencia, no necesariamente en la consciencia. Se habla de una gestalt fluida y cambiante, un proceso que en cualquier momento determinado, se torna una entidad específica.

Acerca de la identificación, Freud (1921) hace la siguiente anotación: "El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona".

La identificación se lleva a cabo respecto a un objeto externo al que se desea uno parecer. En el caso del bebé los objetos que tiene más a la mano son sus propios padres, así que empieza a realizar identificaciones con ellos.

Melanie Klein (Segal, 1992) considera a la identificación como un resultado de procesos introyectivos y proyectivos. Le llama identificación introyectiva al resultado de la introyección del objeto en el yo, el cual se identifica entonces con algunas de sus características, o con todas. Esto es, que el yo del bebé comenzará a "guardar" dentro de sí aquellas características con las que se identifica y que le corresponden o pertenecen al objeto externo a él.

Por otro lado, le llama identificación proyectiva al resultado de la proyección de partes del Yo en un objeto. Puede tener como consecuencia que se perciba al objeto como habiendo adquirido las características de la parte proyectada del Yo, pero también puede resultar en que el Yo llegue a identificarse con el objeto de su proyección.

La proyección es pues el proceso contrario a la introyección, en donde las características del propio individuo se depositan en el objeto externo y de esta manera es que se identifica el Yo con el objeto.

En cuanto al concepto de internalización, Michaca (1987) cita a varios autores que dan una explicación de lo que significa el proceso de internalización. Así, dice que Schaefer (1960) define "internalización se refiere a todos aquellos aspectos mediante los cuales el sujeto transforma interacciones reguladoras, reales o imaginarias, o características reales o imaginarias de su ambiente en regulaciones y características internas...la identificación y la introyección deben reconocerse como dos tipos de internalización, y la incorporación se refiere a un contenido de ideación particular en el proceso primario".

Asimismo Michaca dice que es importante diferenciar lo que es el mundo interno y lo que es el mundo interior. El mundo interno se encuentra poblado por las estructuras principales, las identificaciones, los mecanismos de defensa, el yo, el ello, etc. En cambio el mundo interior es el que regula la orientación en el mundo externo. Es un interior del mundo externo. Es el mundo de las representaciones.

Se puede observar que ambos mundos se encuentran interrelacionados ya que son las estructuras psíquicas las que realizan las representaciones, aunque como dice Michaca "no todo lo que se internaliza se estructuraliza". La internalización no afecta por sí misma a la estructura intrapsíquica.

De esta manera se puede observar más claramente la importancia que tienen los procesos de identificación, introyección, proyección e internalización en la adquisición de la identidad. Sin estos, simplemente, el individuo carecería de identidad.

Este proceso es algo inherente al individuo y pocas veces podemos percatarnos de la singularidad con la que vamos trascendiendo en la vida, pero que

conforma la percepción que cada quien tiene de sí mismo. Esto es, que los procesos que el niño debe llevar a cabo para llegar a una identidad se realizan porque no hay de otra, la naturaleza humana es algo que no se puede negar y ya sea que el niño se encuentre rodeado de gente, como de animales, por ejemplo, las identificaciones se harán ya sea con personas o bien con animales, pero no dejan de suceder.

Según Ainsenson Kogan (1982) "la identidad es el equivalente de la personalidad, pero cuando se emplea este término se atiende, en particular, a lo que ofrece de distintivo la personalidad de cada uno en relación con la de los demás, se atiende a lo que cada uno es en medio de los otros, porque identidad es, sobre todo, el diseño de nuestros límites y sentimiento de identidad es la vivencia en que el sí mismo se autorrefleja, el entrañable saber no conceptual sino más que nada afectivo, de nuestra más íntima singularidad, o sea, de nuestra especificidad y de nuestra unidad y continuidad temporal".

Para Grinberg (1973) la adquisición del sentimiento de identidad es el resultante de un proceso de interrelación continua entre tres vínculos a los que llama: vínculos de integración espacial, temporal y social. "El vínculo de integración espacial comprende la relación entre las distintas partes del self entre sí, incluyendo el self temporal, manteniendo su cohesión y permitiendo la comparación y contraste con los objetos; tiende a la diferenciación self-no self: individuación. El vínculo de integración temporal comprende las relaciones entre las distintas representaciones del self en el tiempo, estableciendo una continuidad entre ellas y otorgando la base del sentimiento de mismidad. Por último el vínculo de integración social es el que se refiere a la connotación social de la identidad y está dado por la relación entre aspectos del self y aspectos de los objetos mediante los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva".

Una persona con identidad se percibe como una entidad separada y distinta de los demás. La identidad es la que me permite decir "Yo soy yo y lo que yo viva nadie podrá vivirlo por mí". Al lograr una integración de mí con mi propia apariencia me puedo reconocer, luego entonces, como un individuo único.

Según Grinberg (1973) "Freud utilizó el término identidad una sola vez en toda su obra, y lo hizo en forma incidental y con una connotación psicosocial. Fue cuando trató de explicar en un discurso su vínculo con el judaísmo y habló de

"obscuras fuerzas emocionales que eran tanto más poderosas cuanto menos se las podía expresar con palabras y una clara consciencia de una identidad interior" que no está basada en raza o religión, sino en una aptitud común a un grupo a vivir en oposición y estar libres de prejuicios que coartarían el uso del intelecto. Se refiere pues, a algo medular del interior del individuo, que tiene relación con un aspecto esencial de la coherencia interna de un grupo".

Fromm (1950) dice, "En la sociedad occidental contemporánea, la unión con el grupo es la forma predominante de superar el estado de separación. Se trata de una unión en donde el ser individual desaparece en gran medida, y cuya finalidad es la pertenencia al rebaño. Si soy como todos los demás, si tengo sentimientos o pensamientos que me hagan diferente, si me adapto a las costumbres, las ropas, las ideas, al patrón del grupo, estoy salvado, salvado de la temible experiencia de la soledad.

La mayoría de la gente ni siquiera tiene conciencia de su necesidad de conformismo. Viven con la ilusión de que son individualistas, de que han llegado a determinadas conclusiones como resultado de sus propios pensamientos y que simplemente sucede que sus ideas son iguales a las de la mayoría. En la sociedad capitalista contemporánea, el significado del término igualdad se ha transformado. Por él se entiende la igualdad de los autómatas, de hombres que han perdido su individualidad. Hoy en día igualdad significa "identidad" antes que unidad.

En otra de sus obras, *Ética y Psicoanálisis*, Fromm (1947) anota lo siguiente: "Somos conscientes de la existencia de un YO, de un núcleo de nuestra personalidad, que es de naturaleza invariable y que persiste a través de toda nuestra vida, a despecho de circunstancias diversas y a pesar de ciertos cambios en nuestras opiniones y sentimientos. Es este núcleo el que constituye la realidad que se halla tras la palabra "yo" y en la cual se basa nuestra convicción de nuestra propia identidad. A menos que tengamos fe en la persistencia de nuestro YO, nuestro sentimiento de identidad se verá amenazado y llegaremos a ser dependientes de otras personas, cuya aprobación se volverá entonces la base de nuestro sentimiento de identidad. Solamente aquella persona que tiene fe en sí misma es capaz de tener fe en otras, porque sólo ella puede estar segura de seguir siendo la misma en un tiempo futuro y, por eso, de sentir y de actuar como ahora espera hacerlo".

Con esto se puede pensar, por una parte, que es cierto que el yo debe tener una base permanente e inmutable capaz de sostener nuestra identidad para que esta permanencia siga reflejándose y saber que yo soy yo en todo momento y circunstancia.

Por otra parte, Fromm hace el comentario del peligro que se corre al querer escapar de la propia soledad, lo cual lleva a una persona a mezclarse en un grupo y buscar la aceptación de éste mediante la apropiación de modas, costumbres e ideas, entre otras cosas. Sin embargo, me parece correcto aclarar que esto sólo sucede cuando el individuo no ha podido establecer su propia identidad y siente que ésta se tambalea, es por esta razón que se cobija a la sombra de otras personas pasando a ser dependiente de ellas. Se hace este comentario dado que de lo contrario se pensaría que todas las personas carecemos de identidad porque a fin de cuentas todos buscamos un grupo social al cual pertenecer. Es importante recordar que el ser humano es gregario por naturaleza.

Díaz Conty (1964) ha señalado a la identidad como una función de la mente vivenciada principalmente por el yo, que tiene por objeto catectizar una unidad somatopsíquica siempre igual a sí misma e independiente de otras unidades somatopsíquicas.

La identidad, entonces, constituye el núcleo del individuo. Es estar experimentando mi ser como único, el cual vive una identidad propia. Esto como un proceso universalmente humano, que conlleva una serie de cambios continuos cuya elaboración permite el establecimiento de un sentimiento de identidad real.

Para Allport (1980) "el sentido de la identidad del sí mismo es un fenómeno sorprendente, puesto que el cambio es norma inexorable del crecimiento y de la vida. Cada experiencia origina una modificación en nuestro cerebro, por lo que es imposible que se produzca nuevamente una experiencia idéntica. Por esta razón, todo pensamiento y todo acto cambia con el tiempo. Pero la identidad del sí mismo continúa, aunque sabemos que el resto de nuestra personalidad ha cambiado...La más importante fijación de nuestra identidad durante toda la vida es el nombre. Nuestro nombre es central en nosotros, es un símbolo de nuestro ser. El nombre de una persona, a pesar de que solamente es un símbolo, está estrechamente ligado a la estima de sí mismo y al sentido de la identidad de sí mismo."

Allport afirma que la identidad es un núcleo en nuestro ser, que algunas veces se expansiona y parece querer dominar totalmente nuestra conducta y conciencia y otras parece desvanecerse completamente de modo que nada nos recuerda su existencia. Añade que la identidad es tanto conocimiento como sentimiento, porque al mismo tiempo que el conocedor está sumergido en lo que conoce y por lo tanto siendo objeto, lo está viviendo, manejándose esta estructura total como proceso. De este modo al ser proceso, el sentido de sí mismo se va desarrollando gradualmente desde la concepción biológica hasta la persona madura que desea convertirse en algo por sí misma, creándose y trascendiéndose.

Allport (1959) dice además que "el sentido de la identidad del yo es la acrecentada confianza de que la capacidad de mantener la unidad y la continuidad interiores...corresponde a la unidad y continuidad de la significación de sí mismo para los demás."

La identidad, pues, reúne todas las características del individuo, exclusivamente suyas; diferenciándolo así de todas las demás personas y dándole unidad, coherencia y consistencia internas y desarrolla todo lo que somos.

Desde este punto de vista, la tarea que tiene ante sí todo hombre es la de descubrir "¿Quién soy yo?" Cuando ésta pregunta es respondida satisfactoriamente, se ha alcanzado una nueva unidad y la madurez de la personalidad.

Para Laing (1964) "la identidad del yo es la historia que cada uno se cuenta a sí mismo, acerca de quién es uno, los otros le dicen a uno quién es, sólo después aprobamos o tratamos de desechar las maneras en que los otros nos han definido a cada uno. Resulta pues difícil no aceptar sus historias. Podemos tratar de ser lo que sabemos que somos en lo más recóndito de nuestro corazón. Podemos tratar de arrancarnos esa identidad "ajena" con la que hemos sido dotados o condenados y crear por medio de nuestras acciones una identidad para nosotros, identidad que tratamos de forzar a que los demás nos confirmen (cualesquiera que sean sus particulares vicisitudes subsiguientes), sin embargo, nuestra primera identidad social nos es dada: aprendemos a ser quien se nos dice que somos."

De esta manera se pueden observar las controversias en la definición de lo que es identidad.

Se puede ver el contraste entre la concepción de una identidad que se forja precisamente desde la gestación y que se mantiene a pesar de todas las vicisitudes que se presentan en el transcurso de la vida, haciendo a cada persona única e irrepetible, la definición que hace Laing alude a la influencia social como determinante de la identidad.

Por lo tanto, cabe señalar que depende de cada persona el conservar una imagen global de la identidad como algo constante, lo que no podría ser alterado fácilmente por la opinión externa ni por su influencia.

Erikson utiliza el término de identidad con múltiples connotaciones, que incluyen esfuerzos conscientes e inconscientes para poseer una continuidad de la personalidad, un criterio para la expresión de dichos esfuerzos y tendencias, un mantenimiento de la congruencia con los ideales e identidad de un grupo social, un conocimiento consciente de quién se es, e incluye en el significado de identidad al "self" como sujeto y como objeto, como observador y como observado.

Este autor hace una especial contribución al entendimiento de la forma en cómo las identificaciones e introyecciones en el desarrollo del individuo, se estructuran para formar la identidad, y explica que la integración de ésta es algo más que la suma de roles o papeles sociales o de las identificaciones en la infancia, es la capacidad que tiene el yo, de funcionar y equilibrar las experiencias infantiles con las aptitudes que se poseen y las oportunidades que el medio ambiente ofrece. Erikson da a conocer las 8 etapas o transiciones en el desarrollo del ego (1950), las cuales deben ser resueltas por toda persona en el transcurso de su desarrollo y son esenciales para el logro de una buena identidad. Además plantea que si el individuo (niño, adolescente o adulto) no logra adaptarse al desarrollo del ego, se presentará una identidad negativa como resultado. (Bischof, 1985)

Se puede decir entonces que la identidad es un continuo que no sólo abarca los primeros años de vida, sino que va más allá y se extiende a la edad adulta. Sin embargo, sin lugar a dudas, como ya se ha señalado, la identidad comienza incluso desde antes de que el niño nazca.

Como señalan Berry y Cramer (1990) "para todos los que se convierten en padres, en el momento del nacimiento se juntan tres bebés. El hijo imaginario de sus sueños y fantasías y el feto invisible pero real, cuyos ritmos y personalidad

particulares se han estado volviendo crecientemente evidentes desde hace varios meses, se fusionan con el recién nacido real que ahora pueden ver, oír y, finalmente, tomar en sus brazos."

Esto nos da la idea de que además del vínculo que se establece con el recién nacido, se empieza a formar la identidad de éste, a partir de lo que cada padre desea de su hijo, es decir, que fuera niño o niña y a lo que se enfrentan en el momento del nacimiento. Por ejemplo, si se deseó un niño y nace varón, lo más probable es que en su educación no existan incongruencias, dado que sus deseos se vieron cumplidos. Sin embargo, si se deseó niño y nace una niña, puede haber la posibilidad de infundarle a la niña una inseguridad en la adquisición de su identidad como mujer y así provocar una patología o desviación de su identidad de género.

Según Money y Ehrhardt (1972) alrededor de los dos años de edad, la identidad de género queda fijada en la mente del niño. Las presiones sociales, la asignación de roles y la expectativa paterna y materna determinan el sentido subjetivo de identidad de género y la consiguiente conducta de su hijo.

Para Berry y Cramer (1990), la identidad de género se desarrolla gracias a los siguientes componentes: 1) Influencias hormonales, 2) Sexo asignado, 3) Diferencias conductuales innatas, 4) Actitudes de los padres y, 5) Sensaciones corporales e imágenes mentales.

La identidad es un proceso cambiante que se encuentra a lo largo de la vida de todo individuo.

La consolidación del sentimiento de identidad depende no solamente del mundo interno del individuo, sino también de una serie de factores sociales que pueden obrar en el sentido de facilitarla u obstaculizarla.

Para Herrasti (1994), identidad "es el conocimiento sobre uno mismo que se hace o lleva a cabo de manera directa. Es la realidad vivenciada sobre uno mismo que, aunque atañe al pensamiento como estructura cognitiva, tiene que ver más con la intuición directa de ser lo que se es por propia experiencia.

La identidad, más bien la intuición de identidad, es lo que permite al individuo no ser colectividad ni confundirse con los demás al poder diferenciarse de

ellos. La identidad provoca la sensación experimentada de la singularidad dentro del grupo.

La identidad es la opción que tenemos los humanos para no actuar en contra de nuestra naturaleza. Esto es, de garantizamos la sobrevivencia, nuestro bienestar."

Acontecimientos que impliquen cambios sociales importantes pueden convertirse en factores desencadenantes de reacciones de extrema angustia, porque son vividos por muchos individuos como pérdidas o amenazas de pérdida de aspectos de la identidad del self.

Grinberg (1973) dice que "asumir en forma madura una identidad basada en una ideología progresiva que tiende al conocimiento, presupone también un duelo, porque implica la ruptura de estructuras establecidas e "identidades" previas para reintegrarse luego de una manera diferente. Constituye un verdadero cambio revolucionario porque el individuo tiene que pasar por la experiencia dolorosa de periodos de desorganización de sistemas psíquicos, estructuras establecidas y vínculos objetales, para integrarse en una reorganización que lo lleve a configurar una nueva identidad. Tales experiencias son momentos creativos que rescatan lo auténtico y enriquecen la condición de "ser uno mismo" para sí y para los demás."

Las palabras de Grinberg nos hacen tomar en cuenta algo que los demás autores no habían mencionado: el proceso de duelo. Cuando la persona va conformando su identidad se topa con ideas y situaciones que le hacen cambiar, es por esta razón que la identidad es un proceso continuo, y la persona se tiene que plantear repetidamente la pregunta ¿Quién soy yo? Es en estas ocasiones que el proceso de duelo es necesario ya que esto solidificará su identidad, de lo contrario se tambaleará. Este proceso de duelo es de suma importancia y se debe de resolver adecuadamente de modo que el temor no paralice a la persona y haga que su identidad sea vulnerable.

Para Layton y Siegler (1978) "la identidad es la forma en que las personas piensan de sí mismas en una variedad de contextos: cómo se percibe y siente, cómo se realiza en el trabajo, cómo se relaciona con miembros de su familia y con otras personas, cuáles son sus valores y las creencias que tiene y según las cuales actúa."

La identidad puede adoptar matices sociales cuando se observan denominadores comunes que por su número rebasan los límites de la conciencia, y así, se puede hablar de identificaciones de tipo general que hacen de actitudes comunales y que señalan pautas de conducta sociales. Aunque, indudablemente el factor individual predomina en cada persona que existió, que existe y que existirá.

Toda persona nace con una identidad propia desde el momento en el que un óvulo se une con sólo uno de los millones de espermatozoides que se depositan en la vagina a la hora del clímax masculino. Esto hace que el equipo biológico con el que cuenta el nuevo ser y por ende su estructura corpórea y psíquica sea única e irrepetible.

La formación de la identidad es un proceso que surge de la asimilación mutua y exitosa de todas las identificaciones fragmentarias de la niñez que, a su vez, presuponen un contener exitoso de las introyecciones tempranas. Mientras ese éxito depende de la relación satisfactoria del bebé con la madre y después con la familia en su totalidad, la formación de la identidad más madura depende, según Erikson, del desarrollo del yo, que obtiene apoyo para sus funciones de los recursos de una comunidad más amplia. Entonces se puede decir por esto último, que el llegar a la integración de una identidad es un logro que pertenece al yo.

Un individuo cuyas partes componentes están suficientemente integradas en la organización de un todo, de manera que produzcan efecto de unidad, y que al mismo tiempo tiene características únicas que permiten distinguirlo de los demás, se dice que, tiene una identidad.

De lo anotado por los autores revisados, la identidad comienza desde el momento mismo de la gestación del ser humano, al cual se le define como una unidad compuesta por diferentes características, tales como su corporeidad, sus actos y sus procesos internos (valores, metas, sentimientos, pensamientos, deseos, respuestas). Dichas características que acompañan al ser humano son a la vez la suma y el resultado del proceso de ser un sí mismo en todo lugar y momento. Así, la identidad permite a cada ser humano vivirse como único e irrepetible a través del tiempo y del espacio, en un devenir que es ontológico y a la vez social.

A lo largo de este capítulo se revisaron diferentes autores y corrientes que de alguna manera tocan el concepto de identidad y se observa la gran variedad de

ideas que existen respecto al concepto materia de estudio, algunas semejantes y otras muy opuestas. El ser humano no puede ser estimado únicamente bajo un aspecto, sino que debe considerársele como un ser íntegro compuesto por tres espacios: el biológico, el psicológico y el social.

Es decir, cada ser que nace trae consigo un equipo biológico y psicológico único dado que la unión del óvulo con el espermatozoide se da bajo condiciones únicas, ya que se produce una entre una cantidad infinita de posibilidades y el individuo trae la mitad de la información genética de la madre y la otra mitad del padre, quienes a su vez son producto de una unión genética única. Esta combinación hace que el individuo reúna características psíquicas y físicas irrepetibles (excepto en el caso de los gemelos univitelinos o idénticos) que, junto con el entorno familiar primero y con el social después, darán lugar a una identidad, la cual irá tomando forma conforme el individuo crece, se desarrolla y madura.

El aparato psíquico del bebé comienza a funcionar inmediatamente en el momento en el que nace y a partir de ese instante y gracias al yo existente el bebé comienza a hacer introyecciones y más tarde identificaciones lo que de alguna manera le permitirá construir su propia identidad. Conforme el niño va madurando se va formando una imagen corporal de sí mismo y de su aceptación o falta de ésta para con su cuerpo y lo que significa vivir con él, dependerá también que su identidad sea vivenciada como "real".

Todo el proceso de conformación de la identidad la lleva a cabo la estructura del yo, ya que en éste se realizan las introyecciones, proyecciones e identificaciones, éstas últimas básicas para la formación de la identidad. Observando las tareas que tiene el yo a su cargo, se deben considerar como un auténtico logro, ya que son tareas que si bien se llevan a cabo principalmente en las primeras etapas del desarrollo de un ser humano, no terminan ahí, sino que es un proceso que se realiza a lo largo de la vida. Para que la identidad sea vivenciada como "real" el yo debe tener una base sólida, capaz de soportar los diferentes cambios en el curso de la existencia de la persona de modo que, aunque las situaciones sean variables e incluso contrarias, el individuo tenga un sentimiento de identidad permanente y constante de modo que la persona se sienta como ellas misma en todo lugar y momento.

El yo además debe de ser capaz de elaborar los duelos necesarios que le permitan integrar y fortificar su identidad, es decir, que cada etapa de desarrollo debe vivirla de una manera intensa y saber pasar a la siguiente etapa sin sentir nostalgia por la anterior, puesto que esto le garantizará el vivirse como un ser íntegro que vive cada momento en su momento (vélgase la redundancia) sin necesidad de hacer regresiones o peor aún de quedarse fijado en alguna etapa, ya que de ésta manera su identidad nunca llegaría a ser completa.

La identidad le permite a cada ser humano vivirse en una realidad diferenciándose de todo el resto de la humanidad. Es una marca distintiva que cada uno lleva de una forma diferente de acuerdo a su naturaleza bio-psico-social. Así como el ser humano se distingue de los demás animales y mamíferos como especie única, cada miembro de la humanidad es distinto uno de otro, no sólo física sino también psíquicamente. El sentimiento de identidad es algo que se lleva dentro y que pertenece al reino de la intuición, es algo que no corresponde únicamente a la esfera cognitiva del hombre, sino al ser interno de cada quien y que tampoco tiene que ver únicamente con los rasgos físicos, desafortunadamente, existen muchas personas que se miran al espejo y no se reconocen, tocan su cuerpo y no lo sienten como suyo, su identidad no corresponde con la imagen que ve ni con el cuerpo que tocan, se sienten extraños en sí mismos y viven encerrados en un cuerpo que sienten ajeno sin saber cómo salir.

Haciendo una metáfora con respecto a la identidad, ésta permite a cada ser humano ser único y diferente de los demás, tal como los copos de nieve ya que no existen dos iguales en todo el mundo.

La identidad me permite distinguirme en un grupo de personas y me da el conocimiento de saber que soy única, que antes de que yo naciera no existió una persona con las mismas características físicas y psíquicas que tengo y que después de que yo muera no existirá nadie igual a mí. Eso es la identidad, la certeza de saber que yo soy yo en todo espacio y tiempo.

Desde la Psicología, el estudio de la identidad, como se ha observado, se da a través de los diferentes autores con distintas perspectivas. Indudablemente uno de los autores más importantes cuya teoría sigue vigente hasta nuestros días es Sigmund Freud, quien comenzó su estudio preocupándose por comprender al ser

humano y dando a conocer sus diferentes teorías; entre sus estudios destaca el que hizo acerca de las instancias psíquicas (yo, ello, superyó) que contribuyen al estudio de actual de la identidad.

Autores como Erik Erikson, H. Hartmann, D. Rapaport, llamados teóricos del yo se dedican más al proceso de identidad en la vida del individuo. Así como recientemente los autores objetales como M. Klein, R. Spitz, D. Winnicott y O. Kernberg, entre otros, también dan su aportación al desarrollo de la identidad.

Igualmente otros autores llamados fenomenólogos o existencialistas como C. Rogers y A. Maslow abordan al individuo desde un punto de vista conceptual únicamente, es decir, saben que existe la identidad pero no se detienen a ver el proceso y se preocupan más por el aquí y ahora del individuo y ponen énfasis en sus cualidades que la ayudan a vivir y salir adelante. En cambio, los teóricos psicodinámicos son los que se preocupan por explicar el proceso que tiene la identidad en la vida del individuo y lo estudian en sus diferentes etapas del desarrollo para hacer más amplia esta parte.

Por otro lado, los psicólogos que se inclinan más al lado social, como E. Fromm y C. Mead, dan una mayor importancia al individuo dentro del grupo social que lo rodea y lo estudian bajo estas condiciones.

Es importante ver cómo unas y otras teorías se complementan y ayudan al estudio del hombre, teorías que por sí solas resultan insuficientes para entender el comportamiento humano.

En el siguiente capítulo se hará una revisión del desarrollo y adquisición de la identidad, de modo que esta pueda entenderse de una manera más amplia.

CAPITULO 2

FORMACION Y ADQUISICION DE LA IDENTIDAD

**Deje caminar a su hijo por donde
su estrella le llama.**

- Cervantes -

**No existe mayor ni menor señorío
que el de sí mismo.**

- Leonardo da Vinci -

CAPITULO 2

FORMACION Y ADQUISICION DE LA IDENTIDAD

En el capítulo anterior se revisaron y discutieron diversos puntos de vista en torno al concepto de identidad. Este capítulo pretende abordar y explicar cómo es que se lleva a cabo la formación y adquisición de la identidad durante las etapas del desarrollo del yo, por ende, del hombre.

Para lograr este objetivo, primero se hará un análisis somero de las distintas etapas preestablecidas por las que atraviesa el desarrollo del hombre. A saber: Lactancia, Infancia Temprana, Infancia, Latencia, Preadolescencia y Adolescencia. Se abordarán distintos puntos de vista de algunos de los teóricos del desarrollo humano, entre ellos Mahler, Winnicott, Klein, Erikson y otros.

Para algunos autores la identidad comienza aún antes de que el bebé nazca, dado que los padres desde el momento en que se enteran del hijo que está por venir, empiezan a tener expectativas en torno a él, empiezan a tener sueños y fantasías de lo que es y será ese nuevo ser (Berry y Cramer, 1990). Greenacre (1958) habla acerca de la influencia del desarrollo prenatal sobre el subsecuente desarrollo de la personalidad y dice que el desarrollo anterior al nacimiento puede ser traumático debido a estímulos externos perturbadores, tales como los ruidos fuertes. Dice que hay una "pre ansiedad" que opera a nivel de simple reflejo, probablemente a través de algunos procesos de condicionamiento. Greenacre sostiene sus teorías basándose en observaciones clínicas y experimentales de la actividad fetal.

Por otra parte Rank (1985), asigna un papel central al trauma del nacimiento, descrito como una situación generadora de ansiedad; y dice que el niño experimenta su separación de la madre de una manera muy dolorosa, por lo que las separaciones subsecuentes son experimentadas como amenazantes. Indica también que el objetivo de cada situación placentera será regresar a la sensación de ser un contenido intrauterino; para él, el acto sexual en la vida adulta simboliza una reunión con la madre.

El momento del nacimiento se da cuando el bebé deja de formar un solo ser con su madre y desde ese momento es un ser biológico separado de ella. Sin embargo, si bien esta separación biológica es el principio de la existencia humana individual, el niño, desde el punto de vista funcional permanece unido a su madre durante un periodo considerable.

El individuo carece de libertad dado que figurativamente hablando "no ha cortado el cordón umbilical que lo ata al mundo exterior; pero estos lazos le otorgan a la vez seguridad y el sentimiento de estar arraigado en alguna parte. Estos vínculos que existen antes que el proceso de individuación haya conducido a la emergencia completa del individuo, podrían denominarse como "vínculos primarios". Son orgánicos en el sentido de que forman parte del desarrollo humano normal, y si bien implican una falta de individualidad, también otorgan al individuo seguridad y orientación. Estos vínculos son los que unen al niño con su madre.

El cambio, comparativamente repentino, por el cual se pasa de la existencia prenatal a la humana y el corte del cordón umbilical, marcan la independencia del recién nacido del cuerpo de la madre. Pero tal independencia sólo es real en el sentido imperfecto de la separación de los dos cuerpos.

En el sentido funcional, la criatura sigue formando parte de la madre. Es ésta quien lo alimenta, lo lleva y lo cuida en todos los aspectos vitales.

2.1 LACTANCIA

Al nacer las funciones perceptuales, motoras y cognoscitivas del ser humano no se han desarrollado por completo. A consecuencia de esto, y del narcisismo primario que impera, el niño parece vivir sus primeras semanas en un mundo sin objetos, sin espacio ni tiempo, sin estructuras ni límites que le permitan reconocerse a sí mismo como un ser con identidad propia, única, diferente e independiente de la realidad que lo rodea, "parece estar en un estado de desorientación alucinatoria primitiva, en la cual, la satisfacción de la necesidad pertenece a su órbita omnipotente" (Mahler, 1984) debido a que no tiene conciencia de la existencia de su madre ni menos aún de las semejanzas o diferencias sexuales que existen entre ellos. El niño entonces adopta una posición esencialmente pasiva y

receptiva ante las estimulaciones internas y externas a las que se encuentra expuesto. Es por ello que su boca juega un papel primordial no sólo como órgano de la alimentación y adaptación, sino también como órgano que, por sus límites anatómicamente bien definidos, le permite tener contacto con su entorno y diferenciarse gradualmente de él.

En la medida que va madurando la organización yoica del niño, sus funciones están más desarrolladas y su narcisismo primario deja de ser absoluto, comienza a percibir, de manera parcial y confusa, que la satisfacción de sus necesidades proviene de un objeto externo, y que esta experiencia puede ser placentera o displacentera. Así, el aprendizaje por condicionamiento es remplazado por el aprendizaje a través de la experiencia, y la incorporación oral del alimento ya no sólo satisface al niño, sino también le permite construir y guardar en la memoria imágenes de esta experiencia placentera y de los cuidados maternos que implica. Dichas imágenes son utilizadas como incorporaciones simbólicas cuando el niño siente tensión causada por la necesidad de alimento y el objeto satisfactor real no se encuentra presente. A partir de entonces, deja de responder de forma pasiva al estímulo y activamente admite y trata de retener sólo aquellos que le brinden placer, rechazando los que no lo hacen (Erikson, 1976, 1977; Blos, 1981; Cameron, 1982; Mahler, 1984).

Al encontrar en su madre el principal y más confiable satisfactor de sus necesidades físicas y afectivas, el niño tiende a identificarse y a vincularse con ella, no como una auténtica relación, sino sólo como una fusión temporal, una simbiosis total o parcial en la que, por no lograr aún diferenciar completamente el "yo" del "no yo", la considera como parte de sí mismo y se comporta como si fueran un sistema omnipotente, "una unidad dual dentro de un límite común" (Mahler, (1984). En consecuencia, sus experiencias y las recíprocas de la madre las vive como globales e indistinguibles. En este enlace afectivo primario que se establece entre el niño y su madre se origina el proceso de formación de la identidad, basado en la identificación primaria, no se realiza a través de la vinculación genuina con otra persona o con el medio, sino a partir del hecho de "desconectarse" de esa fusión primitiva para organizar un tipo de relación interpersonal más profunda y madura (Erikson, 1976,1977; Mahler, 1984).

El pilar estructural de la identidad se genera a partir de que el niño logra adquirir el sentimiento de confianza básica en sí mismo y en sus capacidades, en saber que puede confiar en los demás y en tener la certeza de que los demás confían en él, lo aceptan y respetan su personalidad. Para que el niño logre adquirir este sentimiento necesita establecer con su madre un vínculo afectivo estrecho, empático y cálido en el cual impere la calidad y no la cantidad de satisfactores, y en el que a través de la comunicación se expresen mutuamente el amor, la aceptación y el reconocimiento de ser significativos para el otro. Por su parte, la madre deberá cuidar que las estimulaciones que recibe su hijo no sean demasiado intensas, frecuentes o prolongadas, procurar fomentar los satisfactores físicos y afectivos placenteros y disminuir los displacenteros; y "combinar el cuidado sensible de las necesidades individuales del niño y un firme sentido de confiabilidad personal dentro del estilo de vida de su cultura" (Erikson, 1976).

Si por el contrario, durante esta primera fase del desarrollo se genera en el niño un sentimiento de desconfianza básica debido a que frecuentemente experimenta angustia ante la sensación real o imaginaria de privación de satisfactores por parte de la madre, el proceso de formación de la identidad seguirá un curso negativo, representando el origen de la mayoría de los conflictos que el individuo tenga a lo largo de su vida, en especial en sus relaciones interpersonales con personas que le son significativas (Erikson, 1976, 1977).

2.2 TEMPRANA INFANCIA

Durante esta fase, el niño se diferencia gradualmente de su madre y se identifica con ella -todavía a nivel primario- y con su posición activa (a pesar de ser pasivo con respecto a ella) a través de la imitación de sus acciones, lo cual, aunado al deseo de ser independiente, le permite disolver la relación simbiótica que hasta entonces mantenía para iniciar el proceso de separación-individuación y poder experimentar por sí mismo la hazaña de explorar el mundo por su propia iniciativa, conocerlo y controlarlo a merced de su voluntad. Esto es posible gracias a varios factores, entre los que se pueden mencionar: a) el desarrollo y la maduración de las funciones motoras que le permiten coordinar y controlar mejor sus movimientos; b) al logro cognoscitivo y perceptual de la permanencia de los objetos; c) a la

maduración de su organización yoica; d) al surgimiento de las primeras verbalizaciones que le permiten esquematizar su mundo en un "yo" y "tú", "mí" y "mío"; y e) a la introyección de una imagen materna estable y segura que le dé confianza personal y lo reconforte (Erikson, 1977; Blos, 1981; Cameron, 1982; Mahler, 1984).

Durante el proceso de separación-individuación suelen darse períodos transitorios de aproximación a la madre en los momentos en que el niño se siente inseguro ante la amenaza de perderla, sin embargo, poco a poco, puede conducirse de manera más independiente, lo que le permite enriquecer su aprendizaje a través de la exploración de horizontes que desconocía, del intercambio que realiza con otras personas, y del mundo de los objetos que se vuelve más accesible para él ya que los puede alcanzar y tomar o dejar a su voluntad. Durante este aprendizaje por exploración, el niño y la niña descubren sus propios genitales, sin embargo, inicialmente no se dan claramente cuenta de que existen diferencias anatómicas con respecto a los genitales del otro sexo, y como una manifestación de narcisismo primario, llegan a pensar que todos son iguales. Es hasta el período de entrenamiento del control de esfínteres cuando observan que cada uno tiene que colocarse en diferente posición para orinar, iniciándose así el reconocimiento de las diferencias sexuales, mismo que no llega a ser definitivo hasta que se presenta la situación edípica. Dicho reconocimiento inicial, aunado a la desbordante energía provoca que las tendencias activa-pasiva del niño adquieran un carácter sexual rudimentario que matizará su comportamiento ulterior al manifestar en diferente forma su papel sexual (Erikson, 1977; Blos, 1981).

El período de entrenamiento del control de esfínteres constituye un aspecto importante que favorece el logro de la identidad y que marca un paso decisivo en el desarrollo del Yo. Además, sirve como un patrón para el control de toda la conducta del niño, ya que tiene que aprender a controlar la retención y eliminación del producto de sus intestinos para lograr su propia satisfacción al mismo tiempo que la adaptación y la aceptación sociales. Al intentarlo, se enfrenta a dos situaciones que le causan conflicto: una biológica, pues quiere retener sus heces fecales porque las considera parte de sí mismo y le produce cierto placer al hacerlo; sin embargo, al retenerlas por mucho tiempo experimenta desagrado y tensión y busca soltarlas para sentirse en calma. Y a una situación social porque quiere ejercer su voluntad; sin embargo, se enfrenta a la primera experiencia de disciplina y

autoridad cuando lo educan conforme a los valores y normas sociales, y le enseñan los primeros hábitos higiénicos, situación que implica regular su control de eliminación y retención a cambio de ser valorado y aceptado socialmente (Erikson, 1977; Blos, 1981; Cameron, 1982).

La lucha interna que el niño experimenta, se refleja claramente en la ambivalencia que presenta hacia las personas que le son significativas, en especial, sus padres, siente odio hacia ellos porque pretenden controlar el ejercicio de su voluntad, pero también los ama, tiende a someterse a su control porque teme que al no hacerlo pierda su afecto. Esto a su vez le genera angustia que maneja "transformándola en lo contrario" y así "descubre una fuente de sensación de bienestar, semejante a la de sentirse amado, al dar gusto a los padres introyectados haciendo lo que le piden" (Blos, 1981). "De esta manera aprende que en ocasiones es necesario realizar cosas o renunciar a ellas pese a la propia voluntad con el fin de asegurar la aceptación y el reconocimiento de los demás, y preservar el amor de los padres por la identificación con sus deseos" (Blos, 1981).

Si los padres poseen una dignidad como seres autónomos, ejercen una autoridad racional al educar a su hijo, son flexibles y tolerantes con él, le permiten llevar a cabo el proceso de separación-individuación sin coartarlo y le dan las bases y el apoyo necesarios para lograr paulatinamente el equilibrio entre lo que "quiere hacer" y lo que "debe hacer" de acuerdo con las normas sociales, el niño podrá adquirir sin dificultades el sentimiento de autonomía y ser un individuo independiente que puede elegir su destino.

Por el contrario, si el niño se enfrenta a constantes fracasos, frustraciones o rechazos al tratar de ser independiente y de satisfacer las demandas de su ambiente, o bien, si sus padres son rígidos y arbitrarios; le niegan la oportunidad de intentar su autocontrol, y le hacen sentir que su libre elección no podrá ser aprobada, el proceso de formación de identidad seguirá un curso negativo y entonces el niño: a) mostrará un "temor a la autoafirmación" (Dicarpio, 1985) originado por una duda constante de sí mismo y en sus capacidades dando esto como consecuencia una tendencia a limitarse a participar sólo en situaciones que están dentro de un marco seguro y aprobado socialmente; b) tendrá que soportar que se le considere a sí mismo, a su cuerpo y a sus deseos como "malos" y/o "sucios" lo que le producirá vergüenza por no ser digno de ser aceptado; c) se sentirá totalmente expuesto a los

deseos y juicios de los demás, tendiendo a buscar entonces la satisfacción de sus necesidades y deseos en forma secreta; d) adoptando tendencias regresivas o, e) fingiría una autonomía que en realidad no ha logrado, mostrando una conducta hostil y agresiva hacia sí mismo y hacia los demás, o bien, recurriendo a la imitación de otras formas de conducta "como si" para poder mantenerse dentro de las pautas esperadas y proteger así la compatibilidad y aceptación de los demás (Erikson, 1976, 1977; Blos, 1981; Dicarpio, 1985).

2.3 INFANCIA

Durante esta fase, el niño posee una extraordinaria energía que utiliza en forma más eficiente que antes y con una dirección más definida. La movilidad es más libre, rápida y coordinada. Esto le permite hacer cosas esenciales (caminar, correr, levantar objetos, etc.) sin gran esfuerzo y durante períodos más prolongados, a la vez, de olvidar fácilmente los fracasos de una tarea al dedicarse rápidamente a otra que le parece deseable. Lo anterior, aunado al dominio del lenguaje que ya posee y a su intensa curiosidad e imaginación, le permiten ampliar sus límites de actuación y sus horizontes en el descubrimiento y conocimiento de los objetos y las personas que lo rodean, expresando de cualquier forma sus inquietudes con respecto a los mismos, en un intento por comprender la razón de su existencia (Erikson, 1976).

Así, el sentimiento de iniciativa agrega a la autonomía lograda en la infancia temprana "la cualidad de la empresa, el planeamiento y el ataque de una tarea por el mero hecho de estar activo y en movimiento" (Erikson, 1976). El fracaso en esta tarea se manifiesta como un sentimiento de culpabilidad cuando en el esfuerzo que realiza el niño por lograr su iniciativa, los padres o las personas que representan la autoridad son demasiado rígidas y constantemente reprimen al niño por interferir en sus actividades con el fin de autoafirmarse. "Si por el contrario, le permiten la liberación de su iniciativa y de su sentido de la existencia de un propósito en las tareas de los adultos que prometen (aunque no garantizan) la realización de todas sus capacidades" (Erikson, 1977) ayudarán al niño a obtener la contribución indispensable para el desarrollo positivo de su identidad.

Durante esta etapa, el juego y el dibujo constituyen la forma en que el niño expresa la manera en que ve realmente el mundo y en cómo se lo imagina, al mismo tiempo de que lo capacitan para volver a vivir para corregir, o simplemente recrearse con las experiencias de su pasado gracias a las cuales puede aclarar lo que constituye su papel auténtico. Es decir, a través del juego, el niño, en forma solitaria o en grupo, encuentra la oportunidad de probar la diversidad de conductas y una variedad de papeles que representan las funciones aceptadas y reprobadas por la sociedad. La dramatización de los papeles aceptados culturalmente en un medio para resolver el conflicto entre la iniciativa y la culpa.

Al establecer los primeros contactos con personas que pertenecen al ámbito extra familiar, busca la oportunidad de realizar otras identificaciones que serán igual de importantes para su vida como las anteriores. Por lo tanto, a través de las identificaciones con compañeros de escuela y de juegos, con los héroes y con otros modelos, se inicia en la experiencia de una igualdad compartida de planes, actividades y obligaciones, y da un paso importante en el proceso de socialización y en el desarrollo gradual de la responsabilidad compartida.

Por otro lado, la desbordante energía que posee, la manifiesta de manera diferente según su sexo: el niño se interesa por el cortejo romántico y primitivo hacia su madre, derivada del placer de su agresividad masculina y de las hazañas de conquista; es activo, curioso y el modo intrusivo domina su comportamiento. Se observa intrusión en el espacio de la locomoción, en lo desconocido a través de la curiosidad, en los oídos y las mentes de los demás a través de sus verbalizaciones; y en los objetos, mediante el contacto físico, el ataque y la fuerza. En el caso de la niña, domina el modo inclusivo: envuelve de cuidados y cariños a sus muñecas, sintiendo que realmente es la madre; además se interesa románticamente por su padre y su iniciativa sexual se transforma en maneras agresivas de atraer la atención de los demás al mostrarse atractiva y coqueta (Erikson, 1977; Dicarpio, 1985).

Cabe recordar que inicialmente el niño y la niña se identifican exclusivamente con la madre. Gradualmente, el niño -sin abandonar ésta temprana identificación y basado en una elección narcisística de objeto- busca una figura masculina con quien identificarse también, aunque de manera diferente que con su madre. Así, ambos -niño y niña- admiran y exaltan las cualidades del progenitor del mismo sexo, y al imitarlo en sus acciones se preparan para estar en condiciones de

desempeñar su propio papel sexual. Es en estos momentos del desarrollo cuando se generan "los requisitos previos de la iniciativa, masculina o femenina, y sobre todo, algunas autoimágenes que se convertirán en componentes esenciales de los aspectos positivos o negativos, de su futura identidad" (Erikson, 1977; Blos, 1981; Cameron, 1982).

Las interacciones que se han dado entre padres e hijos durante la fase pre-*edípica*; la ambigüedad y las fluctuaciones entre la actividad y la pasividad; el reconocimiento de las diferencias sexuales; y la identificación y el amor hacia el objeto que lo precede, son factores que entre otros, corresponden al modo pregenital del desarrollo psicosexual; marcan un paso decisivo en la formación de la identidad sexual; y hace inevitable y esencial el inicio de la fase *edípica*. A partir de este momento, el desarrollo que siguen el niño y la niña es aún más divergente, por lo que se describirá por separado.

Al iniciarse la fase *fálica* se inicia también el llamado "Complejo de Edipo" que, en términos psicoanalíticos se refiere a la situación triangular que se da en la relación entre el niño y sus padres, en la cual se establece una intensa y ambivalente liga emocional que es fuente de conflicto para el niño: "se enamora profundamente del padre del otro sexo, a la vez que siente celos respecto al otro cónyuge, a quien toma por rival" (Cameron, 1982).

Durante esta fase, la capacidad que tienen los niños para utilizar su imaginación, crear fantasías y soñar, está encausada principalmente hacia la sexualidad. El reconocimiento de las diferencias sexuales adquiere entonces significado al imaginar que está poseyendo -o siendo poseída, en el caso de la niña- sexualmente a la persona amada situación que le genera sentimientos de culpa y un intenso temor de sufrir daño corporal como castigo a sus fantasías y acciones secretas. A esto es a lo que se le llama "Complejo de Castración" que abarca dos aspectos equivalentes: en el caso del niño, al miedo de perder o ver dañado su órgano genital se le llama "angustia de castración" misma que lo ayuda a disolver su situación *edípica*; en el caso de la niña, se denomina "envidia del pene" al hecho de sentir que se le ha negado un pene o que lo ha perdido, situación que marca el inicio de su fase *edípica*. (Erikson, 1977; Blos, 1981; Terrazas, 1985).

En la etapa inicial de la fase edípica, el niño desarrolla un amor posesivo por su madre y, siguiendo el modelo primitivo de receptividad (como en la fase simbiótica) nuevamente adopta una posición pasiva, misma que se ve reforzada por fantasías tales como el deseo de tener un hijo del padre. A esto Blos (1981) lo denomina "la posición edípica pasiva (negativa) del niño". Posteriormente cuando se percata de que la mujer carece de pene (órgano que es motivo de su orgullo), que es castrada, destruye la identificación temprana que había establecido con ella y se identifica con su padre, adoptando actitudes masculinas que lo conducen a la formación de su "posición activa (positiva)".

Al desarrollar un amor posesivo por su madre y dirigir sus deseos hacia ella, experimenta una fuerte ambivalencia hacia el padre: por un lado siente celos y competencia al percibirlo como su rival, como un intruso con el cual tiene que competir en la lucha por conquistar el amor de su madre. Por otro, sigue identificándose con él y admirándolo. Esto incrementa la culpa que siente por tener la fantasía de destruirlo, vengarse de él y desplazarlo para poseer a la madre. (Blos, 1981; Cameron, 1982).

"Tres factores llevan al niño a dejar su posición edípica: el miedo a ser castrado por el padre; su amor por el padre; y el darse cuenta de su propia inmadurez física" (Blos, 1981). Para resolver el Complejo de Edipo el niño tiene que elegir entre dos alternativas: 1) reprimir sus deseos edípicos y, siguiendo el principio de la realidad, llegar a la identificación masculina (a la formación del superyó y el yo ideal) con su padre y ser así el resto de su vida; o bien; 2) regirse por el principio del placer abandonando sus deseos activos, su competencia y rivalidad y regresar a someterse a la madre activa, significando esto un riesgo de la pérdida o confusión de su identidad sexual cuando llegue a la adolescencia.

Por otro lado, Blos (1981) menciona que "el desarrollo bifásico activo-pasivo, que marca el desarrollo edípico de la niña no sólo implica un cambio en las metas libidinales, sino un cambio de objeto amoroso: de la madre al padre". En un principio, la niña no se da cuenta totalmente de la diferencia sexual que tiene con respecto al niño y se comporta como si tuviera pene. Esta imitación de la conducta masculina caracteriza la "posición edípica activa (negativa)", misma que había adoptado por la identificación temprana con la madre activa al separarse de ella en su intento por explorar el mundo. Cabe mencionar que la niña no renuncia por

mucho tiempo a su posición activa debido entre otros aspectos, al hecho de que posee un órgano sexual activo -el clítoris-, y uno pasivo-receptivo -la vagina-; además, como mujer, y más tarde como madre, tiene más vías (biológicas y sociales) por las cuales puede expresar sus deseos activos.

Cuando la niña descubre que no tiene un órgano genital como el del niño se crea la fantasía de hacer crecer uno en ella o de robárselo a su hermano. Al mismo tiempo, se siente engañada por la madre y la culpa por habérselo negado. El temor de sufrir una venganza por parte de ella la conduce a imaginar que la aniquila. Este hecho, como se mencionó, se denomina "ansiedad de castración" o "envidia del pene" y marca el inicio de su fase edípica (Blos, 1981).

Posteriormente, su curiosidad e investigación acerca de las diferencias sexuales y/o a la observación del embarazo o nacimiento de alguien, provocan que se compare con la mujer más próxima a ella: la madre. Al hacerlo, tiende a devaluarla y sentir desprecio porque tampoco tiene pene y entonces dirige sus deseos amorosos hacia el padre, concediéndole eventualmente la posesión de su pene al sentir deseo de ser poseída por él. Esto da lugar a que la niña adopte la "posición edípica pasiva o positiva" (Blos, 1981), situación que a su vez la pone en peligro de tener una regresión a la pasividad primaria que le impediría la progresión de la formación de su identidad sexual femenina.

Cuando la niña dirige sus deseos amorosos hacia el padre, experimenta una fuerte ambivalencia hacia su madre (similar a la que el niño sentía por el padre): por su identificación temprana con ella, la sigue admirando en su feminidad ya que, después de todo, supo conquistar y conservar a su padre, sin embargo, también siente desprecio y odio hacia ella por impedirle cumplir sus metas edípicas y ocupar su lugar en la relación con su padre. "La resolución edípica de la niña no ocurre sino hasta la adolescencia" sin embargo, "las limitaciones de su inmadurez física, los sentimientos de culpa incestuosa y la persistente herida narcisística experimentada en la actividad masturbatoria se combinan para producir una declinación de sus fantasías edípicas y permitir su entrada al período de latencia (...) el curso normal es ahora renunciar al padre edípico mientras se identifica con la madre-hija, la niña podrá identificarse con la madre basándose en el principio de realidad "identificación que es diferente a la que se lleva a cabo con la madre activa y que incluye los

papeles de la madre como madre y como mujer y sus actitudes en la relación hacia el marido-padre" (Blos, 1981).

La resolución del Complejo de Edipo trae consigo el origen de la identidad sexual y la formación del superyó y del ideal del yo, entre otras consecuencias. La formación del superyó se relaciona con lo que Erikson considera como la conciencia que gobierna la iniciativa y que provoca que el niño "no sienta ahora miedo de ser descubierto, sino también, escuche la voz interior de su autoobservación, la autodirección y el castigo que lo divide radicalmente dentro de sí mismo: un nuevo y poderoso entrafiamiento". Por otro lado Freud (1923) considera que "la autoridad del padre o de los padres introyectados en el yo constituyen en él el nódulo del superyó, que toma del padre su rigor, perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así al yo contra el retorno de las cargas de objeto libidinosas". Asimismo, menciona que "la estructura superyoica ejerce tres funciones: la conciencia moral que contiene todas las prohibiciones y censuras; el ideal del yo que contiene las aspiraciones y metas de los padres; y la autoobservación, que se encarga de que el yo cumpla con el ideal y de que la conciencia moral lo castigue si se aleja de dicho ideal haciéndolo sentir culpable e inferior". Por otra parte, el ideal del yo constituye "una instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, sus sustitutos y los ideales colectivos. Como una instancia diferenciada, constituye un modelo al que el sujeto intenta ajustarse" (Laplanche, Pontalis, 1971).

Según Cameron (1982) los niños de ambos sexos deben haber completado una serie de tareas en esta fase antes de pasar a la fase de latencia. Estas son: "deben haber aprendido a amar apasionadamente, llenos de esperanzas irracionales; haber triunfado en asimilar la frustración de la derrota; haber transformado ese amor apasionado en un afecto tierno por los padres y en una capacidad de afecto por los compañeros del mismo sexo; haber renunciado a sus esperanzas irracionales sin perder la confianza de que en un futuro remoto tendrá edad para ellas; y, haber transformado su agresión directa en una lucha canalizada y socialmente aceptable".

Si el niño no cumplió con estas tareas y la niña no desarrolla un modelo afectivo sobre el cual basar su papel sexual como adolescentes y más tarde como cónyuges y padres, no podrán utilizar constructivamente sus experiencias edípicas

en su vida amorosa posterior, y probablemente también les será difícil tener una capacidad total para el amor heterosexual maduro.

2.4 LATENCIA

Durante el período de latencia el desarrollo del niño y de la niña sigue siendo divergente. El hecho de que el niño abandone la fase edípica en forma definitiva al renunciar radicalmente a su posición pasiva y que por lo mismo se forme en él un superyó más severo, trae como consecuencia que el inicio de la latencia sea más conflictivo que en el caso de la niña, quien, al preservar aún algunos componentes activos de su pasado pre-edípico, no presenta gran dificultad sino hasta que reaparecen las primeras tensiones instintivas de la pubertad (Blos, 1981).

Durante esta fase ocurre, para ambos casos -niña y niño- un cambio en la catexis de un objeto externo a uno interno "las relaciones de objeto se abandonan y son sustituidas por identificaciones" (Blos, 1981); no aparece un nuevo objeto amoroso ni tampoco metas instintivas nuevas; las expresiones directas de las necesidades de dependencia y sexuales disminuyen y son relegadas al papel de reguladores transitorios de tensión; y "se llevan a cabo una gran variedad de actividades del yo, sublimatorias, adaptativas y defensivas" (Blos, 1981) antes de que los impulsos reemerjan durante la preadolescencia y la pubertad.

Por otro lado, el desarrollo intelectual y el social se activan. En el plano intelectual se adquiere la capacidad para establecer relaciones y combinaciones entre los objetos y se consolida la noción de conservación, seriación, clasificación, cantidad y medida. El pensamiento del niño deja de ser mágico y se vuelve más lógico, lo que le permite organizar sus experiencias con un sentido más realista (Lorimier, 1971; Piaget, 1974).

En el aspecto social se puede decir que el área de actuación ya no se limita al núcleo familiar, pues la escuela comienza a formar parte importante de su medio social y constituye un nuevo mundo lleno de personas hasta antes desconocidas con las que el niño puede compartir su aprendizaje, sus metas y obligaciones, sus logros y fracasos. Encuentra la oportunidad de confrontar lo vivido

y lo aprendido en casa (normas, valores, pautas de conducta, etc.) con otras formas de ser y de vivir; al mismo tiempo realiza comparaciones entre los padres y los maestros como modelos de identificación la cual ya no se realiza básicamente en razón de las diferencias y funciones sexuales, sino más bien en virtud de lo que se observa que los demás conocen y pueden hacer a través del desempeño de sus diversas ocupaciones. De esta manera, la sociedad por medio de los padres y los maestros transmiten al niño la tradición y los valores culturales a través de la enseñanza de los conocimientos básicos y del ensayo de los aceptables socialmente, que lo preparan para afrontar con éxito el trabajo como una realidad inherente a la vida cotidiana (Lorimier, 1971; Cameron, 1982).

En el área del aprendizaje, se amplían las habilidades básicas tales como hablar, caminar, vestirse y comer, aprendidas en los años preescolares para incluir el trabajo productivo y los inicios de la propia responsabilidad. Por otra parte, aunque el juego y la fantasía continúan, el desarrollo de nuevas aptitudes gracias a las tareas escolares, le permiten descubrir que puede aprender a hacer cosas que nunca antes hubiera imaginado y realizar actividades, que al no ser producto del juego y la fantasía, forman parte de una realidad social. Surge entonces la sensación de ser capaz de realizar cosas bien y de esa manera participar en el mundo real de los adultos, conquistando así el reconocimiento de su capacidad por parte de ellos. Esto refleja la adquisición del sentimiento de laboriosidad, que manifiesta una ganancia en el proceso de formación de la identidad (Erikson, 1977).

La separación diaria de la familia; la necesidad de adaptarse a la cultura de sus compañeros y al sistema escolar; y las exigencias del dominio de nuevas habilidades y conocimientos, de un mayor autocontrol emocional y de adoptar nuevos roles sociales, provocan en el niño angustia y temor a los que no se puede enfrentar satisfactoriamente sólo si adquirió la confianza necesaria en sí mismo y en sus capacidades, así como la certeza de que sus padres y las demás personas confían en él y estarán cerca para ayudarlo y apoyarlo cuando lo necesite. De esta manera, el sentimiento de laboriosidad que se genera, deberá estar apoyado por una relación cordial, comprensiva entre los padres, los maestros y el niño, en la cual los padres ayuden al niño a depositar su confianza en los maestros y por su parte los maestros confíen en sí mismos y en su actuación para que reflejen seguridad en el niño y lo enseñen a alternar el juego y el trabajo en el desempeño de actividades productivas, estimulándolo y reconociendo su capacidad para realizar las cosas con eficiencia y

precisión. Además, ambos -padres y maestros- deben proveer al niño del espíritu de la colaboración y propiciarle la oportunidad de adquirir el sentido de competencia.

Cuando en la relación con sus padres el niño no obtiene el reconocimiento del valor productivo de sus acciones y se le hace sentir que nada de lo que realiza es importante para los demás se generará la sensación de extrañeza e inadecuación de sí mismo y de sus capacidades y de que es inferior a los demás, por lo que tenderá a evitar la competencia y los esfuerzos activos para superar sus limitaciones. Esto estaría marcando el curso negativo del proceso de formación de la identidad (Lorimier, 1971; Erikson, 1977; Bischof, 1985; Dicarpio, 1985).

Cabe agregar que como una condición esencial para el paso a la preadolescencia y pubertad del niño, además de haber adquirido el sentimiento de laboriosidad que confirma su identidad necesita también lograr en forma satisfactoria una serie de condiciones que en resumen son: a) el desarrollo físico de su cuerpo debe permitirle independencia y control del ambiente; b) en el plano intelectual debe poder realizar franca diferenciación entre el proceso primario y el secundario del pensamiento, a través del empleo del juicio, la generalización y la lógica; c) en el plano social sus relaciones y los sentimientos que estas generan deben haber adquirido una estabilidad considerable; d) las funciones del yo deben tener mayor resistencia a la regresión y a la desintegración causada por la presión de las situaciones de la vida cotidiana; e) la capacidad sintética del yo debe ser efectiva y compleja; y f) el yo debe ser capaz de defender su integridad con menos ayuda de los demás (Blos, 1981).

2.5 PREADOLESCENCIA

Durante la preadolescencia se lleva a cabo una modificación cuantitativa de los impulsos sexuales y agresivos que altera la distribución de fuerzas dentro del individuo. En la fase inicial, ocurre un cambio cuantitativo que se manifiesta como un aumento indiscriminado de la energía utilizada en las metas sexuales y agresivas de gratificación que habían servido al niño durante las fases pre-eréctica y eréctica y afecta a todas las facetas de la vida, y aún cuando se observa un esfuerzo por mantener controlado este incremento, su sistema defensivo se encuentra sometido a una tensión excesiva y en consecuencia oscila frecuentemente entre frenar sus

impulsos o darles vía libre. Esto provoca un resurgimiento de los modos pregenitales y de las experiencias vividas (de separación y de castración).

Asimismo, se observa un cambio gradual en la cualidad de los impulsos determinado por la transformación de los impulsos sexuales y agresivos pregenitales a genitales. Ambos cambios, cuantitativos y cualitativos, además de que se manifiestan de forma diferente en el joven y en la joven, son vividos por ellos de manera distinta según las situaciones específicas a las que cada uno se enfrenta. Así, se observa en el joven un aumento difuso de la motilidad y voracidad, utiliza un lenguaje obsceno; suele rechazar la limpieza y sus juegos son generalmente exhibicionistas; resurge en él la tendencia a adoptar la posición pasiva típica de la fase pre-edípica, misma que reemerge en la fase edípica al identificarse con la madre activa, productora -expresada en el deseo de tener un hijo-. Para que se efectúe un cambio exitoso hacia la posición activa (masculina) tiene que renunciar nuevamente a esa pasividad que ha reemergido. (Lorimier, 1971; Freud, A., 1976; Blos, 1981; Cameron, 1982).

La devaluación que hace de la madre "castrada" y el consecuente abandono de su identificación con ella como una defensa ante la angustia de castración, reaparecen en la preadolescencia como una actitud generalizada de desprecio y rechazo hacia las mujeres, llegando a ignorarlas o negar su existencia. De ahí que se refugie en la compañía de personas de su mismo sexo y pase por un "estado homosexual" transitorio caracterizado por la formación de grupos de iguales o amistades exclusivas en las que excluye radicalmente a las mujeres. De haber asociación con ellas es como signo de solidaridad con el grupo pero no por una atracción sexual genuina (Lorimier, 1971; Blos, 1981; Cameron, 1982).

Como se observó, un logro importante en relación a la formación de la identidad sexual durante la preadolescencia lo constituye el cambio definitivo de la posición pasiva a la activa, características de la masculinidad, que se da en gran parte gracias a la madurez sexual física que alcanza durante la pubertad.

En el caso de la preadolescente, el paso de la situación edípica supone una represión masiva de la pregenitalidad, el mantenimiento de la posición pasiva y un cambio de objeto amoroso como requisito para el desarrollo de su identidad sexual femenina. El conflicto no resuelto aún de la "envidia del pene" provoca que niegue

clara o encubiertamente su feminidad y predomine en ella una conducta activa (masculina) acentuada, que se observa en todas las facetas de su vida. Esta gran actividad que precede al aumento de la pasividad es "un intento para dominar activamente lo que había experimentado pasivamente cuando era cuidada por su madre; en lugar de tomar a la madre pre-édipica como objeto amoroso, la joven se identifica temporalmente con su imagen fálica activa" (Blos, 1981). Por el resurgimiento de la ansiedad que le produjo la separación de su madre en la situación edípica como consecuencia del cambio necesario de objeto amoroso, las relaciones de objeto son más intensas y conflictivas, en especial las de madre-hija (Lorimier, 1971; Blos, 1981).

2.6 ADOLESCENCIA

Durante la adolescencia, el proceso de formación de la identidad atraviesa por una crisis ya que "todas las mismidades y continuidades en las que se había confiado previamente vuelven a ponerse hasta cierto punto en duda" (Erikson, 1976). Es por esta razón por la que éste autor menciona que durante esta etapa se lleva a cabo una "moratoria social" es decir, un tiempo necesario para que el joven, al enfrentarse nuevamente a las experiencias que había vivido en las fases anteriores de su desarrollo, pueda integrar gradualmente los componentes de identidad resultantes de éstas y así encontrar una función propia y única que lo prepare para la responsabilidad que implica el asumir roles sociales y sexuales inherentes a la vida adulta. La integración que tiene lugar al final de la adolescencia bajo la forma de identidad yoica "es más que la confianza acumulada en que la mismidad y la continuidad interiores preparadas en el pasado, encuentren su equilibrio en la mismidad y en la continuidad del significado que tiene para los demás" (Erikson, 1976).

Por otro lado, el proceso de maduración genital que se lleva a cabo durante esta etapa tiene como último fin la cristalización de una de las dimensiones esenciales de la identidad: la identidad sexual, sin embargo, antes de que esto sea posible, el joven experimenta un resurgimiento y una reminiscencia de los residuos de las modalidades pregenitales y de la situación edípica que se refleja en todas las

áreas de su actuación y lo conducen a la búsqueda de sí mismo y al deseo apremiante de lograr la propia identidad (Lorimier, 1971; Erikson, 1976, 1977).

A continuación se revisarán algunos de los eventos que suelen suceder durante la adolescencia y la contribución que tienen en el logro de una identidad yoica definida y estable que, junto con la consolidación de la identidad sexual, permiten al joven establecer relaciones interpersonales maduras y elegir un estilo de vida personal de ser durante la vida adulta.

2.6.1 Relaciones con los padres

En la primera fase de la adolescencia, la imagen idealizada que hasta entonces se tenía de los padres como modelos perfectos y omnipotentes tiende a desvanecerse gradualmente. Esto conduce al joven a percibir a los padres como son en realidad y a sentir la necesidad de romper el vínculo emocional que mantenía con ellos por ser ya insuficiente para ayudarlo a lograr la cristalización de su identidad. Esta situación la experimenta como una pérdida real y contiene rasgos de duelo que debe ser elaborado para lograr la liberación del objeto perdido.

En la elaboración de dicho duelo, el adolescente adopta diferentes mecanismos defensivos y adaptativos que, al mismo tiempo de servirle como medios para lograr la separación e independencia de sus padres, le gratifican sus anhelos de continuar siendo dependiente de ellos. Esta ambivalencia dependencia-independencia se refleja en toda la conducta del joven y genera especial conflicto en su relación con los padres hacia quienes comúnmente adopta un comportamiento contradictorio.

Por una parte, el temor y la depresión que están implicados en la renuncia a su dependencia infantil los proyecta hacia sus padres y de esta forma siente que no es él quien cambia y los abandona como objetos de amor. Por otra parte, se siente incomprendido y desolado y suele mostrar rechazo y rencor hacia ellos por no poder ni querer satisfacer por más tiempo sus necesidades infantiles.

A su vez, el adolescente necesita vivir por sí mismo experiencias que le permitan aprender y conformar su estilo personal de ser. Asimismo, desea poder

dialogar libremente con sus padres al respecto sin por ello sentirse obligado a depender de su aprobación, regirse por sus normas, tener que comunicarles todo acerca de sus actividades, o bien, aceptar que éstas sean criticada o calificadas como inadecuadas. Cuando esto sucede tiende a mostrarse franco y abiertamente hostil e insolente, rebelándose contra su dominio, su sistema de valores y su molesta intrusión en su vida privada (Muss, 1974; Freud, A., 1976; Aberastury, Knobel, 1984; Coleman, 1985).

Los padres no permanecen pasivos a los cambios que su hijo experimenta en relación a sí mismo y con su trato hacia ellos, ya que también sufren una situación ambivalente cuando observan que se aleja de ellos. Esta "ambivalencia dual" (Stone y Church, Church, 1959) significa que los padres se sienten orgullosos de su hijo y desean que se independice, adquiera más responsabilidades y tome sus propias decisiones, sin embargo, también desean mantener la dependencia hacia ellos por el temor a las consecuencias que la separación implica para ellos por considerar a su hijo como su prolongación. A los padres se les dificulta aceptar que deben abandonar su primitiva actitud hacia sus hijos y por lo mismo tienen que elaborar el duelo por la pérdida del cuerpo pequeño de su hijo, su identidad de niño y la relación de dependencia que mantenía con ellos.

Esto provoca en los padres "reminiscencias temidas y vengativas que vuelven a los tiempos en que su propia pequeñez frustró sus intentos de interferir con los privilegios envidiados de sus propios padres" (Blos, 1981). Por otra parte, el crecimiento del hijo los conduce a reevaluar su propio crecimiento, sus capacidades, logros y fracasos y a reeditar las ansiedades básicas que experimentaron y que hasta entonces ya habían logrado controlar. En ocasiones, la adolescencia del hijo coincide con las dificultades que los padres tienen para adaptarse a su edad avanzada, sus esperanzas no cumplidas, la decadencia de su salud, su preparación para la muerte, etc. Todas estas situaciones incrementan la tensión del ambiente familiar y aumentan las dificultades de adaptación del joven hacia su propio desarrollo (Hurlock, 1970; Blos, 1981; Aberastury, Knobel, 1984; Cameron, 1985).

La intensidad de la angustia y la depresión que experimenta el joven y sus padres durante este proceso dual de duelo depende en gran parte de la calidad de las relaciones que ambos tuvieron durante su infancia y de las que aún mantienen. Al respecto, Anna Freud (1976) menciona: "cuanto más estrechos hayan sido los

vínculos que unían al hijo con los progenitores, más violenta será la lucha entablada para quebrarlos en la adolescencia".

2.6.2 Fase de aislamiento

Los cambios físicos, psicosexuales e intelectuales que el joven experimentó durante la pubertad como parte del proceso normal de crecimiento, por una parte, y el rompimiento del vínculo emocional con los padres como objetos primarios de amor por otra, son hechos que implican para el adolescente el tener que enfrentarse a una situación desconocida e incierta que le produce temor, ansiedad, soledad, frustración, desaliento y aburrimiento. Ante esto, se ve en la necesidad de reconocerse a sí mismo y de comprender lo que le está pasando así como de realizar un reajuste emocional que le permita elaborar conductas adaptativas a esta nueva situación. Para ello tiende a adoptar el mecanismo de regresión hacia modos y objetos infantiles que le proporcionaban mayor seguridad y confianza en sí mismo. También, suele refugiarse en su mundo interior y aislarse del exterior, en especial de su familia. Este aislamiento le permite meditar, analizar y elaborar los duelos por la pérdida del cuerpo de niño, la identidad infantil y la relación primaria que mantenía con sus padres.

En ocasiones, no se siente del todo preparado para lograr dicha adaptación, en consecuencia se refugia en la intelectualización y la fantasía para defenderse del dolor y la impotencia que experimenta al enfrentarse a una realidad que le exige la renuncia de su forma de vida infantil para adoptar un nuevo y diferente estilo de vida, acorde a las responsabilidades del mundo adulto. Así, a través de la omnipotencia de pensamiento, de las ideas de reformar el mundo, salvar a la humanidad y la construcción de teorías metafísicas, filosóficas y religiosas, el joven no se siente directamente comprometido como una persona física y puede más fácilmente elaborar la pérdida de su estilo de vida infantil, sobrepasar las dificultades que se le presentan y dar solución a las situaciones a las que se enfrentará en el futuro: el amor, la libertad, la vida conyugal, la elección vocacional y ocupacional, etcétera (Blos, 1981; Aberastury, Knobel, 1984; Coleman, 1985).

Los mecanismos de intelectualización y de la fantasía se complementan con el desarrollo de la capacidad creativa que le permite "gratificar sus necesidades

narcisísticas; alcanzar un apoyo en la realidad; reemplazar objetos de amor, o bien, preparar la canalización de un don innato en un modo de vida perdurable" (Blos, 1981). Esta capacidad creativa se manifiesta en producciones artísticas de todo tipo que frecuentemente revisten un carácter autobiográfico y filosófico.

El proceso intelectual hipotético-deductivo, característico de esta edad, constituye la base del egocentrismo adolescente, mismo que se relaciona con la "audiencia imaginaria" y el "mito personal" (Elkid, 1967): La audiencia imaginaria se refiere a la creencia que tiene el joven de que los demás lo observan constantemente y se preocupan por su apariencia y comportamiento; así mismo, piensa que en cualquier situación, real o imaginaria, puede anticipar las reacciones de los demás porque consideran que piensan igual que él. Por el mito personal se considera a sí mismo como un ser especial, único, omnipotente e inmortal. Estos fenómenos en caso extremo podrían provocar la pérdida total del contacto con la realidad, explican en gran parte algunos de los comportamientos más comunes del adolescente, tales como el temor a ser criticado, aislarse de los demás, pasar largas horas contemplándose al espejo, etc. (Coleman, 1985).

El egocentrismo del adolescente decrece gradualmente alrededor de los 15 años cuando logra reconciliar y equilibrar la relación que hay entre su pensamiento y la realidad; cuando se percata de que la reflexión no implica contradecir la realidad sino tener la capacidad para anticipar la experiencia e interpretarla; cuando puede diferenciar entre sus propios intereses y los de los demás; cuando la audiencia imaginaria se convierte en audiencia real; y, cuando el mito personal cede ante la comprensión de que los demás son más similares a él de lo que se imaginaba. Este hecho constituye para el adolescente una preparación para la acción que, al ser anticipada y elaborada mediante la reflexión, le genera una experiencia, enriquece su aprendizaje y le permite adaptarse a las nuevas situaciones de su vida cotidiana y seleccionar adecuadamente sus compromisos personales, sociales, ocupacionales, sexuales e ideológicos (Erikson, 1976).

2.6.3 Relaciones de amistad y formación de grupos de iguales

La elaboración del duelo ante la pérdida del vínculo emocional con los padres como objetos primarios de amor, conduce generalmente al joven a una

intensa búsqueda de nuevos lazos afectivos que sustituyan a los primarios. Generalmente, dichos objetos de amor son de la misma edad, sexo y forman parte del entorno extrafamiliar; tiende a encontrarlos a través de amistades exclusivas, formación de grupos de iguales y relaciones idealizadas.

Las relaciones de amistad exclusiva adquieren un significado importante para el adolescente porque le dan seguridad, comprensión y cariño que le brindaban sus padres. En ellas, la selección de los amigos está determinada por aspectos individuales como proximidad física, posición social y económica, raza, costumbres, etc., y por aspectos de la estructura y dinámica familiar. El joven desea y necesita libertad para hacer por sí mismo la selección de sus amigos sin verse obligado a aceptar las normas impuestas por los adultos. Posiblemente cometa errores en sus primeros ensayos y sufra desilusiones por la corta duración de sus relaciones; sin embargo, a medida que crece en edad y adquiera mayor maduración irá perfeccionando su manera de elegirlos (Hurlock, 1970).

Entre los 11 y 13 años de edad, la amistad se centra más en la acción que en la propia interacción. El joven selecciona a una o dos personas de su misma edad y sexo a quienes considera "sus mejores amigos" y con quienes se asocia para realizar la mayor parte de sus actividades. Les demuestra su afecto estando con ellos, cumpliendo sus deseos para que se sientan felices; cuando se siente apartado del amigo se siente solo e inseguro, por ende, trata de mantenerse siempre en contacto a través de llamadas telefónicas, cartas o visitas personales (Hurlock, 1970; Coleman, 1985).

Alrededor de los 14 años, es importante la seguridad que los amigos le ofrecen. Se intercambian una total dependencia de afecto y reconocimiento; se comparten sus pensamientos, sentimientos, esperanzas y temores, anhelando que el amigo le guarde lealtad absoluta y sea el confidente y consejero (Coleman, 1985).

En ambos casos los amigos inseparables se imitan mutuamente hasta asemejarse, de hecho, cada uno "es el espejo donde el otro contempla su propia imagen" (Aimee, 1974). Estas relaciones de amistad son necesarias para la evolución afectiva y social, sin embargo, carecen de una calidad genuina y profundidad real en el afecto, ya que esa identificación no permite elaborar un juicio objetivo de la otra persona para valorarla y amarla por quien es. Así, las amistades

durante esta fase siguen generalmente un modelo narcisístico, son solamente experiencias comunes que facilitan la separación de los objetos primarios de amor y la satisfacción de las propias necesidades a través de la mezcla de idealización y unión erotizada (Powel, 1980; Blos, 1981).

Las relaciones de amistad adquieren diferentes características en el hombre y la mujer. Para el hombre, la perfección que implicaba su narcisismo infantil es proyectada en el amigo quién, en un inicio, representa el ideal del yo. El joven admira, ama y desea tener aquellas cualidades de su amigo de las que él carece y que puede hacer suyas a través de la internalización de la relación. Por otro lado, su tipo de amistad adquiere transitoriamente connotaciones homosexuales, que no indican una orientación sexual definitiva pero que son necesarias para lograr la consolidación de su masculinidad. En la medida en que el yo ideal del joven se establece en forma independiente del objeto en el mundo externo y su orientación sexual masculina se define en forma más clara, la imagen del amigo se reduce a proporciones ordinarias. Con frecuencia esto conlleva a la terminación de esa relación de amistad y a la búsqueda de otra persona que la sustituya y sea más madura (Blos, 1981).

La mujer elige a la amiga por tener cualidades similares o radicalmente diferentes a las que poseen los padres. La idealización de la amiga se basa en la confianza de que el solo hecho de amarla y admirarla en forma pasiva, bastará para asegurar la satisfacción de sus necesidades de afecto y aceptación. Estas connotaciones masoquistas y pasivas de la relación de amistad para la mujer forman parte del estadio bisexual intermedio, entre una posición fálica preadolescente y la consolidación de su feminidad. Los sentimientos eróticos que se producen en la relación son generalmente canalizados a través de la verbalización oral (conversaciones confidenciales, chistes, etc.) o escritas (elaboración de su diario, creación de poemas o canciones románticas, etc.) (Blos, 1981).

En forma paralela a las relaciones de amistad existe la formación de grupos de iguales que también adquieren un valor trascendental en la vida del adolescente ya que constituyen un medio por el cual puede cristalizar su identidad y confirmarla a través de la identificación con el grupo. Esta última contrarresta y complementa la exclusividad con el amigo y prepara el camino para que el joven

logre realizar una identificación colectiva al final de la adolescencia (Lorimier, 1971).

Durante la primera fase de la adolescencia, el grupo se caracteriza por ser pequeño, informal y único a miembros de igual edad, sexo y condiciones socioculturales, por tener una intensa participación emocional expresada en los profundos sentimientos de amistad; en la responsabilidad de prestarse ayuda mutua en todo momento; en la solidaridad que mantienen ante las exigencias externas; en la limitación de afiliación de nuevos miembros al grupo para evitar un posible desequilibrio en la cohesión interna; en la importancia del grupo con respecto a otros, etc. Por otro lado, las actividades del grupo -como reunirse a platicar o asistir a algún evento cultural o recreativo- siempre implican el hecho de "estar juntos" y posiblemente lejos de la supervisión de los adultos u otros jóvenes que no forman parte del grupo (Hurlock, 1970).

El joven, en su búsqueda de identidad, recurre a la uniformidad con el grupo para ser aceptado por este, ya que le brinda seguridad, autoestima, prestigio, lo protege en la ansiedad que proviene del exterior, le permite lograr una identidad grupal y le proporciona un patrón de aprendizaje de cómo debe comportarse frente a los demás para ser aceptado y reconocido. Su lealtad la demuestra cuando se somete al código de comportamiento (forma de hablar, de vestir, etc.) que éste le impone y se muestra intolerante con toda aquella persona o grupo que tenga diferencias con respecto a su grupo. En sus primeros intentos de integración, es frecuente observar manifestaciones de conducta que sobrepasan el límite de comportamiento impuesto por el grupo mismo, sin embargo, al darse cuenta de la reacción desfavorable por parte de los demás, modifica su conducta y la adapta al patrón establecido. La uniformidad con el grupo va más allá de la simple imitación, pues implica actuar como el grupo espera que lo haga, aunque parece que se pierde la propia identidad (Hurlock, 1970; Lorimier, 1971; Erikson, 1976; Powel, 1980; Blos, 1981, Aberastury, Knobel, 1984).

En suma, las amistades y la formación de grupos de iguales durante esta fase de la adolescencia se explican por el hecho de que la mayor fuente de seguridad se encuentra en el código compartido y el mutuo reconocimiento. La identificación con el amigo y con el grupo ("sentimiento de nosotros"), la compatibilidad de preferencia y aversiones además de la comprensión y el afecto recíproco permiten que el joven, en su relación con otras personas que piensan, sienten y actúan en

forma similar a él, encuentre la oportunidad de reforzar su confianza en sí mismo y en los demás al poder expresar y compartir libremente sus ideas, sentimientos, experiencias y actividades, y de esta manera fortalecer el sentimiento de pertenencia, el apoyo, la seguridad y la compañía que se debilitaron por el rompimiento con el vínculo familiar como grupo primario de referencia a la vez de permitirle elaborar más fácilmente la pérdida de todo lo que configuraba su identidad infantil y así poder gradualmente establecer su identidad de adulto (Hurlock, 1970; Powel, 1980; Blos, 1981; Aberastury, Knobel, 1984; Coleman, 1985).

Otro lazo afectivo que el adolescente busca a partir de la ruptura del vínculo emocional con los padres es el establecimiento de una relación idealizada en la cual el joven desarrolla una profunda admiración por una persona de mayor edad, de igual o diferente sexo, que observa desde lejos o apenas conoce de manera superficial pero con quien no tiene contacto personal. El adolescente admira con atención y aprobación todos sus movimientos, escucha sin respirar cada una de sus palabras, se preocupa por recoger información sobre sus actividades e intereses, trata de imitar sus modelos y su conducta y de actuar de una manera que cree que será aprobada por él. Con frecuencia elige como modelo a un profesor, a una determinada persona conocida que desempeña un puesto estimable en nuestra sociedad o a una estrella del medio artístico o deportivo (Hurlock, 1970).

Este tipo de relación idealizada es transitoria pues se abandona y olvida con relativa facilidad cuando se despierta el interés por las personas del sexo opuesto. De esta manera, "no constituyen una barrera para las vinculaciones heterosexuales satisfactorias, aunque persisten hasta los 15 años de edad (...) sólo puede considerárseles anormales cuando persisten hasta el periodo final de la adolescencia e incluso hasta la edad adulta y se prefieren a otros tipos de conducta sexual" (Hurlock, 1970).

2.6.4 Fase de experimentación heterosexual

Al cabo de un tiempo, el adolescente siente con mayor urgencia la necesidad de amar y ser amado, por lo que establece relaciones menos idealizadas y más accesibles física y emocionalmente, transfiriendo su afecto a contemporáneos de diferente sexo. En un primer momento, el periodo de experimentación heterosexual

parece ser un juego vacilante y confuso para quien lo observa. Los frecuentes y contradictorios cambios emocionales, los restos inconscientes de la situación edípica, la necesidad de conocer al sexo opuesto y el desempeño adecuado de los roles sociales y sexuales, son algunas situaciones que conservan el espíritu de lucha que todo duelo lleva implícito. En esta etapa, el comportamiento del adolescente es osado y agresivo, tratando de llamar la atención de las personas del otro sexo para compensar y ocultar sus sentimientos de inseguridad. De ahí que sus relaciones tengan un carácter transitorio, inestable y extremista.

La finalidad del desarrollo heterosexual es la formación de una identidad sexual estable e irreversible, que se logra mediante la aceptación del rol característico del propio sexo y su razonable desempeño; la comprensión de la base biológica de la reproducción, los intereses y las actividades sexuales en una vida equilibrada y sana; la apropiación de normas e ideales que asignen al sexo un valor que trasciende lo puramente físico; la capacidad para hallar atractivo al otro sexo de tal manera que el individuo pueda amar y ser amado; y, la aptitud para enfrentarse al otro sexo en términos de igualdad y compañerismo.

Por otro lado, para que el adolescente logre una adaptación heterosexual satisfactoria, es importante que sus padres y demás adultos que conviven con él, muestren una actitud favorable que le asegure la existencia de alguien a quien puede recurrir en busca de consejo y ayuda; no obstante, puede observarse que, los padres en su afán de proteger a su hijo se preocupan y ejercen presión sobre él cuando no muestra interés por el sexo opuesto, pues suponen que no está madurando adecuadamente, pero cuando se da una atracción heterosexual también se angustian y lo reprimen en su conducta porque, generalmente sale de las normas establecidas en el hogar (llega tarde, descuida el estudio, gasta más en indumentaria y actividades sociales, tiene menos convivencia con la familia, etc.) porque suponen que no está lo suficientemente preparado para entablar relaciones con el sexo opuesto y temen que se inicie en una vida sexual que propicie un embarazo o matrimonio precoces. Ante estas actitudes paternas, el joven opta por ser reservado, sentir culpa y vergüenza, o bien, actuar en forma rebelde y seguir el curso de sus experiencias sin importarles "aparentemente" los problemas que puede tener con sus padres. Cualquiera de las dos opciones conllevan a dificultades para una adaptación heterosexual satisfactoria (Hurlock, 1970; Pearson, 1975; Powel, 1980).

Asimismo, el joven debe encontrarse inmerso en un ambiente con varios individuos del sexo opuesto para poder elegir y entablar relaciones de amistad y de afecto. Este nuevo círculo social surge en el momento en que sus anteriores relaciones de amistad son menos exclusivas y su grupo de iguales se amplía. La amistad con personas del mismo sexo prevalece y se torna más afectiva y más profunda en el tipo de interacción, pensamientos, sentimientos y actividades, aunque disminuye la confusión de identidad que se daba por una fuerte identificación mutua, ya que se logra una diferenciación de su propia personalidad. A su vez, se debilita el temor al abandono o a la traición del amigo, se aceptan nuevas relaciones de amistad en las cuales los amigos le ayudan a adaptarse favorablemente a los individuos del sexo opuesto con los que se empieza a interactuar. La integración de nuevos miembros de diferente sexo y edad está determinado por una previa selección y consenso. Esto le ofrece ventajas al joven, en primer lugar, porque al ampliarse el grupo hay mayor probabilidad de que no todos los integrantes se encuentren en igual grado de intimidad en sus amistades, lo que facilita una identificación colectiva que gradualmente sustituye a la exclusiva; en segundo lugar, porque ahora el comportamiento grupal está más apegado a las reglas sociales y debe aprender el patrón de conducta apropiado para cada uno de los sexos; por último, porque predominan actividades tales como las fiestas y las conversaciones en un "café" en donde se intercambian opiniones acerca de temas que les inquietan o consideran relevantes (Hurlock, 1970; Coleman, 1985).

De esta manera, tanto el grupo como el tipo de amistad durante esta fase de la adolescencia condicionan un ambiente en el que el joven puede aprender habilidades y patrones de conducta social que no eran necesarios cuando sus relaciones se limitaban a personas del mismo sexo, y despiertan su interés heterosexual al brindarle oportunidad para realizar acercamientos físicos y afectivos con varias personas a través de las determinadas "citas", cuyas particularidades están condicionadas por factores individuales, socioculturales e históricos.

La discrepancia que existe en la maduración genital de ambos sexos condiciona que el desarrollo del interés heterosexual se inicie antes en la muchacha que en el joven, sin embargo, es habitual que el período de citas ocurra a la misma edad. En consecuencia, la muchacha se siente más atraída por jóvenes de mayor edad que ella o por aquellos que percibe más maduros. De manera concomitante, los jóvenes prefieren relacionarse con muchachas de menor edad para no sentirse

incompetentes. La diferencia de edad entre los miembros de la pareja es, por lo general, de dos años como máximo (Hurlock, 1970; Powel, 1980).

A veces por sí mismo o por la presión del grupo, el adolescente se pregunta con angustia aspectos que velan las relaciones heterosexuales, tales como: la forma de mantener interesada a una persona del sexo opuesto, qué hacer o de qué hablar en una cita, cuál es el número ideal de citas con una persona elegida antes de iniciar un noviazgo, cuál es el grado permisible de caricias amorosas, etc. Estas interrogantes, además de tener un matiz sexual, tienen un contenido moral, religioso y social que se remontan a la infancia y se hallan estrechamente relacionados con la vida familiar.

Los roles que desempeñan ambos sexos en las citas se hallan prescritos por la tradición y las costumbres socioculturales. Actualmente, por ejemplo y aunque en menor grado que antes, se espera que el hombre tenga el dominio y tome la iniciativa, mientras que la mujer debe someterse y tomar el papel de seductora. En el pasado, una o dos citas con una joven significaban un fuerte interés romántico y llevaban la intención implícita de proponerle matrimonio; en cambio, hoy en día, sólo son experiencias agradables para los que participan en ellas. Durante el período de citas los individuos no necesariamente tienen la intención de formar una vida común sino más bien de vivir una serie de experiencias: compartir su tiempo, sentimientos, deseos, problemas, actividades, etc., con personas con las que simpatizan; aprender destrezas interpersonales tales como la desenvoltura, la empatía, la toma de decisiones y la formación de compromisos sociales; obtener reconocimiento y prestigio en su grupo; satisfacer su necesidad social de ser vistos en compañía de alguien del sexo opuesto; desempeñar y definir mejor su rol social y sexual; adoptar una actitud más realista hacia el amor y sus implicaciones en una relación de pareja; y, establecer los fundamentos pertinentes para después hacer una elección objetiva del futuro cónyuge (Blood, 1980).

Como la mayoría de los adolescentes jóvenes son aún tímidos e inseguros en su elección, las primeras citas son motivo de ansiedad y frustración, por lo que prefieren mantenerlas en secreto. Posteriormente, al adquirir mayor seguridad en sí mismo y al aumentar su orgullo narcisista por su aspecto físico y sus habilidades, busca la oportunidad de manifestarse abiertamente a las personas que lo atraen, entonces, sus citas las realiza en compañía de otras parejas, en presencia de las

cuales se muestra más franco y desinhibido en la forma de demostrar su interés y afecto hacia el otro. Con el fin de que el adolescente aprenda a ver que la persona del sexo opuesto a la que ama, es un ser humano igual a él, requiere de conocer a varios para llegar a comprender que las diferencias no se deben al sexo, sino a las diferencias de personalidad de todo ser humano. "Este conocimiento de las diferencias existentes entre otras identidades personales colabora en conseguir una identidad personal que le sea propia" (Pearson, 1975).

El atractivo y la apariencia física de un adolescente, el estilo de su ropa, su arreglo y adorno personal, así como el orgullo que siente por estos, son elementos que aumentan la probabilidad de que otros jóvenes los elijan como compañeros de citas, en tanto que se apeguen al ideal de belleza o a la moda del momento considerados por el grupo de contemporáneos. Además, los adolescentes prefieren la compañía de aquellos con quienes se sienten identificados, ya sea porque pertenecen a la misma colonia, escuela, posición socioeconómica, nacionalidad, raza, religión, etc., tienen antecedentes familiares y educativos parecidos, poseen un potencial intelectual y cognitivo similar, tienen rasgos de personalidad semejantes o radicalmente diferentes, o son compatibles en sus creencias, actitudes, intereses, metas o temores (Hurlock, 1970; Blood, 1980).

La atracción no se realiza de persona a persona ni buscan atarse en realidad a ninguno, más bien, intentan conquistar a varias personas a la vez, por lo mismo, cualquier atracción o relación durante esta fase, es de corta duración y en poco tiempo, otra persona ocupa el lugar de la anterior. Cuando el interés y la atracción heterosexuales se toman cada vez más selectivos, el varón y la mujer sienten inexplicablemente una especial atracción física y afectiva por una sola persona, por consiguiente nada más concertan citas con esta, porque desean conocerla mejor y establecer una relación más estable y duradera; algunas veces sólo es un cortejo, otras, implica ya un noviazgo, sin por ello pretender, necesariamente formar una vida en común.

La idealización de esa persona, a quien destaca por encima de todas, surge de modo súbito y violento, y frecuentemente da lugar al enamoramiento que, puede ser el comienzo del amor, aunque todavía dista de serlo y parece ser más bien una de las consecuencias de la confusión de identidad que caracteriza la adolescencia. De ahí que en un principio, la conducta típica de la pareja de jóvenes "enamorados"

carezca de connotaciones sexuales y más bien esté encaminada a la diferenciación de la propia imagen yoica y a la acentuación de los rasgos masculinos o femeninos mediante la proyección que concede a las tendencias ajenas al otro sexo, para ser aclaradas y compartidas en el mutuo pertenecerse.

Cuando el joven se acerca más al fin de la adolescencia surgen relaciones de pareja llamadas noviazgos. A diferencia de la etapa de experimentación heterosexual, que constituye un intento de confirmar la propia identidad del adolescente a través de la otra persona, las relaciones de noviazgo favorecen la formación de una nueva y compartida identidad y suponen que cada uno de los miembros de la pareja está desarrollando, por un lado, su capacidad de intimidad consigo mismo al descubrirse en la soledad, y por otro, su capacidad de intimidad psicosocial, afectiva y sexual con otra persona cuando se une a ella sin el temor a perder o confundir la propia identidad. Al respecto, Erikson (1977) afirma que "sólo cuando la formación de la identidad está bien encaminada puede darse la verdadera intimidad que es en realidad tanto una contraposición como una fusión de identidades. El fin del noviazgo también puede provocar graves repercusiones emocionales en el individuo, por ejemplo, cuando a través de él se estaba negando inconscientemente un duelo mal elaborado con respecto a la propia identidad sexual o cuando la relación termina por presiones familiares, socioculturales o económicas, pues la elaboración del duelo por la pérdida de la pareja y de la relación contiene además de depresión, resentimientos y hostilidades que, de manera franca o encubierta, se manifiestan hacia la persona o situación que provocó la separación.

El hombre no es un proyecto terminado. Así como su identidad no queda determinada en el momento de nacer, tampoco su función termina con poder diferenciarse de los demás. El hombre es un proceso cambiante, pero el cambio no es brusco, es evolutivo, hay una línea que marca la evolución de la identidad. La identidad es secuencia, es un continuo; es por esto que Erikson (1977) considera que el hombre pasa por ocho etapas a lo largo de su desarrollo, a través de las cuales logra el alcanzamiento de su identidad. Esto es lo que se llama epigénesis, que es el alcanzamiento de identidad por cumplimiento de etapas. Cada etapa cumple un poco de identidad en el ser humano. Si el desarrollo de todas estas etapas es adecuado, culminará en el pleno alcanzamiento de la identidad. Cada etapa se entremezcla tanto con la anterior como con la que le sigue, por lo que el hombre es un todo integrado, una gestalt.

El adolescente puede pasar por la confusión de su rol en cuanto a su propia identidad. Empieza a preguntarse ¿quién soy yo? Cuando el conflicto de identidad no es superado para seguir desarrollándose en sus etapas posteriores el adolescente puede caer en una patología. La psicopatía, por ejemplo, es causada por confusión de identidad y se presenta el acting-out, por la exaltación de la gratificación en el aquí y ahora, por lo que los episodios delincuentes u arbitrarios psicóticos no son raros en la adolescencia. En la mayoría de los casos, lo que perturba al joven, es la incapacidad para decidirse por una identidad. Para evitar la confusión, se sobreidentifican temporalmente, hasta el punto de una aparente pérdida completa de identidad, con los héroes y multitudes.

2.7 JUVENTUD

El adulto joven que surge de la búsqueda de identidad y de la insistencia de ello, está ansioso y dispuesto a fundir su identidad con la de otros. Está preparado para la intimidad, esto es la capacidad de entregarse a filiaciones y asociaciones concretas y de desarrollar la fuerza ética necesaria para cumplir con tales compromisos, aún cuando estos puedan exigir sacrificios significativos. La capacidad para intimidar implica aceptar a los demás y saber que cada quien tiene una idea de la vida, un valor diferente y respetarlos; implica mirarse en esa interacción sin perder sus propios valores, personalidad e identidad. Esta capacidad implica delimitar cada quien su identidad y delimitar la identidad de los otros sin juzgarlos. Es un establecer nexos con los demás aceptándolos. Si no es capaz de esto, se tienen problemas con los otros, ya que se quiere establecer lo de uno, así la persona se siente rechazada o perseguida.

La contraparte de la intimidad es el distanciamiento: la disposición a asilar, si es necesario, destruir aquellas fuerzas y personas cuya esencia parece peligrosa para la propia, cuyo "territorio" parece rebasar los límites de las propias relaciones íntimas. Los prejuicios así desarrollados, constituyen un producto más maduro de las repudiaciones más ciegas que durante la lucha por la identidad establecen una diferencia neta de esta etapa es que las relaciones íntimas, competitivas y combativas se experimentan con y contra las mismas personas.

El riesgo en esta etapa es el aislamiento, esto es la evitación de contactos que llaman a la identidad.

Sin embargo, tan patológico es no aceptar a los demás tal como son, como no poder estar a solas consigo mismo. Se debe poder intimar con los demás y al mismo tiempo estar a solas con uno. Necesitamos estar a solas y tener la posibilidad de reflexionar acerca de uno mismo, acerca de los propios valores, errores, ideales; pensar acerca de la propia situación actual y de la propia identidad.

En la juventud frecuentemente se empieza a tener un contacto más íntimo con el sexo opuesto, con la pareja que se eligió para formar un hogar y es aquí cuando comienzan a llegar los hijos. Según Erikson (1950) esto pertenece a la generatividad, que es en esencia la preocupación por establecer y guiar a la nueva generación. Este concepto incluye sinónimos como productividad y creatividad. La generatividad constituye una etapa esencial en el desarrollo psicosexual y también en el psicosocial. La generatividad implica la generosidad suficiente para dar la vida a los hijos. La generosidad no es sólo biológica, sino que implica desde un principio cuidar al hijo y ver cuáles son los cambios que éste tiene. Generosidad para dar todo lo que es tuyo o estás frustrado.

Generosidad para respetar las generatividades es lo que tiene la persona madura como corolario de la identidad, de lo contrario el adulto se convierte en ególatra. El egoísmo es tal que impide la generatividad y esta falta de generatividad redundante en un egoísmo cada vez mayor. Para lograr la generatividad hay que seguir una familia donante, aunque hay individuos que por desgracia o debido a dotes especiales ya genuinos en otro sentido, no aplican este impulso a su propia descendencia.

El empobrecimiento es la oposición a la generatividad, a la madurez; es el viejo gruñón, egoísta, vertido hacia sí mismo con una amargura extraordinaria en la que se queja de la vida; es el senecto anhedónico con su correspondiente.

Cuando el enriquecimiento de la generatividad falta por completo, tiene lugar una regresión a una necesidad obsesiva de pseudocontinuidad; a menudo con un sentimiento general de estancamiento y empobrecimiento personal.

2.8 EDAD ADULTA

Durante esta etapa la persona ya ha formado su propia familia, ha dado la vida a su(s) hijo(s), lo(s) ha visto crecer, se ha enfrentado o la infancia y adolescencia de estos y en ocasiones a la formación del hogar de sus propios hijos, por lo que ahora se encuentra en casa solo con su pareja. En esta etapa, frecuentemente se da cuenta de que ya no hay nada que lo una a su pareja y es cuando ocurren muchos divorcios después de haber estado juntos por más de 20 años. Este es el fenómeno de "nido vacío", donde los hijos han abandonado el hogar paterno, de aquí la importancia de que la pareja no se dedique única y exclusivamente a la crianza de los hijos y que se den un tiempo para estar juntos para seguir comunicándose como pareja y de esta manera evitar que al llegar a esta etapa ocurra una separación.

La integridad yoica implica una integración emocional que permite la participación por consentimiento, así como la aceptación de la responsabilidad. Aunque percibe la relatividad de los diversos estilos de vida que han otorgado significado al esfuerzo humano, el poseedor de integridad está siempre listo para defender la dignidad de su propio estilo de vida contra toda amenaza física y económica. Pues sabe que una vida individual es la coincidencia accidental de sólo un ciclo de vida con sólo un fragmento de la historia; que para él, toda integridad humana se mantiene o se derrumba con ese único estilo de integridad de que él participa. Es la aceptación del propio y único ciclo de vida como algo que debía ser y que, necesariamente no permita sustitución alguna.

La falta o pérdida de esta integración yoica acumulada, se expresa en el temor a la muerte; no se acepta el único ciclo de vida como lo esencial de la vida. La desesperación expresa el sentimiento de que ahora el tiempo que queda es corto para integrar otra vida y para probar caminos alternativos hacia la integridad. Un hombre íntegro sabe que ha dado lo que tuvo; que amó y disfrutó entregando y valorando todo. El hombre desesperado piensa que el tiempo es corto para hacer lo que no ha hecho; se da cuenta de que le queda poco tiempo y que no exaltó lo positivo de la vida como debió hacerlo. El senecto, en el último trayecto de su existencia puede dar: o bien toda la sabiduría (entendiendo por ésta, la sapiencia o experiencia de la vida y no sólo los conocimientos técnicos), entregando su amor a los demás; o bien, si no logró los elementos básicos de confianza, nunca fue creativo y llegó a la

senectud anhedónicamente, es incapaz de dar porque no tiene nada que dar, ya que no fue generativo y aún siente desconfianza de entregarse.

Sólo el individuo que en alguna forma ha cuidado de cosas y personas y se ha adaptado a los triunfos y a las desilusiones inherentes al hecho de ser el generador de otros seres humanos o el generador de productos o ideas, puede madurar gradualmente el fruto de estas etapas. Es posible parafrasear la relación en la integridad adulta y la confianza básica infantil diciendo que los niños sanos no temerán a la vida si sus mayores tienen la integridad necesaria para no temer a la muerte.

A través de los planteamientos de Erikson (1977) es posible darse cuenta que si bien es cierto que cada etapa tiene una meta que cumplir y busca la satisfacción de metas concretas, también es cierto que la conjunción de estas metas concurren a lo mismo: el pleno alcanzamiento de la identidad. Para lograr esto, las etapas que Erikson plantea no se dan de una manera aislada; no es independiente una de la otra; todas se entremezclan y el que una no se de adecuadamente va a afectar el desarrollo de la otra y viceversa.

Para que el desarrollo humano se dé de manera adecuada existen ciertos requisitos inherentes al hombre y que éste debe cumplir para lograr su identidad. Estos son: Integración, Autonomía y Adaptación. Considerando al primero como la organización humana con base en el manejo que puede tener el hombre de su propio cuerpo y psique, en esquemas cada vez más complejos, no como suma de sus partes, sino como esquema. Esto es algo dinámico, no es estático, no es un punto al que se llegue; es devenir constantemente, es una estructura de complejidad y perfección; es estructuración. Se es algo cuando se nace, pero se va siendo siempre algo cada vez más complejo.

Se partirá del esquema corporal para ver el aspecto psicológico. El esquema corporal es el desarrollo funcional de un esquema a realizar. El desarrollo humano es el magisterio de todas y cada una de sus funciones. Este magisterio empieza a partir de la mielinización del niño y de ahí se van dando sus esquemas. El primer esquema es el magisterio del grito. El niño desde que nace, llora por todo y con el fin de comunicarse con el exterior. El segundo esquema es el movimiento de los músculos y el magisterio de tomar las cosas. El tercer esquema se refiere al

magisterio de la marcha. El cuarto magisterio es el de la palabra; aunque caminar y hablar es su parte de ser hombre, no es tanto cuestión psicosocial. Por lo tanto, hay un desarrollo que se lleva implícito como parte del ser humano.

Cuando el niño empieza a caminar (es cuando empieza el segundo elemento), está buscando su autonomía y surge la operación de separación de la madre.

La autonomía es parte de la simbiosis, de aquel elemento inicial con el que se nace. Dentro de esta simbiosis, el niño sigue simbiótico durante una temporada, a partir de ella, el niño va accediendo a concientizar su identidad. Es por esto que al llegar a los dos años es egocéntrico, por el sentido de apropiamiento y empieza la diferenciación entre "esto es mío", "esto es tuyo". Pero no es por egoísmo en sí, sino que es por reafirmar su identidad. Posteriormente el niño empieza a ver que los demás no piensan como él; "piensan mal" porque piensan diferente a él. Esto es autonomía, autosuficiencia en sus ideas, en sus gustos, en todos los aspectos. Esta autonomía se verá forzada en la adolescencia, donde el joven reafirmará sus ideales y tomará sus propios valores puliendo con esto su identidad.

Se ve cómo partió entonces de la simbiosis a la autonomía, pero para valerse por sí mismo necesitó de la marcha y del habla. Todo esto determina la integración y la autonomía. La integración pone mayor acento en lo endomórfico y la autonomía en lo psicológico. Pero ninguna es excluyente de la otra. Hay individuos que sólo alcanzan integraciones parciales (los que sufrieron la enfermedad de little o talidomía), que por consiguiente alcanzan una autonomía hasta una edad muy avanzada; tal vez nunca la consigan.

Todo esto es orden del desarrollo. Finalmente, la adaptación es el término de socialización. La adaptación empieza en la familia. Aquí el placer se ve frustrado por la realidad. Después continúa la adaptación con otras familias, la escuela, etc. La adaptación es un proceso psicosocial. Es la plena aceptación del otro tal como es; también es parte de la socialización y equivale a la adaptación. El otro es pivote para el desarrollo de la propia mismidad. "Somos carentes o indigentes" (no podemos hacer solos muchas cosas). Necesitamos de los demás pero no sólo por necesidad, sino también por perfección; el compartir con los demás es enriquecedor, así como ser enriquecido por ellos. La adaptación no es ser lo que los demás son, ni estar en contra de los demás; es la solidaridad, la camaradería, el compañerismo, la

aceptación. La adaptación es la toma de conciencia y responsabilidad de vivir con los demás pero no gregariamente, sino por convicción de aceptación.

La socialibilidad es un capítulo muy importante que deviene de la autonomía, integración y adaptación.

Es así como los esquemas generales del desarrollo humano van de lo más egoísta a lo más donante; de lo más aislado a lo más sociable; de lo más simple a lo más complejo.

El niño primero es ello; aprende a renunciar a él mismo por los demás por amor, por compartir y para estar en comunión con los demás.

Por todo lo anterior, nos damos cuenta de que el desarrollo humano exige integridad, autonomía, creatividad y valores. El valor más importante de nuestro proyecto dentro del esquema de desarrollo es el alcanzamiento de la identidad plena para lo cual es indispensable nuestra mismidad como unidad estructural, tanto morfológica como psicológica y social.

Se ha presentado un bosquejo del devenir por el cual la identidad en el individuo va ascendiendo y trascendiendo; proceso por el cual el individuo forma conciencia de él como identidad diferente y única; es decir, cómo a través de la individuación el hombre se percibe como sí mismo. Aunque una vez alcanzado este fenómeno pareciera concluir todo el proyecto, son muchas más y más complejas las situaciones que se presentan en la psique del otro, puesto que son otras las experiencias que pasa al vivenciarse como separado de todo lo que le rodea; es a través del análisis de esta vivencia de mismidad propia en la que el individuo como deseo de ser un proceso, parece saber hacia dónde se dirige aunque no sabe siempre conscientemente cuál es su meta.

Estas palabras expresan la confianza en el propio organismo y en el descubrimiento de sí mismo como proceso. Describen, en términos personales, la captación de uno mismo como flujo de llegar a ser y no como un producto acabado.

Ello significa que una persona es un proceso en transformación, no una entidad física, estática, sino una entidad dinámica. Es decir, que el individuo no es algo absolutamente físico ni terminado, sino por el contrario, que es él mismo un

proceso en el que se está inmerso y que éste a su vez es el que le está otorgando
nismidad, su ser en sí mismo.

Este es el proceso que se da en el desarrollo de la identidad en la vida de
todo hombre, pero ... ¿qué condiciones hacen posible que una persona cambie y se
desarrolle adecuada o inadecuadamente y cuáles son los efectos específicos o los
resultados de estas condiciones?

CAPITULO 3

IDENTIDAD Y RELACIONES INTERPERSONALES

"El problema del afecto es estar cerca o lejos, la interacción es el abrazo, y su aspecto corporal la aceptación".

- William Schutz -

CAPITULO 3

IDENTIDAD Y RELACIONES INTERPERSONALES

En este capítulo se revisarán las relaciones interpersonales y la identidad. Lo que implica suponer tener una identidad integrada adecuadamente, así como el tener una identidad integrada inadecuadamente. Lo cual, en éste último caso, sin llegar a ser altamente patológica deja ver cómo es que el individuo no logra establecer relaciones interpersonales satisfactorias, por ende, profundas. El capítulo tiene dos principales divisiones: las relaciones de amistad y las relaciones amorosas, por ser éstas de gran importancia para todo ser humano.

3.1 RELACIONES DE AMISTAD

Según Orlofsky (1978), "el hecho de lograr el sentido de la identidad personal permite establecer relaciones personales satisfactorias. Las relaciones entre identidad e intimidad se parecen mucho en ambos sexos. Hombres y mujeres piensan que un sentido positivo de la identidad constituye la base de relaciones personales satisfactorias".

Una persona no puede involucrarse con otra si no tiene resuelta su identidad. Si el individuo tiene dificultad para afrontar la intimidad indica que todavía está luchando con los problemas de fases de su desarrollo no resueltas. En una relación de amor, por ejemplo, se requiere de confianza, autonomía, iniciativa, sentido de industriiosidad y de identidad (etapas 1-5, Erikson, 1963), si la persona es recelosa e insegura, expresa mucha duda sobre sí misma, todavía siente poca autoestima, se describe como una persona "inadecuada", todavía está tratando de lograr un sentido claro de su propia identidad, trata aún de contestarse las preguntas: "¿Quién soy yo y qué quiero de la vida?"

Se puede ver en muchos casos que los huecos que hay en la identidad de un individuo surgen en su infancia, cuando los padres le transmiten al hijo sus propios temores y tabúes. Las figuras significativas del niño, principalmente sus padres, hacen que surja en él una intensa ansiedad repentinamente precipitada. El

niño en su carácter pasivo correspondiente, incapaz de comprender la situación que le rodea o de darle algún sentido a lo que sucede en su entorno y en sí mismo, sólo puede sentir una intensa angustia cada vez que encuentra en alguno de sus progenitores esa situación que le incomoda. Sullivan (1974) dice: "si un padre ha tenido un temor subpsicótico de que su hijo se convierta en un monstruo lujurioso, y está asustadísimo cada vez que el pequeño se toca el pene o la vulva, entonces es lógico esperar que la personalidad de la criatura, conforme vaya desarrollándose, mostrará algo así como un agujero en esa área, en el sentido de que todo lo que signifique acercarse a los órganos sexuales, habrá de conducir, en definitiva, a la aparición de una sensación que apenas ha evolucionado más allá de una ansiedad repentina, intensa y absorbente".

Por otro lado, tomando lo que Winnicott (1981) menciona como el self falso se puede dar una cuenta de que éste no es más que una identidad mal encaminada. El self falso es la actitud social, lo que los demás esperan de una persona. Bien manejado, tiene su propia función, es decir, sirve para esconder el propio self verdadero y entonces se da un equilibrio, por supuesto esto se da con algunas personas con las que el individuo trata y con otras no. Cuando la persona da salida a su self falso de una manera incorrecta, vive para complacer a los demás; cualquier persona se ha encontrado con este tipo de individuo que lejos de caer bien, cae mal, esto es porque los demás no lo sienten sincero, por el contrario, se le percibe como gente inestable, al pendiente de lo que los demás quieren, pero de una manera enfermiza y eso molesta. La persona con un self falso creció creyendo que si no se desvive por los demás, los demás no lo van a querer ni a aceptar. Esto generalmente tiene su origen en la infancia del individuo, cuando la madre le decía "si no te portas bien, si no comes, si no te duermes, si no prestas tus juguetes, entre algunas otras condicionantes, entonces eres un niño desobediente y mamá ya no te va a querer".

Obviamente, casi ninguna madre quiere que su hijo se desarrolle con lo que implica un self falso mal aplicado, sentencian al niño con la buena voluntad de que su hijo se discipline, sin embargo, algo que no han tomado en cuenta es que el amor hacia su hijo se lo están condicionando. Se podría pensar entonces que aquí la identidad de la madre está mal encaminada y por lo tanto le está transmitiendo a su hijo temores que no debería de transmitirle y el niño se ve ante huecos que no sabe cómo llenar. Lo único que le queda es llenarlos cumpliendo las exigencias que ésta

le pide, cuando crezca se preguntará si él es él o si es el reflejo de las exigencias resueltas de los demás y entonces caerá en un círculo del que se logra salir con dificultad.

Atreviéndonos a traspolar términos, el self falso es lo que de alguna manera es el superyó para Freud, dado que el self falso representan las normas de la sociedad impuestas al niño, las reglas que se le empiezan a exigir que cumpla. No obstante, se trata de una comparación muy superficial, puesto que cada concepto tiene su propio significado. Funcionar con un self falso para que el individuo se sienta aceptado raya en lo patológico, igual que funcionar con un superyó muy estricto. El self falso lleva a la gente a actuar para complacer, no lo hace de una manera productiva y razonada, es por eso que la gente siente un hueco que no puede llenar con nada.

Por otra parte, podemos ver que la persona que tiene una identidad adecuada es capaz de conjugar su yo bueno con su yo malo. Aunque el yo malo lleve consigo todo lo desagradable que una persona tiene, es importante que se le reconozca y se le dé su lugar, porque es una parte de la consciencia de la persona. asimismo es importante que un individuo sepa diferenciar su yo de su no-yo, cuando esto no sucede, es probable que la persona intente amalgamarse con otro yo sin saber hasta dónde llegan sus límites, hasta qué punto llega él y en qué punto empieza la otra persona. El individuo corre el riesgo de vivir una vida que no le corresponde. Según Sullivan (1974) "en ocasiones, cuando este tipo de personas se integran a otras lo que surge es un sentimiento que denominamos como odio, que en realidad encubre su profundo sentimiento de vulnerabilidad hacia estas personas con las que se integran".

En personas con problemas de identidad todas y cada una de las relaciones interpersonales, amenazan con la pérdida de ésta. Una de las formas en que un individuo puede sentir esta amenaza es la del temor a ser devorado, tragado. El individuo teme la relación con alguien o con algo y en ocasiones hasta consigo mismo, porque su incertidumbre acerca de la estabilidad de su autonomía, lo deja expuesto al peligro de que en cualquier relación pierda su propia identidad. Generalmente la principal reacción o respuesta empleada para preservar la identidad ante el temor de ser devorado o tragado es el aislamiento.

Las personas que no pueden sostener dentro de sí mismos el sentimiento de su propia identidad, o que no poseen la íntima convicción de estar vivos, sólo pueden sentir que son personas vivas y reales cuando otras personas las experimentan como tales.

Berliner (citado por Cuevas F., 1966) cree que el masoquismo se presenta cuando existe una formación y formaciones superyoicas, vuelve el sadismo del objeto amado sobre sí mismo. Cuando el objeto amado y odiado es parte del superyó, el deseo de agradar causa la pérdida de la identidad-individualidad y hace que la persona se sienta no querida y de no ser como los demás quieren que sea.

En otro extremo patológico, para el esquizofrénico el querer a alguien significa ser como esa persona; el ser como una persona quiere decir ser lo mismo que esa persona, y por lo tanto perder la identidad. El odiar y ser odiado se puede sentir como una amenaza de pérdida de la identidad, en menor grado que el amar y ser amado.

Erikson (1966) señala que el peligro del estudio de los púberes y adolescentes es la difusión de los papeles. Cuando estos se basan en una duda previa e intensa de la propia identidad sexual, son comunes los incidentes de delincuencia y netamente psicóticas. Fundamentalmente lo que perturba a la gente joven es la incapacidad de asentarse en una identidad ocupacional. Para mantenerse integrados a sí mismos, se sobreidentifican temporalmente, hasta llegar al punto de una pérdida aparente y completa de la identidad con los héroes de las pandillas y multitudes.

Para los jóvenes es importante tener "amigos" en un gran número, aquí lo que importa es la cantidad, no la calidad, sus relaciones interpersonales se basan en su necesidad de compañía, de reconocimiento, más que en lo que significa ser amigo y mantener la amistad indefinidamente. Al adolescente no le gustan los amigos tristes y preocupados, es por esto que empieza y acaba relaciones de una manera tan rápida que los padres se impresionan. A los adolescentes les gustan los héroes, los jóvenes como él, que llegan a la rebeldía, a los sucesos inverosímiles, los que son audaces y atrevidos y pronto se identifican con ellos y les siguen paso a paso sus hazañas. En la familia pueden ver que el niño obediente se convierte en un respondón, que el niño limpio y ordenado ahora se viste como un andrajoso y no se corta el cabello. Depende del modelo que sigan se amoldarán sus conductas y

aspecto físico. Muchos adolescentes caerán en delitos pequeños como robar un dulce en una tienda sólo porque sus héroes hacen eso y más.

Laing (1964) al hablar de disturbios en la formación de la identidad, señala que en circunstancias desfavorables a su desarrollo, un individuo puede sentirse más irreal que real en sentido literal, más muerto que vivo; precariamente diferenciado del resto del mundo, de modo que su identidad y autonomía están siempre en tela de juicio. Puede no poseer un sentido contrarrestador de congruencia y cohesión personal. Puede sentirse más insustancial que sustancial, e incapaz de suponer que el material de que está hecho es genuino, bueno y valioso, y puede sentir que su yo está parcialmente divorciado de su cuerpo.

Si el individuo no puede dar por descartada la realidad, la vitalidad, la autonomía y la identidad de sí mismo y de otros, tiene que absorberse en descubrir maneras de tratar de ser real, de mantenerse a sí mismo vivo o vivos a los demás. de preservar su identidad, tiene que realizar esfuerzos, como lo dirá a menudo, para evitar perder su propio yo.

Se puede entonces decir que una persona que a veces se siente más irreal que real y que se siente un poco diferenciado de los demás tendrá un patrón de relación poco efectivo ya que los demás no sabrán cómo tratar a una persona que vive más en lo imaginario que en la vida real. Se trata pues de una persona gris, de esas que caminan con el semblante inexpreso y que fácilmente se confunden con los demás. se pierden, carece de individualidad, de su sello personal con el que los demás pueden ubicarlo fácilmente.

¿Cómo se siente una persona que carece de un sentimiento de verdadera identidad? Puede sentirse culpable, ambivalente, puede retirarse del mundo objetivo y lo que es peor, puede sentirse profundamente desilusionado. Desilusionado con respecto a sí mismo, a la vida y a los demás. Es una persona que carece de metas, se siente rechazado y esto lo hace odiar a los demás porque no lo comprenden. Toma el papel de víctima y vive sin ambiciones. La vida le parece una farsa. no sabe quién es y para qué está en este mundo. Sus relaciones interpersonales son monótonas y superficiales, no confía en nadie porque no le gusta sentirse usado, ni devaluado, ni observado. Transmite un sentimiento de lástima, nadie sabe qué quiere, adónde va, qué busca. Nadie sabe cuándo está alegre, cuándo está enojado o triste. La gente

prefiere no acercarse para evitar sentirse mal. Su propio malestar es contagioso. Su falta de ambición y su mediocridad también son contagiosos. Su vida transcurre lentamente para su desgracia pero no sabe cómo solucionar su vida.

Esto como se puede apreciar es aterrador, ¿quién no se ha sentido así alguna vez? La mayoría de la gente se mete en el bache y poco tiempo después sale por sí mismo, es algo pasajero que enfrenta ante una situación estresante, como decidir una carrera, decidir formar una familia, pero una persona que verdaderamente carece de un sentimiento de identidad vive en el bache siempre y su núcleo social y familiar se encuentra profundamente dañado.

Según Laing (1978) "el género humano es una miríada de superficies refractivas que colorean el blanco resplandor de la eternidad. Cada superficie refracta la refracción de las refracciones de las refracciones. Cada sí mismo refracta las refracciones de las refracciones de los otros. Es decir, cada ser proyecta todas las imágenes y características que los demás le otorgan y que pueden llegar a ser numerosas. Una vez más se observa que para Laing la identidad está en función de los demás, para él es más un factor social que individual.

Hay en ello gloria y maravilla y misterio y, sin embargo, muy a menudo deseamos simplemente ignorar o destruir aquellos puntos de vista que refractan la luz de un modo distinto del nuestro".

Esto hace pensar en que efectivamente la influencia de los demás pesa demasiado en la formación de la identidad personal, sin embargo, existe asimismo un sentimiento de unicidad al desear que la identidad de cada quien sobreviva a cualquier otra identidad y es por eso que se desea en ocasiones ignorar o destruir aquellas identidades diferentes de cada quien.

Citando nuevamente a Laing (1978) dice: "hace más de cien años, Feuerbach dió un paso fundamental en filosofía. Al descubrir que ésta última había girado exclusivamente en torno al yo. Nadie había comprendido que el tú es tan primordial como el yo. Es curioso cómo continuamos teorizando desde un punto de vista egoísta. En la teoría de Freud, por ejemplo, tenemos el yo, el superyó y el ello, pero no el tú. Algunos filósofos, algunos psicólogos y un número mayor de sociólogos han reconocido la significación del hecho de que la vida social no está constituida sólo por una miríada de yoes y míes, sino también de túes, de nosotros,

de ellos y de ellas, y de que la experiencia de tú o él o ella o ellos o nosotros puede ser por cierto tan primordial y decisiva como la experiencia de mí o más aún".

Particularmente, tomando en cuenta estas palabras, el individuo que no tiene bien cimentada su identidad, puede caer o en la indiferencia total con respecto a las demás identidades por miedo a perderse en ellas y llegar a confundirse, o bien en la completa fusión con las demás identidades por miedo a sentirse sí mismo y no gustarse. El individuo con una identidad íntegra acepta a los demás y convive con ellos sin miedo a perder su identidad, asimismo sabe estar a solas, sin sentir miedo de sus propios sentimientos y pensamientos; se vivencia como único y le gusta compartirse con los demás, y los acepta como otras identidades separadas de él y por lo mismo sabe respetar sus ideas aunque sean muy diferentes de los que él mismo tiene.

De acuerdo con Laing (1978) "en realidad no puedo verme como los otros me ven, pero constantemente supongo que ellos me ven de maneras particulares y constantemente actúo a la luz de las actitudes, opiniones, necesidades, reales o supuestas que el otro tiene con respecto a mí.

De ello se sigue que en tanto mi identidad es refractada por medio de las distintas inflexiones de "el otro" -singular o plural, hombre o mujer, tú, él, ella, ellos- mi identidad sufre miríadas de metamorfosis o alteraciones, en términos de los otros que yo llevo a ser para los otros.

Estas alteraciones de mi identidad, en la medida en que me convierto en otro para ti, en otro para él, en otro para ella, en otro para ellos, son reinteriorizadas, por mí para transformarse en multifacéticas metaidentidades, o en las múltiples facetas de ese otro que supongo que soy para el otro -el otro que, a mis propios ojos, soy para el otro-".

Efectivamente, la persona que tiene su identidad bien definida se "amolda" de acuerdo a la identidad del otro, sin con ello querer decir que pierde su identidad o se muestra, hasta cierto punto "hipócrita". El individuo bien integrado tiene la capacidad de mostrar ciertas cualidades y defectos a cada una de las personas que conoce, y quizás varíen en gran medida de una persona a otra. Es por eso que cada persona nos ve de una manera diferente a como nos ve otra, sin embargo, existe una "imagen" general que tienen los demás de una persona, pero a fin de cuentas, la

persona es la misma y en ocasiones se ve envuelta en un papel que los demás le han asignado, del cual, si no está de acuerdo le será muy difícil deshacerse, o incluso, temerá el perder su identidad para adoptar aquella que le han asignado. O por otro lado, se temerá perder la identidad si se deja aquella que le han asignado.

Para Laing (1978) "la autoidentidad (mi visión de mí mismo) y la metaidentidad (mi visión de tu visión de mí) son constructos teóricos, no realidades concretas. In concreto, antes que in abstracto, la autoidentidad (yo observando a mí) está constituida no sólo por nuestra observación de nosotros mismos, sino también por nuestra observación de los otros observándonos y nuestra reconstitución y alteración de estas visiones de los otros acerca de nosotros. En este nivel más complejo, más concreto, la autoidentidad es una síntesis de mi observación de mí y de mi visión de la visión que los otros tienen de mí. Estas visiones que los otros tienen de mí no necesitan ser aceptadas pasivamente, pero no puedo ignorarlas al desarrollar mi sentido acerca de quién soy. Pues aún cuando rechace la visión de otro sobre mí, la incorporo rechazada, como parte de mi autoidentidad. Mi autoidentidad deviene mi visión de mí que reconozco como negativa de la visión que la otra persona tiene de mí. De este modo, el yo se convierte en un mí erróneamente percibido por otra persona. Ello puede transformarse en un aspecto vital de mi visión de mí mismo ("por ejemplo, soy una persona a la que nadie entiende realmente").

De manera similar, mi metaidentidad (en la que podemos incorporar todas mis metaidentidades y mis meta-metaidentidades) se halla íntimamente entremezclada con mi autoidentidad. El mí que yo pienso que otro ve, el mí que yo creo percibir que otro ve, puede ser creado cognitivamente sólo en conjunción con la estructura básica del mí que percibo. Por consiguiente, la metaidentidad está entretrejida en la trama de la autoidentidad, y ésta última en la de aquella".

Esto último, viene a subrayar la importancia de lo que los demás piensan de uno, sobretudo en etapas decisivas de la formación de la identidad, es decir, en la infancia y la adolescencia, en donde el individuo da una mayor importancia a lo que los demás piensan de él, aparentemente puedo fingir indiferencia, sin embargo, y sobre todo si los comentarios son negativos, son ideas, conceptos que se quedan grabados en su mente y de los que no puede deshacerse, entonces intentará demostrar lo contrario, sin embargo, para el adolescente es de vital importancia y más aún cuando tiene algo que ver con su físico, y se siente en desventaja con otros.

Esta edad es muy difícil para todo individuo y de gran importancia para la reafirmación de la identidad.

En cambio, si los comentarios se hacen cuando el individuo tiene ya bien integrada su identidad, los asimilará y los comparará con lo que él realmente es y aunque los rechace, como dice Laing, los tendrá muy presentes, de modo que lo ayudará a fortalecer su identidad, o bien, haciendo un ajuste comparativo logrará desarrollar su sentido de identidad.

Las relaciones interpersonales son un elemento irreductible a la realidad. Los sentimientos interpersonales, las transacciones emocionales o afectivas, son los datos esenciales de una relación. El amor es tan real como el odio o la soledad. Sólo existe una escasa diferencia entre lo que se es y lo que se quiere, entre la realidad descriptiva y los deseos normativos.

Para Simon (1979) "los sentimientos interpersonales están vinculados a las experiencias íntimas de los individuos, a sus reacciones viscerales, sus dolores, sus preocupaciones y placeres, su alegría y su disgusto, su amor, su miedo, su aburrimiento, etc".

Todos estos sentimientos son básicamente privados y personales, difíciles de comunicar.

Schutz (1978) afirma que el individuo experimenta diversas necesidades con distinta intensidad, y que posee diferentes mecanismos para hacerles frente. Existen, no obstante, necesidades comunes a todos los sujetos:

- *Necesidad de inclusión.* Mantener una relación satisfactoria entre su "yo" y los "demás" en una necesidad de pertenencia o social (según Maslow).

- *Necesidad de control.* Mantener un control satisfactorio sobre el poder o las influencias entre el "yo" y los "demás", es una necesidad egocéntrica o de reconocimiento (según Maslow).

- *Necesidad de afecto.* Mantener un grado de amor y de afecto satisfactorios entre el "yo" y los "demás", ésta necesidad, según cada caso, se encuentra incluida en una u otra de las dos precedentes (según Maslow).

En resumen, cada persona desea -hasta cierto punto- pertenecer y participar junto con otros individuos, disponer de poder o influencia en su grupo de pertenencia y disfrutar de la intimidad, el amor y el afecto de las personas que elija".

Quando la persona ha logrado llegar a integrar su identidad, existe un equilibrio entre sus necesidades de inclusión, control y afecto, para poder dar y recibir. No necesita dominar a alguien si está seguro de sí mismo, si existe autoestima y respeto por el otro. Le agrada pertenecer a un grupo, no para alejarse de la soledad y evitar conocerse o estar a solas consigo mismo, sino por el hecho de intercambiar ideas y experiencias y sentir el contacto con otra gente, le gusta darse sin pedir nada a cambio. Si el individuo tiene una identidad mal adaptada, así se encuentre en un grupo de muchas personas tenderá a sentirse solo, vacío. La soledad más dura es ésta: sentirse solo aunque se encuentre acompañado. De igual manera su necesidad de afecto, está en función de dar amor y cariño de una manera sana, no está con alguien dando amor con "cuentagotas", está con esa persona libremente, no es una carga para nadie y la otra persona se siente igualmente libre y confiada. El mantener una relación interpersonal implica confianza y respeto, tanto en sí mismo como en el otro.

Retomando a Schutz (1978) nos dice "con la palabra inclusión aludimos al sentimiento de ser importante y significativo, de tener méritos que nos hacen acreedores a la atención de los demás.

Un aspecto esencial de la inclusión es el hecho de ser una persona peculiar, vale decir, una persona dotada de una identidad particular. Una parte importante del reconocimiento y atención suscitados consiste en ser discernible de otros individuos. El hecho de que una persona sea identificable tiene su culminación en que sea comprendida, puesto que ello implica que alguien está suficientemente interesado en ella como para descubrir sus características singulares".

Se puede entonces deducir que si la persona no está dotada de una identidad particular será difícil que entable relaciones interpersonales, ya que los demás no pueden distinguirlo o diferenciarlo de los demás y por lo tanto tampoco se pueden interesar en él puesto que él mismo no ha descubierto sus características particulares que lo hagan sobresalir de los demás. Se puede decir que una persona

debe conocerse bien a sí mismo y saber diferenciarse de los demás para que los demás lo puedan conocer, puedan acercarse y lo diferencien del resto del grupo.

Según Schutz (1978) "el hombre es de hecho una unidad, y el cuerpo, la mente, los sentimientos, la conducta interpersonal y el espíritu son todas manifestaciones de una esencia única".

Es importante que cada individuo sepa que está compuesto por todos los aspectos arriba mencionados, pero no con el conocimiento de la conciencia, sino de la consciencia, de eso que se podría llamar intuición y que le dice ante su imagen en el espejo que él es él y nadie más. Esto es la base para las relaciones interpersonales y fundamental para la vida de cada miembro de la especie humana.

De acuerdo con Schutz (1978) "para el individuo que resolvió en su niñez el problema de la inclusión, la interacción con los demás no ofrece ninguna dificultad. Se siente cómodo cuando está con gente o sin ella. Puede tener mucha o poca participación en un grupo sin que ella genere en él ansiedad. Es capaz de comprometerse intensamente con ciertos grupos o verse involucrado en ellos, pero también renunciará a comprometerse si lo juzga apropiado. Inconscientemente, piensa que es una persona valiosa y significativa. En el nivel corporal, la inclusión se relaciona con la posibilidad de atravesar los límites que separan el sí-mismo del resto del mundo, y, en consecuencia, tiene que ver fundamentalmente con la periferia del cuerpo, la piel y los órganos de los sentidos, los ojos, las orejas, la nariz y la boca. La actitud desarrollada hacia estos órganos puede estar relacionada con la actitud con respecto a la inclusión".

"El aspecto del concepto de sí mismo vinculado con el control es el sentimiento de competencia, que incluye la inteligencia, la apariencia exterior, el sentido práctico y la aptitud general para enfrentar el mundo.

El control se manifiesta, asimismo, en la conducta que se adopta ante las personas que tratan de lograrlo. Las manifestaciones de renuencia y rebeldía son ejemplos de renuencia a ser controlado, mientras que el acatamiento, la sumisión y el cumplimiento de las órdenes impartidas indican diversos grados de aceptación del control".

Por otra parte, la tercera necesidad que todo ser humano tiene es el afecto, según Schutz (1974) "la esfera del afecto está centrada en torno al sentimiento de despertar simpatía, de que la revelación del núcleo personal en su totalidad hará que se lo considere algo digno de ser amado. Como el afecto se basa en la creencia de lazos emocionales, suele ser la última de las fases en el desarrollo de una relación humana".

Como se puede observar según lo planteado por Schutz, se podría decir que estas tres necesidades: de inclusión, control y afecto, son componentes del rompecabezas que forma la identidad como un todo. Un individuo que ha sabido "acomodar" las piezas de su propia identidad tiende hacia un equilibrio psíquico, ya que como se ha mencionado con anterioridad, no tiene conflictos con su identidad ni su papel en la vida porque sabe quién es y cuáles son sus metas. Se siente satisfecho con lo que ha hecho y es optimista con respecto al futuro. Si se equivoca, rectifica y sigue adelante sin detenerse más que a reflexionar para evitar más adelante el mismo error y no para "rumiar" su pena. Una persona así, destaca en el círculo en el que se mueve y la gente la acepta porque es una persona "transparente" sin dobleces ni falsas apariencias.

En cambio, una persona con huecos en su identidad puede tener la tendencia a conservar una distancia emocional. Expresa su deseo de no involucrarse afectivamente, pero dentro de sí, inconscientemente busca una relación afectiva satisfactoria. Teme que nadie la quiera y en un grupo teme que los demás no se sientan a gusto con ella. Tiene grandes dificultades para gustar auténticamente de los otros y desconfía de los sentimientos de estos con respecto a ella. Se puede decir que es una persona que ha sido rechazada y por lo tanto, en el futuro evita tener relaciones personales íntimas. A tanto llega su deseo por evitar la proximidad o involucración afectiva que puede mostrarse hostil. Sutilmente es amigo de todos de manera superficial, así se pone en resguardo de la necesidad de aproximarse a alguien o de entablar relaciones personales.

Es un individuo que al tener huecos en su identidad, se siente a sí mismo como inservible y no deja que los demás se acerquen por temor a que descubran sus rasgos antipáticas que él siente en sí mismo.

De igual manera, trasladándonos al otro extremo podemos encontrarnos con un individuo cuyo deseo de ser simpático, está sobrevalorado. Caer simpático es de gran importancia para él en su anhelo de aliviar la angustia que le provocan el continuo rechazo e indiferencia de los demás. Trata de intimar, de congraciarse, de ganarse el afecto y aprobación de los demás, y en sus intentos cae en la manipulación y en la posesión, procura absorber por completo a sus amigos y castiga disimuladamente cualquier intento de estos por entablar nuevas amistades.

3.2 RELACIONES AMOROSAS

Una de las relaciones interpersonales más buscadas y más importantes en la vida de todo ser humano es la relación de pareja. Tarde o temprano todo individuo busca encontrar su "media naranja".

La relación de pareja tiene su origen según la teoría freudiana en el complejo de Edipo, en donde el niño busca, admira y desea al progenitor contrario a su sexo y odia y envidia al progenitor de su mismo sexo porque acapara la atención del primero. Puede decirse que es aquí donde el niño busca una relación interpersonal, en sus propios términos, pero es el comienzo de una búsqueda que continuará más adelante.

En términos generales cuando un individuo entra en la etapa de la juventud, busca constituir una pareja, esto es un hecho que significa mucho en la vida de todo ser humano, ya que es la pauta para contactos maduros de intimidad con otro ser humano.

Sin embargo, según Fromm (1950) "para la mayoría de la gente, el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado, y no en amar, no en la propia capacidad de amar. De ahí que para ellos el problema sea cómo lograr que se los ame...el problema del amor es el de un objeto y no de una facultad. La gente cree que el amor es sencillo y lo difícil encontrar un objeto apropiado para amar -o para ser amado por él".

Esto último lleva a pensar que la identidad mal encaminada sigue la senda de ser amada sin importar el amor que se da a cambio. Por otra parte, una identidad

bien integrada permite al individuo amar sin temor al abandono, a la soledad, a la cercanía. El individuo ama y es casi un reflejo el que la otra persona a cambio también ame y entonces se da una relación "madura" y responsable.

Como dice Fromm (1990) "el hombre está dotado de razón, es vida consciente de sí misma; tiene conciencia de sí mismo, de sus semejantes, de su pasado y de las posibilidades de su futuro. Esa conciencia de sí mismo como una unidad separada, la conciencia de su breve lapso de vida, del hecho de que nace sin que intervenga su voluntad y ha de morir contra su voluntad, de que morirá antes que los que ama, o estos antes que él, la conciencia de su soledad y "separatidad", de su desvalidez frente a las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad, todo ello hace de su existencia separada y desunida una insoportable prisión. Estar separado significa estar aislado, sin posibilidad alguna para utilizar mis poderes humanos".

Analizando estas palabras se puede pensar que el hombre con una identidad bien integrada busca mantener una relación interpersonal precisamente para poder dar todo lo que trae como ser humano y el estar solo implicaría vivir con todo eso dentro sin manera de poderlo externar. Tiene conciencia de que nació solo, vive solo y morirá solo, como ser humano único y distinto de los demás sin embargo, una de las principales motivaciones que se tienen como individuo es el vivir por algo o por alguien, el saber que el amor, el cariño, la ternura que se llevan dentro pueden tener un depositario, un continente que acepta la entrega.

Fromm (1990) dice "la unidad alcanzada por medio del trabajo productivo no es interpersonal; la que se logra en la fusión orgiástica es transitoria; la proporcionada por la conformidad es sólo pseudounidad. Por lo tanto, constituyen meras respuestas parciales al problema de la existencia. La solución plena está en el logro de la unión interpersonal, la fusión con otra persona, en el amor.

Ese deseo de fusión interpersonal es el impulso más poderoso que existe en el hombre. Constituye su pasión más fundamental, la fuerza que sostiene a la raza humana, al clan, a la familia y a la sociedad".

El hombre es un ser gregario por naturaleza y desde los albores de la raza humana comenzó a formar grupos y clanes, expresiones primitivas de lo que más tarde se llamó familia. Se puede observar pues, que las relaciones interpersonales

son muy importantes para todo individuo y que realmente sufre cuando no logra alcanzarlas tal como lo desea.

De acuerdo con Fromm (1990) "el amor maduro significa unión a condición de preservar la propia integridad, la propia individualidad. En el amor se da la paradoja de dos seres que se convierten en uno y no obstante, siguen siendo dos".

Puede decirse entonces que el individuo con una identidad íntegra y bien cimentada se da, se entrega a ese otro individuo con su propia identidad y entonces se forman una identidad en común como pareja sin por ello perder su identidad personal. En esta identidad conjunta lo principal es darse, entregarse uno con el otro sin que exista de por medio un precio o un valor a lo que se da. El darse constituye la máxima expresión que como identidad propia se puede entregar a otra persona ya que es la propia vitalidad, riqueza y poder lo que se experimenta. Según Fromm (1990) "me experimento a mi mismo como desbordante, pródigo, vivo y por tanto, dichoso".

Ciertamente "el amor es un poder que produce amor" (Fromm, 1990).

"Apenas si es necesario destacar el hecho de que la capacidad de amar como acto de dar depende del desarrollo caracterológico de la persona. Presupone el logro de una orientación predominantemente productiva, en la que la persona ha superado la dependencia, la omnipotencia narcisista, el deseo de explotar a los demás, o de acumular, y ha adquirido fe en sus propios poderes humanos y coraje para confiar en su capacidad para alcanzar el logro de sus fines. En la misma medida en que carece de tales cualidades, tiene miedo de darse, y, por lo tanto de amar" (Fromm, 1990).

Analizando las palabras de Fromm, lo que para él es el desarrollo caracterológico de la persona, podría implicarse en lo que es la identidad del yo, que como ya se ha visto en capítulos anteriores, es el más alto nivel de organización de los procesos de internalización. En general "la identidad del yo se refiere a la organización general de las identificaciones e introyecciones, bajo el principio orientador de la función sintética del yo" (Kernberg, 1991).

Un individuo que ha logrado organizar las identificaciones e introyecciones, sin que queden huecos en su yo, logra una identidad íntegra que le ayudará a darse a los demás, tendrá la capacidad de amar y confiará principalmente en sus cualidades como ser humano.

Para Kernberg (1991) "la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales representa el estudio psicoanalítico de la naturaleza y el origen de las relaciones interpersonales y de la naturaleza y el origen de las estructuras intrapsíquicas que derivan de relaciones internalizadas del pasado, fijándolas, modificándolas y reactivándolas con otras en el contexto de las relaciones interpersonales presentes. La teoría psicoanalítica de las relaciones objetales enfoca la internalización de las relaciones interpersonales, su contribución al desarrollo normal y patológico del yo y del superyó y las recíprocas influencias de las relaciones objetales intrapsíquicas e interpersonales".

En otras palabras, se puede observar que en palabras de Kernberg se reafirma lo que se ha estado revisando a lo largo del presente capítulo: las relaciones interpersonales tienen su origen en la temprana infancia de todo individuo, cuando los padres le transmiten al niño sus temores y miedos creándole ansiedades que por su constitución frágil, susceptible y pasiva es incapaz de manejar. Cómo puede un individuo creer en alguien si en su infancia le demostraron que no creían en él y dudaban de sus capacidades, cómo puede este individuo creer en los demás si no puede creer antes en sí mismo, cómo puede otro individuo amar si en su infancia no le demostraron amor, cariño, si no le prodigaron cuidados y lo mimaron. Al paso del tiempo se convierte en una persona que se cree indigna de ser amada y si no se ama a sí misma cómo puede amar a los demás. Todos estos son huecos del individuo que se quedan grabados en su consciencia, tratará de buscar respuestas en donde no hay más que vacío y estará buscando a ciegas algo que ni siquiera sabe si existe o qué forma tiene y cómo es. Las relaciones interpersonales son el reflejo de las relaciones objetales que cada individuo vive en su infancia y de cómo las ha vivenciado dependerá que aquellas sean satisfactorias o no.

De acuerdo con Kernberg (1991) "la capacidad normal de enamorarse -y de permanecer enamorado- requiere que se hayan cumplido dos etapas principales del desarrollo: una primera etapa, en la cual la capacidad temprana de estimulación sensual de las zonas erógenas (en particular, el erotismo oral y cutáneo) se integra

con la ulterior capacidad de establecer relaciones objetales totales; y una segunda etapa, en la que el goce genital pleno incorpora el anterior erotismo de la superficie corporal en el contexto de una relación objetal total, incluyendo una identificación sexual complementaria".

La primera etapa abarca los primeros años de vida, tiene que ver con la integración normal de las relaciones objetales internalizadas que lleva a un concepto integrado del sí-mismo y de los demás, además de la capacidad de establecer vínculos profundos con personas significativas. La segunda etapa implica la resolución exitosa de los conflictos edípicos y de las concomitantes prohibiciones inconscientes respecto a la plena relación sexual. (Kernberg, 1991)

Puede entonces, deducirse que las fallas o fracasos en cualquiera de las dos etapas conducirán a la imposibilidad de enamorarse y de mantener vínculos amorosos duraderos. De alguna manera se observa, puesto que la formación de la identidad implica la formación de la identidad sexual, que estas dos etapas si son mal integradas por el individuo, éste tendrá problemas con su propia identidad sexual y como consecuencia sus relaciones interpersonales de tipo amoroso carecerán de sentido. Nuevamente, cómo alguien puede gozar de una relación sexual plena si vivió constantes prohibiciones y tabúes que sólo le dejaron vergüenza e insatisfacción. Y se está hablando de prohibiciones no sólo a nivel externo por parte de los padres, por ejemplo, sino de las prohibiciones internas y que llegan al nivel inconsciente del individuo.

Se puede decir que para establecer un vínculo amoroso maduro hacen falta ciertas características:

"Balint sugiere que además de satisfacción genital, una verdadera relación amorosa incluye idealizaciones, ternura y una forma especial de identificación. Aunque coincide con Freud (1912) en que es posible un buen vínculo amoroso sin idealización alguna y que en muchos casos la idealización es más un obstáculo que una ayuda para el desenvolvimiento de una relación satisfactoria. Respecto de la "forma especial de identificación" Balint propone denominarla "identificación genital" y agrega que en virtud de ella "los intereses, los deseos, los sentimientos, la sensibilidad y las falencias del otro adquieren -o deberían adquirir- la misma importancia que los propios". Balint hace hincapié sobretudo en el componente de

ternura y sugiere que ésta deriva de tendencias pregenitales y que la "necesidad de consideración y gratitud prolongadas y perpetuas nos obliga a regresar o incluso a no progresar nunca de la arcaica modalidad infantil de amor tierno". En resumen, según Balint, lo que llamamos amor genital es una fusión de satisfacción genital y ternura pregenital, siendo la identificación genital la expresión de dicha fusión" (Kernberg, 1991).

En general, se puede observar que la identidad del individuo cuando es íntegra y no presenta huecos es capaz de hacer que la persona tenga la capacidad de sentir ternura y conjugarla con el goce genital. Cuando se separan ambos aspectos el individuo es incapaz de establecer un vínculo. Por ejemplo, puede admirar el físico de otra persona y desearla, llegar a un contacto genital y una vez terminado el acto, olvidar a la persona. Es decir, no hubo un conocimiento de la otra persona, no hubo una profundización en su esencia emocional y psíquica y al terminar el acto se da cuenta de lo vacío que se siente y de lo lejos que está de la otra persona.

Retomando a Fromm (1950) nos dice "...la búsqueda del orgasmo sexual asume un carácter que lo asemeja bastante al alcoholismo o la afición a las drogas. Se convierte en un desesperado intento de escapar a la angustia que engendra la separatividad y provoca una sensación cada vez mayor de separación, puesto que el acto sexual sin amor nunca elimina el abismo que existe entre dos seres humanos, excepto en forma momentánea".

La persona que ha logrado integrar su identidad no tiene problemas para amar y sentir placer, así como para darlo y sentirse amada. No intenta escapar de sí mismo ni de su soledad, busca entregar su amor a esa persona que significa tanto en su vida.

Kernberg (1991) dice "todas las relaciones humanas están destinadas a terminar; cuanto más hondo es el vínculo amoroso, con mayor intensidad se siente la amenaza de pérdida, de abandono y en última instancia, de muerte; el reconocimiento de este hecho también contribuye a profundizar el amor".

Es decir, la persona que ama antes que la amen, está consciente de que todo puede terminar, que hoy tiene a la persona a su lado y mañana quizás ya no, pero eso no le impide seguir amando, por el contrario, entrega con más fervor antes de que sea demasiado tarde, no condiciona su cariño ni su amor y no da esperando

que le den, porque nada le garantiza esto, ni tampoco retiene a la persona a condición de lo que le de. Una identidad total se acepta, se valora y se respeta, para así poder aceptar, valorar y respetar a los demás.

Para finalizar, se ha estado revisando a lo largo del capítulo lo que implica tener una identidad bien integrada así como el caso contrario, cuando un individuo ha integrado una identidad con muchos "huecos", así como lo que estos dos casos implican en el establecimiento de relaciones interpersonales.

Puede decirse en general, que cuando una persona no tiene resuelta su identidad, difícilmente logrará establecer vínculos con otras personas, debido a que si no puede llegar a un conocimiento de sí mismo, no podrá llegar a conocer a los demás, más que superficialmente. Se sentirá inadecuado e inseguro y tratará de buscar un sentido amplio a su vida antes que tratar de averiguar quién es el otro.

Desafortunadamente, se puede observar que todo este cúmulo de dudas, huecos y temores provienen de la infancia del individuo, y se dice desafortunadamente porque en esta etapa el niño es incapaz de manejar esta situación debido a su inmadurez psíquica, dado que el aparato psíquico está en plena formación y lo único que le queda es asimilar los temores que le transmiten sus padres internalizándolos a un grado tal que en la edad adulta difícilmente podrá deshacerse de ellos. Su constitución pasiva le impide enfrentarse a ellos logrando únicamente sentir ansiedad cada vez que se enfrenta a sus temores.

Dado que toda relación interpersonal comienza con los propios padres y en especial la madre como figura representativa y significativa, dependerá de lo que el individuo vivencie con ella sus futuros contactos interpersonales. La madre sin quererlo es portadora de un sinnúmero de causas que pueden provocar en el individuo la formación de huecos en su identidad, huecos que le impedirán contactar con las demás personas de una manera satisfactoria.

Al hablar de relaciones interpersonales se habla de las relaciones que existen entre el individuo y el resto del mundo, desde sus padres, familiares, vecinos, amigos, hasta parejas, pasando por múltiples relaciones más, en donde no se ven involucrados los sentimientos. El individuo debe estar consciente de que él es él, de que es único y desde ahí, partir al conocimiento de que cada una de las personas con las que trata también es única e irrepetible, de que tienen su propia forma de pensar,

que puede ser similar o diametralmente opuesta a la suya y no por eso carecer de valor. Si el individuo entiende esto, cognoscitivamente hablando de una manera alejada, es decir, lo entiende como algo más que un conocimiento razonado, sino más como una intuición, será capaz de realizar contactos interpersonales y de involucrarse sin temor a perderse en esa multitud de identidades fuera de él. Será capaz de profundizar, de amar, de entregar y de vivenciarse como un ser único.

Como se ha revisado en los capítulos anteriores, el logro de la identidad no sólo depende de lo que los padres ofrecen, ni del medio, sino principalmente de la realidad psíquica del individuo, capaz de internalizarla, introyectarla y proyectarla hacia conductas, de tal modo que, en la identidad no queden huecos para llegar a su total integración. Lo cual implica y requiere de una consistencia espacial y temporal que le permite al individuo saber que él es él en cualquier lugar y momento y que si se tambalea es capaz de sobreponerse y no colapsarse ni romperse. El individuo que ha logrado llegar a integrar una identidad es capaz de establecer vínculos con otras identidades y hacerlos duraderos.

Esto, se da como consecuencia en una identidad bien integrada. Cuando esta no existe, el sujeto vive en un constante vaivén, no sabe quién es ni qué quiere, hoy puede estar con una persona y mañana no porque no ha definido sus metas y sólo puede tratar a los demás de manera superficial.

El siguiente capítulo ahondará en la psicopatología de la identidad, sus diversas formas, características y consecuencias para el mundo psíquico.

CAPITULO 4

IDENTIDAD Y PSICOPATOLOGIA

**La mayor felicidad del ser humano
es la personalidad.**

- Goethe -

CAPITULO 4

IDENTIDAD Y PSICOPATOLOGIA

En los capítulos anteriores se ha abordado el concepto de identidad, su desarrollo y formación, así como el papel que juega con respecto a las relaciones interpersonales. Se ha podido observar que el ser humano es un ser íntegro que se encuentra en constante cambio y que es de suma importancia que logre una identidad que le proporcione una propia personalidad para diferenciarse del resto de la gente.

Se comenzará en éste capítulo por aclarar, después de haber señalado en los autores estudiados lo que es la identidad, sus características, su formación y su desarrollo como un proceso en la vida del individuo; como su papel predominante en la persona para la realización de los vínculos interpersonales, se aborda en éste capítulo la psicopatología de la identidad.

La psicopatología es la ciencia que se ha encargado de plantear la inadecuación mental humana (mundo psíquico) por medio de la aproximación directa con el paciente para entender empáticamente lo que sufre con el fin de ayudarlo. Para lograr ésto, la psicopatología puede seguir, entre otros, los siguientes pasos: evaluación, interpretación, diagnóstico, pronóstico y tratamiento.

En el caso de la identidad, su patología se refiere al fracaso del yo ante el intento de su pleno desarrollo, esto es, averiguar qué sucedió en el sujeto para que no haya logrado un adecuado desarrollo y ajuste de identidad. Al parecer, en el balance que hace el yo desde su realidad psíquica, las vivencias negativas tuvieron más peso sobre las vivencias positivas, por esto se da la patología.

Para poder comprender mejor la psicopatología de la identidad es importante que se haga una revisión de lo que es salud mental y enfermedad o patología.

Para Melanie Klein (1986) "la base de la salud mental es una personalidad bien integrada", cuyos elementos son: "madurez emocional, fuerza de carácter, capacidad de manejar emociones conflictivas, equilibrio entre la vida interior y la

adaptación a la realidad y una fusión exitosa entre las distintas partes de la personalidad" (p. 283)

"Las fantasías y deseos infantiles persisten en cierto grado aún en una persona emocionalmente madura. Si estas fantasías y deseos han sido exitosamente elaborados y experimentados libremente, en primer lugar en los juegos infantiles, son fuente de intereses y actividades que enriquecen la personalidad. En cambio, si el agravio por deseos insatisfechos sigue siendo muy fuerte y su elaboración se ve dificultada, se perturban las relaciones personales y el placer proveniente de otras fuentes le hace difícil aceptar los sustitutos adecuados a etapas posteriores del desarrollo y se deteriora el sentido de la realidad.

Aún si el desarrollo es satisfactorio y se logra placer de diversas fuentes, en las capas profundas de la mente hallamos cierto sentimiento de dolor por los placeres irremisiblemente perdidos y las posibilidades irrealizables. Si bien gente de edad media experimenta conscientemente la pena de que la infancia y la juventud nunca volverán, encontramos en sus psicoanálisis que lo añorado también es la temprana infancia y sus placeres" (p. 283)

Entonces, la madurez emocional se da cuando la persona puede disfrutar los placeres que están a su alcance, por lo cual está relativamente libre de resquemores y envidia. El individuo puede contrarrestar sus sentimientos de pérdida por la capacidad de aceptar sustitutos y sus fantasías infantiles no perturban su vida emocional adulta.

La fortaleza de carácter está basada en procesos muy tempranos. En la relación con la madre (que es la primera y fundamental) donde el niño experimenta amor y odio por primera vez, el niño internaliza (o introyecta) a su madre, la personalidad de esta y si sus aspectos buenos dominan a los malos o frustrantes, ésta madre internalizada es la que le va a dar la fortaleza de carácter, porque el yo puede desarrollar sus potencialidades. La madre al proteger y guiar, sin por esto dominar al niño, le da la posibilidad de ascender a sentir la paz interior, donde el yo se encuentra y se reconcilia consigo mismo. El éxito de esta primera relación objetal se va a extender al resto de la familia, en primer lugar con el padre y después se reflejará en actitudes adultas, tanto con miembros de la familia como con el resto de la gente. Al internalizar a los padres buenos e identificarse con ellos, el individuo

sienta las bases para sentir lealtad hacia la gente y los ideales, así como para la capacidad de hacer sacrificios por las propias convicciones. Quienes carecen de esta fortaleza evitan los conflictos internos y externos, tratando de llevar una vida fácil, esto sin desarrollar convicciones arraigadas. A su vez, la fortaleza de carácter debe tener una dosis de consideración hacia el prójimo, de simpatía, comprensión y tolerancia, lo que lleva al individuo a sentirse más seguro internamente y menos solo.

El equilibrio, es la adaptación al mundo externo que no interfiere con la libertad de nuestras emociones y pensamientos. Se da una interacción; la vida interior siempre influye en las actitudes hacia la realidad externa y a su vez, ésta es influida por las adaptaciones a la realidad. El equilibrio depende de la comprensión que tenga el individuo de la variedad de sus impulsos y sentimientos contradictorios, así como de su capacidad para resolver esos conflictos internos. El equilibrio no es evitar conflictos, sino que implica la fuerza para tolerar y manejar emociones dolorosas y superarlas.

"La gente mentalmente sana tiene más posibilidades en cualquier época de su vida de mantenerse equilibrada y además que depende mucho menos del éxito externo.

De mi descripción se desprende que la salud mental no es compatible con la superficialidad, puesto que ésta se vincula con la negación del conflicto interior y de las dificultades externas. Se utiliza la negación de manera excesiva porque el yo no es suficientemente fuerte para tolerar el dolor. Aunque en ocasiones la renegación puede formar parte de una personalidad normal, si es predominante lleva a la superficialidad, pues impide la comprensión de la vida interior y, por consiguiente, un verdadero conocimiento de los demás. Se pierde la satisfacción de dar y recibir, de experimentar gratitud y de ser generoso.

La inseguridad que subyace a una renegación intensa también es causa de la falta de confianza en sí mismo, porque inconscientemente una comprensión insuficiente da como resultado el desconocimiento de partes de la personalidad. El hecho de volcarse en el mundo externo es un escape de dicha inseguridad; sin embargo, si surgen fracasos en los logros o en las relaciones con los demás, dichos individuos son incapaces de tolerarlos.

Por contraste, la persona capaz de experimentar profundamente el dolor cuando llega, también es capaz de compartir la pena y el infortunio ajenos. Asimismo, no se verá abrumado por dicha pena o infelicidad y podrá recuperar y mantener el equilibrio, todo lo cual forma parte de la salud mental" (Klein, 1986; p. 285)

Se puede observar que esta autora da una gran importancia a la relación del bebé con su madre puesto que de los cuidados que ésta le brinda, de la alimentación y del amor depende en buena medida su desarrollo emocional estable. Una persona sana mentalmente puede percatarse de su necesidad de ver las situaciones displacenteras bajo una luz más favorable y corregir su tendencia a embellecerlas. Así, la persona está menos expuesta a la dolorosa experiencia de la ruptura de la idealización y al predominio consiguiente de las angustias depresivas y persecutorias.

La integración se deriva del sentimiento inconsciente de que partes de uno mismo son desconocidas, lo que urge a la integración. Deriva además del conocimiento inconsciente de que el amor es el único que puede mitigar el odio y que si ambos se mantienen separados es imposible llegar al alivio. La integración tiene el efecto de crear la tolerancia hacia nuestros impulsos y, por lo tanto, hacia los defectos ajenos.

En términos generales, hablar de salud mental es hablar de un funcionamiento integral, armónico y consistente que involucra en el yo la consciencia de lo que sucede en el mundo interno y en el mundo externo del propio yo y de la capacidad para dar una respuesta adecuada al entorno de ese yo. Se puede decir que la realidad interna y la realidad externa del yo, es algo que sólo le concierne al yo.

El mundo interno del yo es la manera en que el yo se reconoce a sí mismo (o se desconoce); el mundo externo, es la forma en que el yo emite sus respuestas como un resultado de sus propios procesos; es lo que el yo responde desde sí mismo hacia su entorno.

Cuando el individuo tiene consciencia de que él es él mismo, su yo está funcionando bien, lo que implica no una idea, sino una capacidad de vida.

Al existir más conocimientos acerca de la propia realidad, existe una mayor posibilidad de salud mental.

El yo tiene un objetivo, un destino y éste es llegar a consolidarse, ya sea en la salud o en la patología, pero consolidarse.

La patología es el resultado encarnado de las deficiencias no superadas durante las etapas previas del desarrollo total del yo. La salud mental consiste en la capacidad adquirida por el yo durante las etapas previas a su desarrollo total, pudiendo integrarse y desintegrarse de manera dinámica, esto es, no quedándose desintegrado ni colapsado, sin conflicto.

La patología es una personalidad que no se ha integrado adecuadamente, por lo tanto, es una identidad mal integrada que carece de madurez emocional, fuerza de carácter, incapacidad de manejar emociones conflictivas y que vive en un desequilibrio entre la vida interior y la adaptación a la realidad, en donde las diferentes partes integrantes de la personalidad se viven separadas, escindidas sin lograr una fusión entre ellas

Utilizar el término de salud mental o patología aún causa muchas discrepancias, ya que nadie sabe con exactitud hasta donde llega una y empieza la otra, sin embargo, ambos conceptos deben manejarse de acuerdo a los criterios que conjuguen tanto la perspectiva del individuo como la de la sociedad que lo rodea y esto se hace bajo la subjetividad de cada especialista de la salud mental, llámese psicólogo o psiquiatra.

La personalidad de todo individuo si se sujeta a tensiones que producen angustia, más allá de los límites de su capacidad para adaptarse, puede llegar a desorganizarse.

La salud mental implica una identidad estable, bienestar e integración en el individuo para que este sea independiente y puede adaptarse a las condiciones de su existencia. Un individuo sano tiene una identidad personal junto con un propósito de vida, un sentimiento de autonomía personal y una voluntad de percibir la realidad y hacer frente a las vicisitudes. Puede sentir afecto por otros, involucrarse para entender sus necesidades, da y recibe placer de diversas fuentes, así como acepta sus limitaciones de forma realista, objetiva.

La psicopatología o enfermedad mental, como otras patologías no tiene límites fijos establecidos. Aquí la conducta se vuelve sustitutiva y simbólica de manera nociva, a tal extremo que el individuo maneja sus problemas neuróticamente y no mediante decisiones racionales. O por otro lado, huye de la realidad, es decir, no maneja sus problemas, porque los desconoce y así cae en la psicosis.

De acuerdo con Martínez Blancas (1989) "los trastornos mentales tienen un propósito defensivo, protector y reparador; no obstante, como la enfermedad mental se relaciona en gran parte con los aspectos afectivos y psicosociales del organismo, sus fines de adaptación se encuentran en las situaciones personales. Los síntomas de los trastornos de la personalidad representan el intento del individuo para adaptarse a la interacción de las fuerzas psicológicas, sociales y fisiológicas que hacen presión en él, o bien, el fracaso de dicho intento. Por otra parte, los síntomas tal vez representan la tentativa del individuo para esconder la verdad y no verla él mismo, retirarse de las situaciones difíciles; manejar la angustia o ignorar el estrés de la vida; pero el resultado de esta tentativa es que la persona emplea, para adaptarse, métodos sustitutivos que lo alejan de la realidad para lograr comodidad emocional, mantener el respeto hacia sí mismo o proporcionarse satisfacción de la manera más fácil".

Asimismo, Martínez Blancas (1989) hace una clasificación de la psicopatología de la identidad, dividiéndola en tres grupos: 1) No estructuración de la identidad; 2) Mala estructuración de la identidad: neurosis; y 3) Desestructuración de la identidad: psicosis.

A continuación se procederá a explicar cada uno de estos grupos:

4.1 NO ESTRUCTURACION DE LA IDENTIDAD

La causa principal para que la identidad no llegue a estructurarse reside principalmente en una limitación congénita del desarrollo del cerebro, de una enfermedad, o de una lesión cerebral que se produzca antes, durante o después del nacimiento, o bien, por la consecuencia de una falta de maduración debida a que los estímulos ambientales provenientes de fuentes familiares y culturales han sido insuficientes para estimular el desarrollo normal del individuo.

Dentro de esta clasificación entran por ejemplo: el retardo mental; defectos de nacimientos derivados de los genes, factores tóxicos, infecciosos, endocrinos, traumáticos, nutricionales o de otro tipo patógeno prenatal. Por ejemplo, el síndrome de Down (o trisomía del cromosoma 21), el que la madre haya consumido drogas o fármacos durante el periodo de gestación, padecer desnutrición o bien adquirir una enfermedad como la varicela, así mismo que durante el parto el niño sufra algún tipo de lesión por instrumentos (como los fórceps) o de asfixia o anoxia que dañan al cerebro del bebé causando defectos mental.

En etapas posteriores del crecimiento, el niño puede sufrir algún tipo de alteración perceptual o motora que le impidan desarrollar sus habilidades y lo discapaciten para tomar un papel activo en su entorno.

Asimismo, el niño es muy susceptible a enfermedades de tipo infeccioso como la encefalitis y la meningitis de tipo viral y bacterial que pueden ocasionar debilidad mental y un incorrecto desarrollo de su sistema nervioso.

Todo lo anterior repercute en la identidad del individuo puesto que su equipo biológico no está funcionando a toda su capacidad, sino que existen fallas que no le permiten desarrollarse con plenitud.

En general se trata de personas incapaces de analizar la información que les llega, por lo que no pueden realizar las tareas que tienen a su cargo, ni tampoco pueden resolver problemas.

Mientras más deficiencias tenga el niño al nacer, más tempranamente se reconocerán sus limitaciones sociales, ya que sus deficiencias no le permitirán contactar adecuadamente con su entorno. En general, cuando existe una maduración incorrecta, el niño entonces exige mayores cuidados por parte de su madre y de toda la gente que lo rodea, aún para realizar sus necesidades primarias, por lo tanto, muchos individuos no logran la autonomía adecuada y muchos ni siquiera la lograrán nunca, dependiendo siempre de alguien más. De esta forma, su iniciativa y toma de decisiones estará siempre a merced del otro.

A pesar de todo lo que sucede con estas personas, no se puede negar la existencia de una identidad en el individuo, cuya estructuración estará en función del moldeamiento y satisfacción de los otros. Al decir no estructuración no se quiere dar

a entender no existencia de identidad, sin embargo, la no estructuración se da porque el individuo no es capaz de tener la conciencia de su propia conducta y de su propia mismidad, por lo cual, sus actos carecen de una previa reflexión y responsabilidad.

4.2 MALA ESTRUCTURA DE LA IDENTIDAD: NEUROSIS

Según Karen Horney (1976) "los neuróticos discrepan de los seres comunes en sus reacciones...uno de los criterios aplicados para llamar neurótica a una persona es el de si su manera de vivir coincide con alguno de los tipos de conducta aceptados en nuestra época" (p.15).

Para esta autora es muy importante tomar en cuenta el contexto cultural de una persona para poderla llamar o etiquetar como neurótica, de hecho, reconoce que el término "neurótico" es muy común que se use indiscriminadamente en la actualidad. Para ella la normalidad es un estado fluctuante no sólo en distintas culturas, sino en una sola que puede variar con el tiempo. Incluso afirma que para llegar a conocer las formaciones psíquicas de la neurosis es necesario conocer previamente las influencias que la cultura ha ejercido en el individuo.

Menciona que "existen dos características que nos es dable apreciar en cualquier neurosis, sin necesidad de conocer íntimamente la estructura de la personalidad: primero, cierta rigidez en las reacciones, y segundo, una estimable discrepancia entre las capacidades del individuo y sus realizaciones" (p. 23).

Esto quiere decir, en el primer caso, que la persona no es flexible ante las reacciones que pueda emitir en diversas situaciones, sino que, por lo general lo hace de una sola manera, bajo un mismo patrón a toda la variedad de situaciones, podría tener una gran variedad de opciones, pero es incapaz de emitir una decisión. Horney además aclara que la inflexibilidad va en función de la discrepancia en las normas de la sociedad a la que pertenece el individuo.

En el segundo caso (discrepancia entre las capacidades del individuo y sus realizaciones) se da a entender, por ejemplo, que si un individuo con un brillante intelecto realiza siempre tareas muy por debajo de su capacidad sería considerado como neurótico, es decir, no hay una congruencia entre lo que puede realizar y lo

que realmente hace. Horney (1976) lo expresa de la siguiente manera: "el neurótico da la impresión de que él mismo es un obstáculo en su propio camino" (p. 24).

En todos los tipos de neurosis existen dos factores en común, estos son: la angustia y las defensas que el individuo levanta para contrarrestar a la angustia. La angustia es, de hecho, el factor desencadenante del proceso neurótico y es la que lo mantiene en constante actividad.

"El neurótico sufre más que el individuo medio, pues de continuo se ve obligado a pagar un precio desorbitado por sus defensas; precio consistente en el menoscabo de su vitalidad y de su expansividad o, más específicamente, en la restricción de sus capacidades de realización y de goce, que da lugar a la citada discrepancia" (Ibid, p. 27).

Para esta autora la neurosis es un trastorno de carácter y este es un componente de la identidad, por lo tanto, se podría decir que la neurosis es un deformador de la identidad que, debido a los temores presentes en el individuo no le permite desarrollarse plenamente y por ende, no le permite alcanzar una identidad bien estructurada, es por ésto, que la neurosis da como resultado una identidad mal estructurada.

Horney (1976) describe la neurosis como "un trastorno psíquico producido por temores, por defensas contra los mismos y por intentos de establecer soluciones de compromiso entre las tendencias en conflicto. Debido a razones prácticas, sólo conviene llamar "neurosis" a este trastorno cuando se aparta de la norma vigente en la cultura respectiva" (p. 29).

Para Fenichel (1992) "el conflicto neurótico se desarrolla entre una tendencia que pugna por hallar descarga y otra tendencia que trata de evitar esa descarga. La intensidad de la tendencia hacia la descarga depende, no sólo de la naturaleza del estímulo, sino también, y más aún, del estado físico-químico del organismo. En general, es lícito equiparar las tendencia que pugnan por una descarga, con pulsiones ("impulsos instintivos"). La "tamización" de las pulsiones, es decir, la decisión acerca de si ha de ser permitida o no su descarga, ha sido definida como una función del yo. La fórmula general, por lo tanto, sería la siguiente: el conflicto neurótico tiene lugar entre pulsiones, es decir, entre el ello y el yo" (p. 154).

En términos más generales, la neurosis es la pérdida de la individuación. El individuo al enfrentarse a su soledad e inseguridad cuando corta con los vínculos primarios, trata de buscar sustitutos. Trata de superar su soledad eliminando el vacío que hay entre su personalidad individual y el mundo. A cambio de esto está dispuesto a sacrificar algo muy valioso: su propia individualidad e integridad del yo. El individuo no se enfrenta a sus conflictos y reprime constantemente sus impulsos para que los demás lo acepten y así se mezcla con el grupo, donde todos tienen miedo igualmente de liberar sus pulsiones y todos se convierten en todos, sin distinción alguna y caminan hacia la misma dirección sin saber el por qué. El tipo de vida del individuo se reduce a actividades de tipo automático o compulsivo.

El individuo no puede estar consigo mismo, no piensa en sus valores y deseos, lo que lo llevan a poner en práctica mecanismos que lo ayuden a evitar la actualización de su identidad para así evadir la confrontación con su yo existencial. El yo tiende a abandonar su independencia para fundirse con alguien o algo externo a él mismo, es decir, busca sustituir los vínculos primarios que ha perdido. El propio yo se convierte en una carga para el individuo y por eso se refugia en la demás gente.

El yo neurótico no sabe cómo llegar a un objetivo porque siente temor y duda, nunca se ha adentrado en sí mismo y por eso busca que alguien más le resuelva su vida. Es tanto su miedo a fallar y a equivocarse que el sujeto gasta demasiada energía, porque sólo está pensando una y otra vez en lo mal que haría las cosas sin atreverse a pasar a la acción.

El modo de vivir su realidad el neurótico es de forma insegura y temerosa y su yo es un yo colapsado que se ve estancado a sí mismo sin poder moverse porque es más grande su temor que su deseo de salir de ahí.

El término neurosis se utiliza para describir una amplia gama de reacciones de defensa ineficaces que van desde las que estorban muy poco el diario vivir hasta las que incapacitan gravemente al individuo.

Las actitudes más observables de las personas neuróticas según Horney (1976) son: "primero, actitudes frente al dar y recibir cariño; segundo, actitudes frente a la valorización de sí mismo; tercero, actitudes frente al problema de la autoafirmación; cuarto, la agresividad; quinto, la sexualidad" (p. 33).

Así se puede decir que la persona neurótica depende en gran medida de la aprobación y cariño que los demás puedan demostrarle y a esto le otorga una gran importancia extremosa, sin importar su interés hacia la otra persona y se siente herido si la otra persona no la atiende o no le demuestra su interés; los neuróticos son personas hipersensibles que no lo demuestran y se ocultan bajo una actitud de indiferencia ante lo que califican de poca atención y cariño del otro. Sin embargo, se puede observar que lo que les interesa es que los demás den, pero ellos mismos no se entregan y se muestran desconsiderados ante los deseos de afecto de los demás. Son dignos de las atenciones de los otros, pero ellos no son dignos de su atención y mucho menos de su cariño o afecto. Puede ser que en el otro extremo, se muestre muy preocupado por las necesidades de los demás y se desviva por atenderlos, ante lo cual se observa un acto de compulsión más que de afecto verdadero.

Ante sí mismo, el individuo se siente inferior e inadecuado con respecto a los demás, tiende a compararse y siempre sale perdiendo; es incapaz de valorarse y todos sus sentimientos de inferioridad pueden realmente no tener ningún fundamento. Estos sentimientos de minusvalía puede llevarlos superficialmente mostrando preocupación o lamentándose de ellos o bien puede encubrirlos con una actitud completamente contraria, en donde el individuo tiende a autoelogiarse, a alardear de las cualidades que piensa que no tiene para impresionar no sólo a los demás sino a sí mismo.

Frente a la actitud de autoafirmación o imponer, sin dominar sus propias pretensiones, el individuo neurótico revela muchas inhibiciones, no le gusta expresar sus deseos, ni pedir algo, dar órdenes. Es una persona que no es capaz de decir "no", aunque no esté de acuerdo. Es incapaz de tomar decisiones, de expresar opiniones, carece de ambiciones y por lo tanto, se deja llevar por los demás.

Respecto a la agresividad, el neurótico puede caer en uno de dos extremos. Puede ser dominante, agresivo y exigente. Es una persona que tiende a ser mandona, crítica o que engaña a los demás. O bien, puede ser todo lo contrario, puede sentirse utilizado, humillado, dominado y vive creyendo que los demás se aprovechan de su gentileza sin darse cuenta de que en realidad ha adoptado el papel de víctima, del cual, al no ver que es sólo una etiqueta que se ha colgado a sí mismo, continua viviendo al margen de las exigencias ajenas.

Por último, respecto a la sexualidad, el neurótico puede caer en los deseos compulsivos del acto sexual, o bien inhibir todo deseo con respecto a éste. No sólo en el acto en sí, sino que también puede llevar las inhibiciones a la etapa de acercamiento, galanteo, goce.

Como ya se mencionó, la angustia es parte nuclear de las neurosis y Horney la describe y diferencia del miedo diciendo: "la angustia es una reacción desproporcionada al peligro, o inclusive una reacción ante riesgos imaginarios; mientras que el miedo sería una reacción proporcionada al peligro que se debe encarar" (p. 38).

El individuo neurótico es capaz de hallar una razón perfectamente estructurada si alguien le da la noción de que su actitud es infundada.

"La intensidad de la angustia es proporcional al significado que la situación tenga para la persona afectada, aunque ella ignore esencialmente las razones de su ansiedad" (Horney, 1976; p. 40).

Se puede observar que los conflictos neuróticos surgen de la infancia del individuo, en donde, lo rodeaba un ambiente carente de auténtico amor, generalmente un niño puede superar muchas vivencias consideradas como traumáticas (como un destete repentino, abuso sexual, castigo corporales y otros), siempre que se sienta auténticamente amado. Si el niño no recibe suficiente cariño y cuidado se debe principalmente a que la propia neurosis de los padres les impide dárselos, así el niño crece con una gran carencia de afecto. El niño aprende a reprimir su agresión y hostilidad por el miedo a perder a sus padres y los cuidados de estos y el sustituto de amor que le dan a cambio, lo hace un niño dócil, tímido, introvertido y dependiente.

Se ha podido observar que una gran cantidad de conflictos de identidad en los neuróticos están relacionados con su identidad sexual y en contraste, la pérdida de la propia estima causada por conflictos de narcisismo primitivo, que encuentran expresión en sentimientos de vergüenza e inferioridad, los que afectan a los sentimientos de identidad de un modo peligroso.

La esfera sexual es la que crea más sentimientos de culpa en el individuo, en donde las prohibiciones de los padres se hacen patentes con amenazas y castigos.

La represión actúa en el niño para no perder a sus padres y por su miedo a que lo consideren malo.

Cuando el niño entra a la etapa de latencia, las actitudes parentales contradictorias emocional y educativamente, han creado confusiones en el área de los valores y causado problemas en el desarrollo e integración de las relaciones e identificaciones personales y de grupo. Al principio de la latencia, tales problemas pueden originar experiencias de confusión, soledad, aislamiento y conflictos tempranos de identidad. Durante la adolescencia, estos conflictos se intensifican. Entonces, provocan la reestructuración del yo y del superyó, y previenen la reconciliación final entre las tendencias opuestas del superyó y del ello. Consecuentemente, esto interfiere no sólo con el establecimiento final de un yo ideal maduro, de metas estables, y de autonomía de las funciones yoicas y superyoicas, sino también, con el desarrollo posterior adulto de relaciones e identificaciones individuales y sociales adecuadas.

Hasta aquí podemos ver cómo el individuo neurótico lucha contra sus propios deseos reprimiéndolos y cómo busca huir de ellos y de él mismo buscando fusionarse con los demás y liberarse de su yo individual.

Con esto último dicho no se puede dejar a un lado que esto es en sí el núcleo del masoquismo, cuyos impulsos tienden hacia la liberación del yo individual. El individuo masoquista se siente solo e insignificante, intenta pues, despojarse de su yo mediante sentimientos de empequeñecimiento, sufrimiento e insignificancia. Su objetivo no es sentir dolor y sufrimiento, más bien, esto es el precio que tiene que pagar para alcanzar su fin: olvidarse de su propio yo, anularlo completamente y se sumerge entonces en otra identidad grande, poderosa y superior, la cual puede ser un individuo, una institución. Entrega su propio yo y renuncia a toda la fuerza y orgullo de su personalidad, pierde su integridad individual y se despoja de su libertad. Así ya no es él quien asume la responsabilidad o el que toma las decisiones del destino de su propio yo y se ve aliviado acerca de su destino y de responderse a la pregunta de "quién es".

El otro extremo, el sadismo, es la tendencia a transformarse en el dueño absoluto de otra persona, sin embargo, ambas tendencias constituyen el resultado de

una necesidad básica única que surge de la incapacidad de soportar el aislamiento del propio yo.

Se habla de carácter masoquista cuando existe la tendencia inconsciente hacia el sufrimiento hasta llegar a suscitar la queja constante del interesado y el rechazo sistemático del entorno incapaz de saborear los gozos de la vida, el masoquista no encuentra satisfacción verdadera sino en la enfermedad y en las calamidades. Algunos psicoanalistas ven en el masoquismo una formación reactiva a conflictos neuróticos de tipo obsesivo, por ejemplo. Otros, más bien, verán en esta una tentativa de estructuración particular, situándose entre neurosis y perversión (Bonnet, 1992).

Cabe reafirmar que se debe hacer una diferencia entre lo que se denomina como "masoquismo moral" y las "perversiones masoquistas", ya que en el primer caso se trata de tendencias puramente inconscientes, mientras que en el segundo caso se trata de tendencias sexuales que buscan una satisfacción consciente (Bonnet, 1992; Horney, 1976).

Al parecer, la etiología del masoquismo tiene que ver con lo que Freud llamó el instinto de muerte o tanatos, el cual persigue la autodestrucción y que combinado con impulsos libidinales forma el masoquismo.

Horney (1976), dice que no hay que confundir el sentimiento real con la tendencia a sufrir, "gran parte de los sufrimientos que ocurren en las neurosis nada tienen que ver con un deseo de sufrir, sólo son consecuencias inevitables de los conflictos existentes...La angustia manifiesta, engendrada por los conflictos existentes constituye el ejemplo más notable, pero no el único de esta índole de sufrimiento en las neurosis" (p. 213).

Por lo tanto, se puede decir que el sufrimiento neurótico no está impulsado por una tendencia a sufrir, como en el caso del masoquismo.

El sufrimiento puede tener una función muy justificada en el neurótico, ya que le sirve de defensa, es una forma de protegerse de los peligros externos, por ejemplo, puede autoacusarse y así evitar que los demás sean los que lo acusen, puede decir que es un tonto o un ignorante y así evita que los demás se lo digan y evita también así la competencia. Es una forma de obtener disimuladamente lo que

quiere y ante su propia incapacidad de demandar directamente sus deseos, hace que los demás sean los que lo satisfagan, hace a los otros responsables de su vida, así tiene toda la libertad de culparlos cuando esto no se lleva a cabo. Es aquí cuando surge el sufrimiento.

"Las tendencias masoquistas están constituidas por un sentimiento de intrínseca debilidad, sentimiento que se expresa en las posturas ante uno mismo, ante los demás y ante el destino en general...podemos calificarlo como un profundo sentimiento de insignificancia, o, más bien, de nadería; de ser como una hoja a merced del viento, de estar librado al poderío de los demás, de encontrarse pasivamente entregado a su albedrío. Sentimiento que se manifiesta por la tendencia a la excesiva subordinación y por la exageración defensiva del dominio de sí mismo y de la reticencia a ceder a los impulsos, por dependencia del afecto y juicio ajenos, expresándose aquello por la desmesurada necesidad del cariño y ésta por el indomable temor de ser reprobado. Además, es un sentimiento de no tener nada que decidir en su propia vida, abandonando a los otros la responsabilidad y las decisiones, de que tanto el bien como el mal vienen del exterior, de que uno se halla por completo desarmado frente al destino; lo cual se traduce negativamente por la sensación de inminentes desastres, y positivamente por la esperanza de que suceda algún milagro, sin necesidad de tener que mover un dedo; sentimiento frente a la vida en general, de no poder respirar, trabajar ni gozar de nada, sin que los demás le den los incentivos, los medios y los objetivos; sentimiento, en suma, de ser arcilla en manos del escultor". (Horney, 1976; p. 218).

El individuo neurótico sufre todas las manifestaciones anteriormente citadas porque tiene la creencia de que no puede luchar o competir ya que carece de fuerzas, es por eso que se somete a la voluntad ajena. Les da a los otros el carácter de superiores, inteligentes, atractivos, etc., cualidades que no reconoce en sí mismo. Se puede ver que su identidad se encuentra profundamente dañada, lastimada, pisoteada y humillada. La ha estructurado en el lado negativo, en su yo malo, faltándole por completo el otro lado, el positivo, el bueno. La neurosis es una enfermedad de la identidad si tomamos a ésta como sinónimo de personalidad, en donde existen conflictos intrapsíquicos que inhiben las conductas sociales.

De acuerdo con Ey (1987), "las neurosis producen más bien la perturbación del equilibrio interior del neurótico, que una alteración de su sistema de la realidad" y las clasifica como una enfermedad mental crónica "menor".

El neurótico a través de la identificación que tiene consigo mismo no puede llevar a cabo relaciones interpersonales satisfactorias, y, carece de un equilibrio interior. Además, mediante sus manifestaciones neuróticas obtiene ganancias secundarias, es decir, si se muestra enfermo y débil consigue que sean los demás los que lo atiendan.

El individuo con neurosis es un ser que tiene dificultades para vivir, es una persona inestable, voluble y contradictoria y generalmente es agresiva, de una forma inhibida, es decir, inconsciente y la manifiesta por medio de sarcasmos, terquedad, ironía, indiferencia, ociosidad y/o indecisión. La agresividad no la puede llevar a cabo sin angustia y por lo tanto, tenderá a: 1) desplazarla (por ejemplo, del padre a los hombres en general); 2) invertirla (sentirá miedo en lugar de agresión); o 3) volverla contra sí mismo (se autocastigará en lugar de agredir a los otros).

Se puede observar que en las neurosis se utilizan mecanismos de defensa para evitar la angustia, estos ayudan al individuo a enfrentarse al mundo y el utilizarlos se convierte en su estilo de vida. Estos mecanismos se dividen en: defensas exitosas y defensas patógenas. Las defensas exitosas es la sublimación y sus diferentes formas de manifestación. Las defensas patógenas son la represión, el desplazamiento, la proyección, la identificación, la introyección, el aislamiento, la anulación, la transformación de lo contrario y las formaciones reactivas.

Se considera importante hacer un pequeño recordatorio de esto, por lo que a continuación se describirá cada una de estas defensas brevemente.

a) La represión.

Este es uno de los mecanismos de defensa esenciales, fundamentalmente porque es una parte que constituye al inconsciente.

Se entiende por represión la operación por la cual el sujeto busca repeler o mantener en el inconsciente representaciones ligadas a una pulsión. El rechazo se produce en los casos donde la satisfacción de un impulso susceptible de promover placer por sí mismo, arriesgaría el original descontento con respecto de las otras instancias, que a menudo están más cerca de la conciencia y que tienen la finalidad de proteger la relación del sujeto con sus objetos amorosos rechazando todo aquello

que se opusiese a sus exigencias o sentimientos de amor y de respeto que el sujeto piensa que debe llevar.

Según Ey (1987) "la represión se dirige esencialmente hacia la pulsión genital y actúa sobre todo en las neurosis directamente ligadas al complejo de Edipo, es decir, en la serie histérica".

b) El desplazamiento.

Consiste en que el acento, el interés y la intensidad de una representación son susceptibles de separarse de ella para pasar a otras representaciones originalmente poco intensas, enlazadas con la primera por una cadena asociativa.

c) La proyección

Este mecanismo es el contrario de la introyección, ya que aquí el sujeto deposita en los objetos externos el contenido de sus propios deseos, impulsos y sentimientos. Por ejemplo, si el sujeto está sintiendo odio hacia algún objeto, proyecta en éste su odio y así puede ver al objeto como "malo" o "perseguidor" y de ésta manera también evita la angustia que le causa el sentir odio.

d) La identificación

En este mecanismo el sujeto adopta las características o atributos del objeto externo y las hace suyas, de modo que su personalidad se transforma de una forma parcial o total de acuerdo a este objeto externo. Es mediante las identificaciones que se cimienta la personalidad y constituye una base en la educación del individuo.

e) La introyección.

Es uno de los primeros mecanismos que se ponen en marcha en la mente del individuo. Aquí el sujeto incorpora cualidades de los objetos externos en sí mismo y los adopta como suyos. Se "traga" al objeto que le causa displacer, por ejemplo, de modo que lo desaparece en el interior de sí mismo.

f) El aislamiento.

Mediante este mecanismo se aísla o aparta un pensamiento o comportamiento, de tal modo que las conexiones con su contenido afectivo con otros pensamientos o con el resto de la existencia del sujeto se encuentran interrumpidos.

Permite realizar la economía del rechazo con la condición de que la representación esté totalmente privado de la carga afectiva que tenía en un principio, el afecto, por lo que a él se refiere, debiendo encontrar otra salida, por ejemplo, el desplazamiento sobre otra representación.

Se separa una idea o una imagen de su contexto temporal, espacial o emocional, se fragmenta de la situación que produce angustia en el individuo.

g) La anulación

Es el mecanismo psíquico por medio del cual el sujeto se esfuerza por conseguir que los pensamientos, las palabras, los gestos y los actos del pasado no se repitan de nuevo. Utiliza para ello un pensamiento o un comportamiento que tenga un significado opuesto. Su carácter mágico refleja bien su vínculo con el inconsciente.

h) La transformación en lo contrario

Es la forma de anulación que se realiza de una vez por todas. Representa el proceso por el cual el objetivo de un impulso se transforma en el transcurso de la actividad a la pasividad. Está, generalmente muy ligado al retorno sobre sí mismo, en donde la pulsión reemplaza un objeto por la propia persona. Es el caso que puede observarse en la pareja de opuestos que están a la misma altura: sadismo y masoquismo, voyerismo y exhibicionismo. La transformación del sadismo en masoquismo implica a la vez el paso de la actividad a la pasividad y una inversión en los papeles entre la persona que inflige y la que soporta los sufrimientos.

i) Las formaciones reactivas.

Es una actitud psíquica de un sentido opuesto a un deseo rechazado y que se constituye por una reacción contra éste. En otras palabras, es una contrainversión de un elemento consciente, con la misma fuerza y de dirección opuesta a la inversión

inconsciente. Puede tratarse de actitudes muy generalizadas, constituyendo rasgos de carácter más o menos integrados al conjunto de la personalidad; pero, a veces toman un valor sintomático en lo que tiene de rígido, forzado y compulsional. En tanto que rasgo de carácter, un esmero excesivo por la limpieza ocultará una tendencia a la suciedad, o bien, una ternura exagerada será una formación reactiva contra los impulsos agresivos. En tanto que síntoma, la obsesión de la suciedad hará que el sujeto no piense más que en ella, y centrará en la misma su existencia e intereses por la inclinación de su preocupación o inquietud de limpieza; o la exigencia de ternura al volverse tirana se transformará en una ocasión para agredir todo su entorno. Se puede ver en estos ejemplos el retorno del rechazado. "Son conductas manifiestas inversas a los afectos latentes". (Ey, 1987)

Existen los otros dos mecanismos a los cuales no se les puede llamar defensas del yo propiamente dichos, estos son la regresión y la sublimación.

De acuerdo con Fenichel (1992; p. 188), la regresión es un recurso de defensa. "... el papel desempeñado por el yo en la regresión es diferente del que desempeña en todos los otros mecanismos de defensa. Los otros mecanismos de defensa son puestos en marcha por una actividad del yo (si bien el yo puede utilizar, en esta actividad mecanismos más arcaicos y automáticos); en la regresión el yo es mucho más pasivo. La regresión es algo que le ocurre al yo. El prerrequisito necesario para el uso de la regresión como mecanismo de defensa es, por lo tanto, una peculiar debilidad de la organización del yo".

Se puede entonces decir que la regresión es un retorno a las formas anteriores del desarrollo del pensamiento y del estilo de las relaciones del sujeto en su entorno. Esto es, que el sujeto nunca volverá a ser el niño que alguna vez fue, sino que el sujeto traerá al presente características de su comportamiento infantil propios de la etapa a la que regresó.

Este tipo de mecanismo se da con más frecuencia y mayor profundidad en estados de desestructuración (psicosis) que se revisarán más adelante.

Por otra parte, se puede decir que la sublimación es considerada como una defensa exitosa, ya que la descarga del impulso no se ve bloqueada, sino modificada y finalmente encuentra su salida.

Según Fenichel (1992; p. 168), la sublimación se caracteriza por:

- 1) Una inhibición del fin
- 2) Una desexualización
- 3) Una completa absorción de un instinto por sus secuelas, y
- 4) Por una alteración dentro del yo.

La persona que lleva a cabo una sublimación hace exactamente lo que el instinto le exige, pero lo hace luego que el instinto ha sido desexualizado y subordinado a la organización del yo y así la fuerza del instinto respectivo opera en sentido opuesto al primitivo.

Este tipo de mecanismo, por ser una defensa exitosa no cae dentro de las defensas empleadas en la neurosis, por lo que, se puede decir que el yo, la identidad de la persona no se ve alterada cuando se ha empleado la sublimación como mecanismo para llevar a cabo o satisfacer sus impulsos.

De alguna u otra manera, los otros mecanismos considerados como defensas patógenas, llevan al individuo a una mala estructuración de su identidad, porque su yo se encuentra colapsado o congelado en un solo punto debido a la creciente angustia que tienen y que no puede descargar. El yo neurótico se engaña a sí mismo. hace "como que" todo está bien, cree que no tiene conflictos pero en su interior se encuentran acumulados una cantidad de impulsos que deben salir, como una olla de vapor que acumula una gran cantidad de este y que buscará cualquier oportunidad para escapar. Todas las imágenes, sensaciones y pensamientos los oculta bajo un disfraz, análogamente cada disfraz es un mecanismo de defensa, dependiendo de sus características personales elegirá el disfraz que más le vaya o le convenga, hasta que llega el momento en que por más que quiera ya no se lo podrá quitar por el miedo a dejar ver lo que hay detrás.

La identidad mal estructurada puede expresarse de diferentes maneras, por esto, se considera importante, una vez que se han revisado los mecanismos de defensa, mencionar, brevemente los diferentes tipos de neurosis que existen. Estos son: Neurosis de angustia, Neurosis fóbica, Neurosis histérica y Neurosis obsesivo-compulsiva.

4.2.1 Neurosis de angustia

En este tipo de padecimiento, el individuo se encuentra en un estado crónico de tensión y angustia en donde existen manifestaciones orgánicas como taquicardia, palpitaciones, náusea, diarrea, deseos de orinar, opresión en el pecho con sensación de ahogo o sofocación unidas a reacciones de angustia agudas en donde el sujeto siente pánico y que tienen una duración variable (desde unos segundos hasta una hora). El sujeto se encuentra en un perpetuo estado de alerta y de miedo.

La neurosis de angustia constituye una especie de tronco común de la organización neurótica en marcha hacia otras formas de neurosis mucho más estables y estructuradas.

El sujeto es aprehensivo, teme quedarse solo, se queja de estar aturdido y de no poder ordenar sus pensamientos y se siente generalmente cansado.

Como se mencionó arriba, una vez que las crisis de angustia se van desviando a formas más estables, por lo común suelen asociarse a defensas fóbicas que si se pasan por alto derivan en un estado de angustia fóbica denominado "histeria de angustia" que puede extenderse ya sea hacia una ideación obsesiva (donde desaparecen las reacciones agudas de angustia) o hacia un retraimiento progresivo acompañado de fobias que llevan al individuo a un estado de aislamiento e inutilidad muy parecido a una regresión psicótica.

Las crisis de angustia duran o se repiten de acuerdo a las condiciones desfavorables que se presentan en la vida de la persona.

Si no se puede encontrar una solución es entonces cuando se empiezan a organizar estructuras neuróticas más estables para encontrar falsas soluciones neuróticas (fobias, histeria, obsesión). El individuo puede desplazar y condensar su angustia hacia un objeto (neurosis fóbica); descargar su tensión en un órgano (hipocondría); o hasta caer en una crisis depresiva.

4.2.2 Neurosis fóbica

Aquí el individuo desplaza y condensa toda su angustia sobre personas, cosas, situaciones o actos que se convierten en el objeto de un pánico que paraliza a la persona. El mecanismo predominante es el desplazamiento que se manifiesta bajo un síntoma constituido por una fobia.

Las fobias son en sí afecciones patológicas muy frecuentes, aunque es raro que se diagnostique una neurosis fóbica "pura" dado que se suele asociar con la angustia y porque aparece en otros trastornos como la histeria, hipocondría y neurosis obsesiva.

A la neurosis fóbica se le llama también histeria de angustia, como se le refiere en literatura psicoanalítica y actualmente se utilizan ambos términos como sinónimos. La fobia es una reacción defensiva en la cual la persona busca manejar su angustia desligándola de una idea, objeto o situación específicas en su vida cotidiana en forma de un miedo neurótico hacia otra idea, objeto o situación asociada a la original. El miedo que siente de una forma consciente hacia dicha idea, situación u objeto tiene de fondo una fuente inconsciente. Aquí se puede ver manifestada la simbolización, en donde el individuo le da un significado a la idea, objeto o situación para disfrazar la original. De esta forma la angustia se desliga de su fuente original y se desplaza hacia aquella donde se simboliza la tendencia o deseo amenazador.

El enfrentar al sujeto a la actividad fóbica significa para él inconscientemente desempeñar la actividad prohibida que tanta angustia le produce.

La prolongación de la fobia depende con frecuencia de las ganancias secundarias que el individuo obtiene a través de su conducta.

La teoría psicoanalítica considera que la elección del objeto fóbico tiene que ver con los significados simbólicos del objeto mismo.

4.2.3 Neurosis histérica

Se considera principalmente por la hiperexpresividad somática de las ideas, de las imágenes y de los afectos inconscientes. Se debe definir al histérico en

función de la estructura de su persona, que se caracteriza por la psicoplasticidad, la sugestibilidad y la formación imaginaria de su personaje. Los síntomas constituyen fenómenos de "conversión" en el plano somático, de conflictos inconscientes.

Existen dos tipos de histeria: reacciones disociativas y de conversión.

a) Reacciones disociativas

Cuando la angustia llega a un grado máximo puede desorganizar a la personalidad, haciendo que algunos aspectos o funciones de ésta se disocien entre sí, en algunos casos, la personalidad está tan desorganizada que los mecanismos de defensa gobiernan la conciencia, la memoria e incluso a todo el individuo temporalmente, con poca o ninguna participación consciente.

La amnesia es una de las formas más frecuentes de las reacciones disociativas que la angustia provoca. El olvido es un recurso simple, sin embargo, la amnesia disociativa no es un simple olvido, se trata de un proceso activo, un total borramiento de la percepción de rasgos desagradables. Entre las experiencias que suspenden la capacidad de llevar a la conciencia datos referentes a determinados hechos, se encuentran las que implican un terror intenso o los periodos en que la conducta se asocia a un sentimiento de vergüenza, culpa o de otro tipo intensamente afectivo. El sujeto acepta tranquilamente la pérdida de su memoria, esto demuestra que la amnesia desempeña satisfactoriamente su papel de escape y protector. Aunque la mayoría de las amnesias disociativas son de breve duración, en ocasiones borran por completo periodos largos. Incluso, en ocasiones, toda la vida previa del individuo.

A veces el escape psíquico puede tomar la forma de una fuga disociativa, en la que hay un cambio súbito en el estado de la conciencia y el paciente se ve impelido por fuerzas inconscientes a desempeñar actividades complicadas, que tal vez implican viajes a grandes distancias. A lo largo de este periodo, el enfermo puede tener un aspecto bastante normal para quien lo observa casualmente. En algunos casos hay pérdida de identidad personal. En la fuga el sujeto se permite actos que sólo eran fantasía y que están en conflicto con el superyó; la función de la fuga es permitir que se lleven a cabo dichos actos o fantasías. No obstante, se hace necesario un nuevo mecanismo de defensa, de modo que el enfermo intenta proteger a su yo y es por eso que olvida su nombre y su historia pasada, es decir, pierde su

identidad. En otros casos no hay pérdida, sino un cambio de identidad; el individuo toma un nombre falso y se identifica con la persona cuyo nombre adopta. Incluso, puede llegar a tener identificaciones múltiples, lo que conduce a los casos de "personalidad múltiple".

b) Reacciones conversivas

Engloban las formas típicas con las que se conoce a la neurosis histérica que desde Freud se llamó "histeria de conversión".

Aquí "se producen ciertas alteraciones en las funciones fisiológicas, alteraciones que inconscientemente y de una manera deformada, sirven de expresión a impulsos instintivos previamente reprimidos" (Fenichel, 1992; p. 250).

La angustia se "convierte" en síntoma funcional que afecta a órganos o partes del cuerpo, inervados por el sistema nervioso sensorial motor. Los síntomas de conversión sirven para prevenir o disminuir cualquier angustia consciente y palpable y suelen simbolizar el conflicto mental primario que produjo originalmente dicha angustia.

Los síntomas histéricos pueden considerarse como la expresión de un conflicto o un idea, en forma simbólica. Por ejemplo, el "no poder ver" significa "no quiero ver" y revela un impulso reprimido de ver (y exhibir). La elección del órgano puede depender de la situación en que tuvo lugar la represión decisiva, los órganos más propensos son los que estuvieron más activos o bajo el efecto de la tensión más intensa.

Si una persona conscientemente simulara un signo o síntoma físicos, o un trastorno mental con el fin de lograr un determinado objetivo, se diría que se está fingiendo enferma. Sin embargo, para que la conducta sea intencionada no es necesario que el individuo reconozca conscientemente su intento. En la histeria de conversión los síntomas proporcionan al sujeto sin que lo sepa, cierto grado de alivio a la angustia que la situación inquietante implica. Algunos fenómenos histéricos se sitúan en el límite entre las reacciones psiconeuróticas y la simulación, de ahí que se parezcan tanto al hecho de fingirse enfermo. La línea entre simulación e histeria se delimita arbitrariamente en lo que a insight se refiere. Ambas se relacionan con un propósito definido, habitualmente de naturaleza protectora o destinada a satisfacer

un deseo. En la mente del histerico con frecuencia se confunden realidad con la fantasía.

4.2.4 Neurosis obsesivo-compulsiva

Consiste en la presencia de obsesiones o compulsiones repetidas suficientemente graves como para causar un intenso malestar, gran pérdida de tiempo o una interferencia significativa con la rutina habitual del individuo, con su funcionamiento profesional, con sus actividades sociales habituales o en sus relaciones con los demás.

Los síntomas de esta neurosis puede agruparse en cuatro apartados:

a) "El sujeto es invadido por ideas obsesivas que se le imponen a pesar de él: es el pensamiento compulsivo.

b) Experimenta una tendencia a los actos agresivos, impulsivos, particularmente temidos o no deseados: es la actividad compulsiva.

c) Se siente forzado a realizar actos repetitivos de carácter simbólico: son los ritos del pensamiento mágico.

d) Esta lucha agotadora es a la vez el efecto y la causa de una astenia psíquica (psicastenia).

El conjunto de estos síntomas merece el nombre clásico de obsesión, ya que el mismo enfermo se sitúa a sí mismo con sus propias defensas" (Ey, 1987).

Las obsesiones son ideas, pensamientos, impulsos o imágenes persistentes que se experimentan por lo menos inicialmente como intrusas y sin sentido, por ejemplo, un padre siente impulsos repetidos de matar a su hijo o una persona religiosa es asaltada por ideas blasfemas. El individuo intenta ignorar o suprimir este tipo de pensamientos o acciones. El individuo reconoce que estas obsesiones son producto de su mente y no están impuestas desde fuera (como en el caso de las ideas delirantes de inserción del pensamiento).

Las obsesiones más frecuentes son pensamientos repetidos de violencia (matar), contaminación (infectarse a través de la mano de los otros) y de duda (preguntarse repetidamente si uno ha efectuado correctamente su trabajo o si ha lesionado a alguien en un accidente de tráfico).

Las compulsiones son conductas repetitivas finalistas o intencionales, que se efectúan como una respuesta a una obsesión, de forma estereotipada o de acuerdo con determinadas reglas. La conducta se halla diseñada para neutralizar o impedir el malestar o algún acontecimiento o situación temida. El acto se realiza con una sensación de compulsión subjetiva que, al mismo tiempo, se asocia a un deseo de resistir la compulsión (al menos inicialmente). El individuo reconoce que su conducta es excesiva e irrazonable y que no obtiene ningún placer en llevar a cabo tal actividad, aunque le procure cierto alivio de la tensión. Las compulsiones más frecuentes son el lavado de manos, contar repetidamente, comprobar (por ejemplo, que se cerró con llave la puerta) y tocar.

El individuo obsesivo está envuelto en un conflicto entre la obediencia y el desafío. Es como si se estuviera preguntando constantemente "¿debo ser bueno o puedo ser malo?". Esto conduce a un devenir constante entre las emociones de miedo e ira, miedo porque se le reproche su mala conducta y se le castigue, e ira porque no se abandona a sus deseos y se somete a la autoridad. El miedo que proviene del desafío conduce a la obediencia, que conduce nuevamente al desafío.

El paciente obsesivo es el más fácil de reconocer, y la obsesión es el más estereotipado de los síntomas clínicos principales.

Se trata de personas exageradamente puntuales, escrupulosas, pulcras, ordenadas y cumplidas que se comportan así por su miedo a la autoridad.

Otro conjunto de rasgos obsesivos provienen del elemento colérico del conflicto. El desorden, la negligencia, la obstinación, la parsimonia y el sadismo se derivan del enojo desafiante. Es obvio actualmente que esta lista de rasgos incluye muchos opuestos, a esmero-negligencia, a orden-desorden, etc. Estos rasgos contradictorios son no sólo características esenciales del individuo obsesivo, sino que aparecen inclusive en la misma persona en el mismo momento. Las contradicciones aparentes desaparecen si se recuerda que el origen de ciertos rasgos tiene sus raíces en conflictos de desafío y obediencia, ira y miedo. La esencia del

obsesivo no se encuentra en una u otra parte del conflicto, sino en el conflicto mismo.

El obsesivo se queja por lo que se ha dicho, de que no puede ser "él mismo" porque se encuentra preso dentro del círculo en el que él solo se ha metido. Raramente en algunos casos el individuo llega al suicidio tras una depresión por la incapacidad de liberarse del pensamiento conflictivo.

En resumen, se puede decir, que la neurosis es una reja tras la cual vive el individuo con una identidad mal estructurada; sea cual fuere el tipo de neurosis que se padezca se trata de una identidad mal formada, que lejos de darle al individuo seguridad y confianza lo lastima y lo hierde sintiéndose incapaz de sobrellevar su vida.

Sin embargo, a pesar de lo difícil que es para el individuo vivir con su neurosis, éste nunca pierde de vista su realidad, es decir, se mantiene con los pies en la tierra en contacto con la realidad, independientemente de los mecanismos inconscientes que se lleven a cabo en su mente. Sabe que algo está mal y sabe inconscientemente que es él en donde se siente esa inconformidad, no pierde su contacto con el mundo por difícil que le sea contactar con los otros. Su identidad es como una mancha borrosa y por eso se vivencia como un ser incapacitado.

A continuación se tratará la desestructuración de la identidad, en donde la persona pierde el contacto con su realidad interna y externa y que lleva el nombre genérico de psicosis.

4.3 DESESTRUCTURACION DE LA IDENTIDAD: PSICOSIS

Hasta aquí se han revisado diferentes tipos de patologías (orgánicas y funcionales: neurosis) que se pueden presentar en la identidad y que imposibilitan su desarrollo íntegro.

Ahora se revisará una tercera modalidad en cuanto a patología, quizás la más desesperante desde un punto de vista terapéutico, porque el tratamiento es más difícil y retardado y en algunas ocasiones nulo, por lo mismo, el individuo que la

padecer es digno de un trato humano que lo apoye y lo ayude a tratar de encontrarse a sí mismo.

La psicosis es la desestructuración de la identidad en donde el individuo no logra contactar con su propio yo y por ende, no logra contactar con el mundo externo. La psicosis es una enfermedad mental cuya principal característica es la ruptura de la personalidad y en donde el sujeto vive en un mundo de fantasías.

Para poder entender mejor esta patología se ha revisado principalmente la teoría kleiniana de las relaciones objetales y se expone brevemente; se describirán los tipos de psicosis que existen.

La teoría kleiniana corresponde a la línea psicoanalítica de las relaciones objetales, en donde se señala la importancia que tiene para el establecimiento de la conducta la vicisitud de la relación temprana del niño con sus objetos, particularmente sus padres. Esta relación objetal se interrelaciona íntimamente con la formación de la estructura intrapsíquica y ambas tienen lugar en el periodo del desarrollo temprano del niño.

Klein da una gran importancia al concepto de instinto y a su papel en el desarrollo del individuo. Concibe a las fantasías inconscientes como la expresión mental de los instintos y marca su presencia desde el principio de la vida. Dice que la formación de las fantasías son una función yóica a través de la cual se expresan los instintos, lo que implica que el yo es capaz de formar relaciones objetales primitivas impulsado por los instintos y por la ansiedad. Asimismo, las fantasías inconscientes determinan la interpretación de la realidad aunque esta influye secundariamente en ellas. La fantasía también tiene funciones defensivas ya que la gratificación derivada de ella contrarresta la frustración del mundo externo. (Michaca, 1987).

Klein divide el estudio de las relaciones objetales en dos etapas que se dan en el primer año de vida: La posición esquizo-paranoide y la posición depresiva. El término posición se refiere al modo en que el yo se ubica a sí mismo frente a otros objetos y a su forma de interactuar con dichos objetos. "Posición implica una configuración específica de relaciones objetales, ansiedades y defensas, persistente a lo largo de la vida" (Segal, 1992). En ambas etapas los instintos juegan un papel primordial.

La posición esquizo-paranoide ocupa los primeros tres o cuatro meses de vida del individuo y forma parte de la etapa oral denominada por Freud. "La posición esquizo-paranoide se caracteriza por el hecho de que el bebé no reconoce "personas", sino que se relaciona con objetos parciales, y por el predominio de la ansiedad paranoide y de procesos de escisión" (Segal, 1992). Los mecanismos de defensa utilizados en la posición esquizo-paranoide son pasos graduales en el desarrollo, en situaciones de ansiedad, se utiliza la escisión, la proyección y la introyección para mantener alejados a los objetos buenos de los malos y para mantenerlos controlados.

"Lo más importante de esta fase es que describe un estadio de la mente en el cual coexisten impulsos opuestos, que determinan un funcionamiento del yo fragmentado, escindido, con características paranoides, con el consecuente uso de defensas primitivas de proyección, introyección y negación, y que su alteración es un punto de fijación, al que si se regresa, se presentan fenómenos psicóticos" (Michaca, 1987)

Como se puede observar, esto es un punto clave para llegar a la comprensión del por qué de la psicosis y en la posición esquizo-paranoide existe gran parte de la respuesta, aunque es muy cierto que no se puede determinar el por qué un gran número de yoes logran superar obstáculos en el desarrollo y otro gran número no lo logra, ese es el gran misterio de las enfermedades mentales.

La siguiente posición es la depresiva, que abarca la segunda mitad del primer año de vida- El que sea la siguiente etapa, posterior a la esquizo-paranoide, no quiere decir que la reemplace completamente ya que la integración que se logra nunca es total y las defensas contra el conflicto depresivo producen regresión a fenómenos esquizo-paranoides, de modo que ambas posiciones pueden oscilar en el individuo. De manera genérica, la primera posición corresponde a los conflictos psicóticos y la segunda posición a los conflictos neuróticos.

"Ciertas ansiedades paranoides y depresivas siguen siempre activas en la personalidad, pero cuando el yo está suficientemente integrado y durante la elaboración de la posición depresiva ha establecido una relación relativamente firme con la realidad, los mecanismos neuróticos van sustituyendo poco a poco a los psicóticos". (Segal, 1992)

En la posición depresiva el bebé reconoce objetos totales, principalmente a la madre y se relaciona con dicho objeto. Reconoce que es un individuo separado de él, con vida propia y con relaciones con otras personas. En esta posición las ansiedades brotan de la ambivalencia y la ansiedad principal, producto del temor del bebé a que sus impulsos destructivos destruyan al objeto amado del que tanto depende. Al reconocer sus impulsos destructivos ante el objeto amado siente culpa, lo que lo lleva a la depresión y a un sentimiento de desesperación. Esto lo lleva a utilizar repetidamente dos tipos de defensas: reparación y defensas maníacas. La reparación lleva a la elaboración del duelo, del dolor por la pérdida y conduce a una mayor integración del yo; mientras que las defensas maníacas, que surgen cuando la culpa y la pérdida resultan tan insostenibles, se caracterizan porque la relación con el objeto es mediante el control, el triunfo y el desprecio. Al controlar al objeto se niega la dependencia que se tiene hacia él y lo obliga a satisfacer esa dependencia. Cuando se controla al objeto se puede siempre contar con él. Al triunfar sobre el objeto se logra mantener a raya los sentimientos depresivos ya que existe una sensación de éxito. Y finalmente, al despreciar al objeto se niega directamente el valor del objeto y sirve para disminuir la culpa por haberlo destruido, el desprecio se convierte en justificación para seguir atacando al objeto.

Se tratará a continuación de "desmenuzar" un poco más todo esto para que se logre comprender con mayor claridad la psicosis.

El aparato psíquico reconocido por Freud, su mundo intrapsíquico se encuentra conformado por el Ello, el Yo y el Superyó.

El Ello es una energía instintiva que tiene como objetivo la preservación de la vida. Esta energía se transmite a través de los impulsos. En la psicosis esta energía se encuentra desorganizada.

El Yo se encuentra entre el Ello y el Superyó y se le atribuye consciencia; es el mediador que traduce las pulsiones hacia el exterior para que pueda tener una representación.

Antes que la capacidad pensante está el instinto que es el que empuja a la vida. Si el instinto logra satisfacerse, la energía es placentera, porque cumplió con el objetivo. Cuando no hay satisfacción de las necesidades básicas (hambre, sueño, sed) se altera el funcionamiento del organismo. Cuando el Ello no llega a la

satisfacción de su objetivo surge la angustia, la cual no facilita el desarrollo del yo. El impulso es lo más cercano que hay a la naturaleza y antes que la consciencia esté el impulso.

El hombre gracias al impulso repetitivo llega a la creación de medios que le faciliten satisfacer el impulso. En esta compulsión a la repetición, el ello comienza a ver que puede hacer las cosas y repetirlas, lo que va creando la consciencia, va desarrollando una imagen de sí mismo frente a sí mismo, lo que da lugar al yo, consciencia de que es el yo el que crea su propia vida. Con esta consciencia se llega a repetir aquello que ya ha sucedido para que llegue a suceder y al repetirse constantemente se perfecciona, a este perfeccionamiento se le llama superyó, porque se crea una cultura, una civilización. El yo queda atrapado entre el ello y el superyó, entre el impulso y la cultura. Cuando el impulso atraviesa sin consciencia se da la psicosis, esta es el desquiciamiento, el renunciar a la consciencia, lo cual puede deberse a causas orgánicas o bien a causas funcionales.

La psicosis es la ruptura del yo consigo mismo; es la distancia que el Yo vive respecto de sí mismo, cuando el yo está alejado de sí mismo el conocimiento es nulo, en función de la distancia en que se encuentre se da el nivel de patología.

El individuo psicótico es incapaz de reconocerse, al mirarse en un espejo no tiene la capacidad de reconocerse y de decir "ese soy yo". El psicótico es un extraño en el mundo que lo rodea, al igual que su actuación, por eso vive desadaptado.

Al momento de nacer ya hay un yo respaldado por el Ello. El yo se encuentra a lo largo de su desarrollo con tareas que debe resolver. A veces todavía no se acaban de resolver las tareas de una etapa cuando ya se ha pasado a la otra. Si el yo se da cuenta de que faltaron tareas por realizar se da la regresión, esto es, para completar aquellas tareas que no se llevaron a cabo. Si esta regresión se da de una manera repetitiva se da la fijación, en donde se queda el yo permanente en una etapa sin pasar a la otra. La superación se da cuando la regresión es positiva, es decir, que regresa a la etapa, completa las tareas que le faltaron y pasa a la siguiente etapa. Aunque a veces esto no sucede, es mejor completar todas las etapas aunque no se hayan realizado todas las tareas. En la psicosis se regresa a la etapa, se queda el yo fijado en esa etapa.

El psicótico queda fijado en la posición esquizo-paranoide, dado que esta es la primera posición en el desarrollo del individuo, lo que prevalece aquí son las fantasías inconscientes que son las expresiones de los impulsos y son las buscadoras de objetos, es decir, a cada fantasía le corresponde un objeto, ayudan al yo a satisfacer sus necesidades básicas.

Cuando se tiene que recurrir a la creación de una fantasía sobre otra fantasía se habla ya de una distorsión de la realidad. El yo al sentir que le falta "algo" regresa a etapas posteriores pero sólo encuentra vacío, es decir, no hay una estructura, es por eso que regresa y queda fijado en la primera etapa (posición esquizo-paranoide) en donde lo único que se consolidó fue la vida instintiva, por esto, sus respuestas son arcaicas y primitivas ya que son respuestas impulsivas, no elaboradas. Lo único que puede hacer es fantasear, no puede darse cuenta de la realidad externa, para el psicótico lo que fantasea es lo real para él, se convierte en su realidad, por eso es que los que estamos afuera no lo comprendemos. Su yo se siente amenazado y perseguido y se encuentra escindido, dado que estas son las características de esta posición.

En la posición esquizo-paranoide la ansiedad puede escindir al yo por temor a perder al objeto externo. En la psicosis la amenaza viene desde dentro del sujeto, el psicótico rompe con la realidad, sus respuestas están desfasadas con respecto-al mundo que lo rodea.

El yo del psicótico sólo encuentra vacío para estructurarse, por eso se tiene que valer del mundo de la fantasía. Vive buscando una respuesta sin encontrarla porque no sabe lo que está buscando. El psicótico actúa instintivamente por reflejo, no hay una elaboración en sus actos, dado que el yo aún está desestructurado, razón por la cual está dominado por los medios instintuales.

El psicótico huye de sí mismo y por eso huye de la realidad, vive en la angustia básica fantásica, desde donde elabora todas sus respuestas (por eso son emergentes) ya que lo que introyectó fue la estructura del mundo fantástico.

El psicótico vive en el pasado de su propia historia aunque cronológicamente esté en el presente, ya que el tiempo no se puede detener, pero no es capaz de vivir en y el presente.

La desestructuración no es el haber estado estructurado y desestructurarse, sino el no haber estado estructurado por no haber logrado estructurarse nunca. La locura se produce desde dentro del propio sujeto pero puede haber desencadenantes externos que desaten su locura.

El yo al no poder llegar a consolidarse tiene una base muy lábil que lo hace no soportar la realidad y entonces se niega a sí mismo. a través de la escisión se pulveriza, lo único que tiene para vivir es un sustrato biológico y uno psicológico muy endeble. Lo biológico le sirve para hacerse manifiesta esa incapacidad del yo para aceptarse a sí mismo, sólo le sirve para darle paso a lo instintivo. El yo es utilizado por los impulsos, es manipulado por ellos sin poder hacer nada.

Anteriormente se creía que la neurosis en grados máximos daba como consecuencia la psicosis. Sin embargo, ahora se sabe que la psicosis es diferente de la neurosis y que no hay una línea de continuidad en donde a mayor nivel de neurosis se pasa a la psicosis. El yo del neurótico está integrado, de una forma incorrecta, pero no está desestructurado como el yo psicótico.

El mecanismo de defensa que se pone en marcha en la psicosis es la escisión (desintegración) porque ninguno de los otros mecanismos funciona ya, ni siquiera se han activado, se desconocen. No existen las huellas mnémicas y si no las hay el yo no tiene dónde protegerse, de dónde afianzarse.

El yo psicótico no puede diferenciar su propia realidad de la externa, por eso se niega a través de la locura.

Se puede decir entonces que el término psicosis se reserva para designar a los trastornos mentales muy graves que comúnmente se caracterizan por la considerable pérdida del contacto con la realidad. Una persona que está en estado psicótico ha vivenciado la frustración y la angustia de una manera tan aplastante que pierde el contacto con su propia realidad. y con su ubicación respecto al mundo que lo rodea, llegando a ser tan incapacitante el funcionamiento mental que trastorna la conducta y casi siempre se confina al individuo psicótico en instituciones de salud.

Al psicótico legalmente se le llama "insano" y se refiere a que el individuo es incapaz de distinguir entre lo adecuado y lo inadecuado y, por tanto, de ser o no

ser legalmente responsable de sus acciones. Este término no es ni psicológico ni psiquiátrico, tiene referencia directamente jurídica.

En la mayoría de los casos de psicosis se pueden reconocer las siguientes reacciones: síntomas extravagantes, negación de la realidad, trastornos notables de la conducta y del pensamiento, labilidad emocional, en comparación con el neurótico no dan muestras de angustia.

De acuerdo con el DSM-III-R (1988), los trastornos psicóticos se clasifican en varios grupos:

1) Esquizofrenia

En este grupo se incluyen los diferentes tipos que esta enfermedad presenta, los cuales son: catatónica, desorganizada, paranoide indiferenciada y residual.

2) Trastorno delirante (paranoide)

De tipo erotománico, grandiosidad, celotípico, persecutorio, somático y no especificado.

3) Trastornos psicóticos no clasificados en otros apartados

Psicosis reactiva breve, trastorno esquizofreniforme, trastorno esquizoafectivo, trastorno psicótico inducido y trastorno psicótico NO (psicosis atípica).

4) Trastornos del estado de ánimo

Trastorno bipolar (mixto, maníaco, depresivo), ciclotimia, trastorno bipolar NO. Trastornos depresivos (depresión mayor, distimia, trastorno depresivo NO).

Según el ICD-10 los trastornos de psicosis se clasifican de la siguiente manera:

1 Esquizofrenia, trastorno esquizotípico y trastornos de ideas delirantes.

1) Esquizofrenia

- a) Esquizofrenia paranoide
- b) Esquizofrenia hebefrénica
- c) Esquizofrenia catatónica
- d) Esquizofrenia indiferenciada
- e) Depresión post-esquizofrénica
- f) Esquizofrenia residual
- g) Esquizofrenia simple
- h) Otras esquizofrenias
- i) Esquizofrenia sin especificación

2) Trastorno esquizotípico

3) Trastorno de ideas delirantes persistentes

- a) Trastorno de ideas delirantes
- b) Otros trastornos de ideas delirantes persistentes
- c) Trastorno de ideas delirantes sin especificación

4) Trastornos psicóticos agudos y transitorios

- a) Trastorno psicótico agudo polimorfo sin síntomas de esquizofrenia
- b) Trastorno psicótico agudo con síntomas de esquizofrenia
- c) Trastorno psicótico agudo de tipo esquizofrénico
- d) Otro trastorno psicótico agudo con predominio de ideas delirantes
- e) Otros trastornos psicóticos agudos transitorios
- f) Trastorno psicótico agudo transitorio sin especificación

5) Trastorno de ideas delirantes inducidas

6) Trastornos esquizoafectivos

- a) Trastorno esquizoafectivo de tipo maniaco
- b) Trastorno esquizoafectivo de tipo depresivo
- c) Trastorno esquizoafectivo de tipo mixto
- d) Otros trastornos esquizoafectivos
- e) Trastorno esquizoafectivo sin especificación

7) Otros trastornos psicóticos no orgánicos

8) Psicosis no orgánica sin especificación

II Trastornos del humor (afectivos)

1) Episodio maníaco

- a) Hipomanía**
- b) Manía sin síntomas psicóticos**
- c) Manía con síntomas psicóticos**
- d) Otros episodios maníacos**
- e) Episodio maníaco sin especificación**

2) Trastorno bipolar

- a) Trastorno bipolar, episodio actual hipomaníaco**
- b) Trastorno bipolar, episodio actual maníaco sin síntomas psicóticos**
- c) Trastorno bipolar, episodio actual maníaco con síntomas psicóticos**
- d) Trastorno bipolar, episodio actual depresivo leve o moderado**
- e) Trastorno bipolar, episodio actual depresivo grave sin síntomas psicóticos**
- f) Trastorno bipolar, episodio actual depresivo grave con síntomas psicóticos**
- g) Trastorno bipolar, episodio actual mixto**
- h) Trastorno bipolar actualmente en remisión**
- i) Otros trastornos bipolares**
- j) Trastorno bipolar sin especificación**

3) Episodios depresivos

- a) Episodio depresivo leve**
- b) Episodio depresivo moderado**
- c) Episodio depresivo grave sin síntomas psicóticos**
- d) Episodio depresivo grave con síntomas psicóticos**
- e) Otros episodios depresivos**
- f) Episodio depresivo sin especificación**

4) Trastorno depresivo recurrente

- a) Trastorno depresivo recurrente, episodio actual leve**
- b) Trastorno depresivo recurrente, episodio actual moderado**
- c) Trastorno depresivo recurrente, episodio actual grave sin síntomas psicóticos**

- d) Trastorno depresivo recurrente, episodio actual grave con síntomas psicóticos
 - e) Trastorno depresivo recurrente actualmente en remisión
 - f) Otros trastornos depresivos recurrentes
 - g) Trastorno depresivo recurrente sin especificación
- 5) *Trastornos del humor*
- a) Ciclotimia
 - b) Distimia
 - c) Otros trastornos del humor (afectivos) persistentes
 - d) Trastorno del humor (afectivo) persistente sin especificación
- 6) *Otros trastornos del humor (afectivos)*
- a) Otros trastornos del humor (afectivos) aislados
 - b) Otros trastornos del humor (afectivos) recurrentes
 - c) Otros trastornos del humor (afectivos)

Sin embargo, dado que este trabajo no es un tratado de psiquiatría y para fines más prácticos, las psicosis funcionales, las cuales no tienen una base orgánica se dividen principalmente en cuatro grupos (de acuerdo a la clasificación realizada por Herrasti, 1993).

4.3.1 Reacciones esquizofrénicas

Se subdividen en: esquizofrenia simple, esquizofrenia hebefrénica, esquizofrenia catatónica, esquizofrenia infantil, esquizofrenia aguda indiferenciada, esquizofrenia crónica indiferenciada, esquizofrenia esquizo-afectiva y esquizofrenia residual.

Sus principales síntomas son: apartamiento de la realidad con embotamiento emocional. Reacciones emocionales inadecuadas y trastornos notables en el curso del pensamiento (delirios, alucinaciones y estereotipias).

4.3.2 Reacciones paranoides

Se subdividen en: Paranoia y estados paranoides.

Sus principales síntomas son: delirios lógicos a menudo muy sistematizados e intrincados con la personalidad relativamente intacta.

4.3.3 Reacciones afectivas

Se subdividen en: Psicosis maniaco-depresiva, psicosis depresiva.

Sus principales síntomas son: fluctuaciones extremas del humor con trastornos relacionados del pensamiento y de la conducta.

4.3.4 Reacciones psicóticas involutivas

Se caracterizan por la depresión, giran en torno a las ideas paranoides. Existe ansiedad anormal, agitación, delirio y depresión. Aparece en edades avanzadas sin historia previa de reacciones psicóticas.

Existen tres tipos de síntomas que aparecen en todas las psicosis (ya sea de manera aislada o en sus posibles combinaciones), estos son:

a) Delirios

El delirio es una creencia constante que no concuerda con la realidad y que el enfermo mantiene férreamente a pesar de todos los testimonios que prueban su falsedad. Existen tres principales clases de delirios:

1) *Delirios de grandeza*. El individuo se cree un personaje muy importante, un rey, emperador, dios, etc. Aunque en otras áreas se funcione bien siempre se culmina en el asunto del delirio.

2) *Delirios de referencia*. El enfermo siempre se pone como objeto de referencia aún en las situaciones más triviales como fortuitas. Por ejemplo, si ve a dos personas conversando dirá que están hablando de él. Siempre harán referencia a asuntos personales.

3) *Delirios de persecución*. El enfermo siempre se manifestará en un estado de alerta contra los "enemigos", siente que lo siguen y lo espían y que están tramando algo contra él y que se halla en peligro mortal de ser atacado. Estos delirios casi siempre van acompañados de delirios de grandeza, el individuo es tan importante que siempre lo persiguen personas o fuerza malignas.

b) Alucinaciones

Los psicóticos experimentan alucinaciones o impresiones sensoriales de objetos extraños, aunque no se encuentre en el ambiente ningún objeto o estímulo capaz de producirlos. En la psicosis no es que los órganos están dañados, sino que al elaborar fantasías sobre fantasías el sujeto no encuentre un objeto adecuado. En la mayoría de los casos las alucinaciones son auditivas, el enfermo oye ruidos o voces extrañas, confusas y que le dan órdenes y le hablan o lo critican. Las alucinaciones auditivas van a menudo asociadas a un sistema de delirios. Por ejemplo, si el enfermo tiene el delirio de ser un profeta religioso podrá recibir mensajes alucinatorios que según él son directamente de la voz de dios, en otros momentos no sabrá quién le hable aún cuando pueda sostener prolongadas conversaciones con el intruso alucinado. Los psicóticos también pueden experimentar sabores y olores alucinatorios que frecuentemente acompañan a delirios de persecución, por ejemplo, dirá que sus enemigos que lo persiguen y lo quieren matar han soltado un gas venenoso en su habitación. Las alucinaciones visuales son relativamente raras en las psicosis funcionales, aunque son muy comunes en algunas psicosis orgánicas, como el delirium tremens, causado por el alcoholismo. Cuando aparecen en los trastornos funcionales toman la forma de "visiones" en las que dios o un santo le hacen alguna revelación al paciente.

c) Conducta emocional deformada

La conducta emocional de los psicóticos comúnmente está deformada, ya sea en forma de un embotamiento general de las respuestas emocionales (funcionales) o por muestras exageradas de melancolía, júbilo, miedo, huida o de conducta sexual.

En estos tres tipos de síntomas se puede apreciar la fijación a etapas tempranas, representan los fracasos del yo que regresa a las etapas arcaicas donde se encuentra la respuesta al vacío, donde no hay la posibilidad de evolucionar.

Desde el punto de vista de la psiquiatría hay nueve características básicas a toda psicosis:

- 1) Pueden ser agudas o crónicas.
- 2) Existen distorsiones o perturbaciones graves de la vida emocional.
- 3) Graves alteraciones del comportamiento.
- 4) Cambios de personalidad.

- 5) Autocrítica muy deficiente.
- 6) Pérdida del contacto con la realidad.
- 7) Falta de orientación.
- 8) Presencia de ideas delirantes y frecuentemente de alucinaciones.
- 9) Perturbación de las funciones intelectuales.

Una psicosis orgánica es un trastorno resultante de una lesión irreversible causada en el Sistema Nervioso por enfermedad o por lesión corporal, o bien, puede ser el resultado de un estado reversible como el de una desnutrición, una deficiencia glandular, algunas infecciones y algunos estados químicos que todavía no se conocen bien.

Una psicosis funcional, por otra parte, tiene como causa primordialmente factores psicológicos. Los trastornos que tienen como causa un daño nervioso tienden a ser permanentes, pero la mayoría de las psicosis funcionales si reciben tratamiento psicológico y en ocasiones psiquiátrico adecuado y oportuno pueden curarse. Todavía no se sabe con exactitud si se producen cambios orgánicos durante los trastornos funcionales, lo cual se debe en parte a que las actuales técnicas de laboratorio no permiten cambios neurológicos minúsculos, lo único que se puede saber hasta ahora es que en estas psicosis funcionales no se descubren cambios estructurales observables.

Como se pudo observar a lo largo de esta sección dedicada a la psicosis, el individuo que la padece tiene una identidad desestructurada, desintegrada ya que no se reconoce a sí mismo y vive en el mundo de la fantasía, hay una ruptura con la realidad y su vida se rige exclusivamente por los instintos que es lo único que logró consolidar. El individuo es incapaz de contactar consigo mismo y por lo tanto con el resto del mundo. Su yo es un yo consolidado en la patología.

La psicosis es una enfermedad mental que incapacita al sujeto y que debido al mundo fantástico en el que vive es muy difícil de que los otros lo entiendan y, por lo tanto, lo ayuden.

En la psicosis hay una creencia de marcos de referencia en la realidad interna y externa del sujeto, por lo tanto, hay un desajuste en su entorno. Los pocos marcos de referencia que existen los lleva a cabo el ello, por la ausencia del yo y del superyó, sólo existe la necesidad, no hay una meta definida ni una imagen de objeto.

En la psicosis no existe un concepto claro de la mismidad del individuo, ya que se vive a la identidad como escindida.

Hasta aquí se han revisado los diferentes tipos de patología en la identidad y cómo estos repercuten en el individuo.

En el siguiente capítulo se revisará la práctica psicoterapéutica en función de las diferentes patologías de la identidad.

CAPITULO 5

IDENTIDAD Y SALUD MENTAL

¿Y donde se podía encontrar al ATMAN?

¿Dónde habitaba? ¿Dónde latía su corazón

eterno? ¿Dónde sino en el propio yo, en el

interior , en lo indestructible que cada

uno lleva dentro de sí?

Hermann Hesse (Siddharta)-

CAPITULO 5

IDENTIDAD Y SALUD MENTAL

Este último capítulo pretende hacer una recapitulación de lo revisado en los cuatro capítulos previos, donde se podrán observar y denotar las características de una identidad bien integrada, así como las de una identidad integrada deficientemente, por ende se abordarán las consecuencias de uno y otro caso en la vida del individuo.

Como ya se revisó en el capítulo 4 dedicado a la psicopatología de la identidad, la salud mental es un término inherente al concepto de patología. La salud mental en términos generales se da como una consecuencia del autoconocimiento y de la consciencia de la realidad interna y externa del yo, al hablar de realidad interna se quiere decir que es la forma en que el yo se conoce o desconoce a sí mismo y la realidad externa es aquella a la cual el yo emite sus respuestas como un resultado de sus propios procesos; de manera que hay cupo para la identidad bien integrada, dado que en ambas realidades no existe una distorsión y las respuestas que el Yo emite son adecuadas al entorno. Se puede entonces decir que la identidad bien integrada es igual a salud mental.

Desde que un individuo nace, su tendencia psíquica (del Yo principalmente) es la consolidación, en la salud o en la patología, pero se busca consolidarse al fin. La identidad se interpreta como el resultado del esfuerzo del Yo para consolidarse. La identidad es pues, una realidad psíquica del Yo, la cual se incorpora con la realidad orgánica o corporal del individuo.

La identidad se puede manifestar gracias al lenguaje corporal del individuo, es así, mediante el cuerpo que se pueden expresar sentimientos, pensamientos e ideas y es mediante esta expresión que cada identidad se hace única y diferente. La identidad conjuga tanto lo psíquico como lo físico, por esto es que cada persona tiene una identidad que no se puede, no se pudo y no se podrá volver a repetir.

El mundo está poblado de individuos con identidad propia, algunos tendrán una identidad bien integrada y otros desafortunadamente no; sin embargo,

cada identidad tiene sus propias características inherentes a sus realidades psíquicas y físicas.

Como especie nos diferenciamos de los demás seres que habitan el planeta, hemos evolucionado a formas que nos hacen muy diferentes de los reptiles o las aves por ejemplo. No obstante, a pesar de que como especie tenemos rasgos generales inconfundibles, existen también rasgos diferentes entre todos y cada uno de los individuos que formamos la especie humana. Los individuos con identidad casi idénticas entre sí, son los gemelos univitelinos, y se dice "casi" porque si bien por fuera son idénticos, es decir, su físicos es igual uno al otro, por dentro, su realidad interna en muchos casos es completamente diferente.

Aquellos yoes que tomaron el camino de la consolidación en la patología se enfrentan a una identidad llena de áreas no resueltas. Estas, como ya se ha visto a lo largo del trabajo, surgen desde el nacimiento e incluso antes de que este suceda. Son los padres, principalmente, los portadores de dudas, temores y represiones que depositan inconscientemente en los hijos. Un yo sano es capaz de cristalizar una identidad bien integrada, por el contrario, un yo al que le fue imposible, dado su entorno llevar a cabo esto, es un yo que se desenvuelve por la vida deficientemente.

El yo sano es capaz de reconocerse a sí mismo, existe una congruencia entre sus pensamientos y sus actos, es decir, entre sus dos realidades: la interna y la externa, de modo que sus respuestas son adecuadas a su entorno. Este yo ha tomado el camino de la consolidación en la salud, por lo cual, logrará una identidad bien integrada.

El por qué unos yoes eligen el camino de la consolidación en la patología y otros en la salud, es verdaderamente un misterio, una incógnita que quizá nunca se pueda resolver, porque el ser humano y su conducta es difícil y complicado de entender. Mucho tiene que ver con el desarrollo infantil, las pautas de crianza, el entorno social y ambiental; pero hasta ahora no hay una sola respuesta a la que se le pueda otorgar toda la verdad. De aquí se desprende la idea de que al ser humano no se le puede tomar aisladamente ni separarlo en sus diferentes componentes, dado que funciona como un todo y lo que lo rodea también forma un todo que si se desbarata no daría una visión global de lo que es el hombre.

Cuando el yo se consolida en la patología se puede observar un predominio del Ello sobre el Yo en diferentes grados y medidas (base de las diferentes expresiones de la psicosis), o por otro lado, un predominio del Superyó exagerado sobre las demás instancias, lo cual se traduce en los diferentes tipos de neurosis.

Como se comentó anteriormente, el individuo con problemas de identidad, para evitar la burla, el sentimiento de menosprecio y el rechazo, se refugia en el aislamiento y se enfrenta a la soledad; se vive a sí mismo en la angustia, angustia porque sabe que está rodeado de muchos otros individuos y se ve incapaz de contactar y de involucrarse con ellos, por eso se hunde en la soledad. Su sentido de realidad se encuentra deteriorado, se vivencia a sí mismo como un ser antipático que inconscientemente teme proyectar en los demás esta y otras características negativas, es por eso que no se acerca a nadie, para evitar que los otros lo miren como se mira a sí mismo.

La salud mental requiere de cierta capacidad de insight para que el individuo pueda diferenciar entre una manera organizada de actuar y otra manera de actuar caótica, esto da pues, cierto nivel de disociación. La salud mental implica consistencia en la estructura aunque la acción se lleve a cabo en la desorganización. En otras palabras, el individuo debe ser capaz de decirse: "yo soy yo a pesar de todas las circunstancias adversas a las que me pueda enfrentar, yo soy yo en los momentos buenos como en los malos". Se ha hablado ya de la característica psicodinámica del Yo de poder integrarse y desintegrarse sin miedo a escindirse, a quedarse en la parte desintegrada o de colapsarse. Esto le da al Yo fuerza y consistencia interna que se traduce en salud mental.

"La salud psíquica -por poco preciso que resulte aún éste concepto, en el que entran puntos de vista no sólo médico-psicológicos sino también sociológicos, éticos, filosóficos- implica, sin duda, poder retomarse a uno mismo en medio de la dispersión, poder efectuar la síntesis peculiar que cada uno es, bajo la dirección de aquello que más plenamente acepta de sí. Resolver sanamente estos conflictos requiere un yo fuerte". (Ainsenson, 1982)

El yo que es capaz de integrarse después de pasar por una etapa estresante y dispersante tiene la base sólida de la salud. Esto se puede ver en los casos

cotidianos que nos rodean. Un individuo con una identidad integrada busca soluciones a las situaciones y problemas que se le presentan en el camino, estas soluciones provienen desde su propio yo, decide y elige lo mejor para sí mismo. En cambio, aquel individuo con una identidad deficiente no sabe qué hacer ante los problemas que se le presentan, busca afuera la respuesta, en los demás, vive esperando que los otros le resuelvan la vida, nunca se da cuenta de que la fuente de sus respuestas se encuentra en sí mismo.

Como puede observarse, la consolidación en la patología trae al individuo dudas, temores, inseguridad, sentimientos de menosprecio y baja autoestima. Se trata de un individuo con sentimientos de extrañeza ante sí mismo, se siente incapaz de alcanzar metas y siente que los demás no se interesan en lo que él haga o deje de hacer. Tiene miedo porque se siente "invisible", yo lo llamaría el síndrome del hombre invisible, en donde el individuo al carecer de una identidad, pasa inadvertido en donde quiera que esté, lo cual lo hace que acabe aislándose para evitar sentirse menospreciado y devaluado.

Los problemas de identidad traen múltiples y diferentes consecuencias a la vida del individuo, tanto en su relación consigo mismo como con los demás que le rodean.

Uno de los temores más grandes que puede vivir un individuo con una identidad tambaleante es la amenaza de llegar a perder lo poco que tiene de identidad si se relaciona con las personas, de ahí que se refugie en la soledad y el aislamiento. Cuando su sentido de identidad es fluctuante, el sujeto sólo adquiere su sentido de identidad en función de los que lo rodean, es decir, son los demás los que le dan sentido a su vida, los que lo hacen sentir vivo y real. Su sentido de la realidad se encuentra distorsionado, depende completamente de los demás, es por eso que cuando se siente ignorado se vive a sí mismo como "nada o nadie".

Según Ainsenson (1982) "la plena expresión de los aspectos centrales y auténticamente propios de un sujeto, sean conscientes, preconscientes o inconscientes, supone una adaptación biológica y social en el sentido más amplio, porque el hombre está hecho precisamente para realizar sus posibilidades humanas, en su ámbito natural e interpersonal, y sólo el predominio de necesidades egocéntricas podría romper esta armonía".

De alguna manera, esta autora considera como característica inherente al hombre la realización de sus posibilidades como ser humano, no sólo con él mismo, sino con los que le rodean y para esto es necesario que exista en él una realidad interna y una externa que le permitan adaptarse y responder a su entorno. Cuando el individuo se ha encaminado hacia la patología, para evitar todo lo que anteriormente se ha mencionado como el sentimiento de menosprecio o rechazo, se encierra en sí mismo y entonces se convierte en un individuo egocéntrico, incapaz ahora de llevar a cabo su tarea como hombre que es la de relacionarse con los demás. Aparentemente no los necesita porque se tiene a sí mismo, pero sabe que eso no es cierto, ya que se aleja de los otros para no sentirse menos y no con el fin de reflexionar y de estar con él mismo. Aparentemente no necesita de los demás y se escuda bajo la apariencia de autosuficiencia, que en realidad podría ocultar su temor de que lo conozcan tal y como es y como su sentido de realidad no es "real" (vélgase la redundancia) se ve peor de lo que realmente es y por esta razón prefiere que nadie se le acerque.

Otra de las facetas revisadas en capítulos anteriores de la identidad mal integrada y que es opuesta al aislamiento, es la característica de que el individuo adquiere los rasgos de aquella persona a la que está ligado emocionalmente. Aquí el individuo se convierte en un reflejo del otro sin características propias y por ende, sin identidad. En este caso, el individuo admira profundamente a la otra persona y se identifica con ella plenamente de una forma exagerada, ya que la persona puede comenzar a vestirse y arreglarse como ella, adquirir sus gestos, su tono de voz y hacer los mismos ademanes al hablar, esto se debe quizá a que la otra persona con la que se identifica es su persona ideal, aquella que ha alcanzado todo lo que quisiera alcanzar y tiene todas las características que quisiera poseer. Esto se da porque él no se atreve a arriesgarse, y en vez de eso se mantiene alejado en un lugar pasivo que le evita el poderse enfrentar al fracaso, por eso pretende adoptar la personalidad o identidad de la otra persona. Como ya se ha visto, esto es muy común en la adolescencia, en donde se imita a estrella de la música o del espectáculo, a algún maestro o profesor con quien comparte los mismos ideales, sin embargo, pasada esta etapa del desarrollo, el individuo debe tener la capacidad por luchar internamente y buscar su verdadera identidad, la cual se conformará con todas las identificaciones e introyecciones que el individuo ha llevado a cabo desde etapas muy tempranas en su desarrollo. Si esto de identificarse y adoptar los rasgos de otra persona se lleva a

cabo en la juventud tardía (donde la identidad se encuentra en cierta forma ya bien afianzada), el individuo se está encaminando hacia una identidad deficiente dado que nunca será él mismo, sino el reflejo de otra persona. Es un individuo que no ha logrado resolver satisfactoriamente todas sus etapas previas y por lo tanto, su identidad estará llena de áreas sin resolver.

La identidad negativa se da como una consecuencia de la incapacidad del sujeto para adaptarse al desarrollo del Yo. El desarrollo del Yo en sí es deficiente y lleno de carencias que no le permiten sentar las bases para una estructuración fuerte y sólida que le permitan llegar a una identidad bien integrada. Ya que como se ha visto la identidad es completamente un logro del Yo.

Cuando existen fallas en la identidad, el individuo es incapaz de estar a solas consigo mismo, lo cual puede parecer una contradicción puesto que se busca el aislamiento, pero no para que el sujeto reflexione acerca de lo que le sucede o piensa, sino para evitar un contacto que siente como amenaza para su propia identidad, puesto que siente que la puede perder en cualquier momento, lo cual se traduce en ocasiones como "siento que puedo volverme loco", el individuo tiene miedo de perder el control de su situación y antes que sentir que la presencia de otro lo amenaza y que puede perder su identidad, se aleja y al mismo tiempo tiene miedo de estar a solas consigo mismo.

Es por esto que una buena identidad es la base para poder llevar a cabo relaciones interpersonales satisfactorias.

Si el sujeto no ha logrado conocerse y no se acepta a sí mismo, cómo puede entonces esperar contactar con otro ser humano.

La identidad permite a los individuos establecer relaciones interpersonales satisfactorias. La identidad permite llegar a la intimidad.

"Jung ve la plena salud psíquica como equivalente de la individuación. Es necesario diferenciarse a uno mismo del inconsciente colectivo, esas imágenes que igualan a los individuos entre sí, y alcanzar el "punto central" de la personalidad, aquel "indescriptible algo entre contrastes". De este modo, está el sujeto unido a sus propios actos y se torna capaz de asumir la responsabilidad por ellos. El hombre sano puede decir: Ese soy yo y así obro". (op. cit. Ainsenson, 1982)

En otras palabras, se observa que el individuo con un identidad bien integrada es capaz de reconocerse conciente y conscientemente (o cognoscitiva y emocionalmente). De modo que puede decir "Yo soy yo y nadie más".

Para definir más ampliamente lo que el concepto cognoscitivo significa, Herrasti (1994), lo define de la siguiente manera: "Cognición (Estructura cognitiva): Es la manera en que se organizan, en primera instancia y a partir de una lógica interna las vivencias; las sensaciones; las percepciones; las emociones; los conocimientos; las imágenes y los pensamientos, para darle forma a la representación que el YO hace de su propia realidad, ante sí mismo y frente al mundo que le rodea. Este proceso, por demás autónomo, tiene relación estrecha con la forma en que el yo se ve a sí mismo como con el modo en que se ve o interpreta de manera directa, el propio entorno.

Por lo tanto, la cognición precipita, da forma y es la antesala interna de toda conducta que se exhibe".

Es decir, la estructura cognitiva es aquella con la que cuenta el Yo para conocer de manera objetiva lo que piensa, siente, ve y vivencia. Interviene la lógica y el razonamiento para que se pueda entonces dar una conducta o respuesta.

Sin embargo, la identidad es más conciente que conciente. La identidad al residir en el Yo se vive y se siente más con los sentidos que con la lógica pensante, aunque también ésta última forma parte de la identidad.

La identidad permite un conocimiento no conceptual sino más bien emocional y afectivo de nuestra íntima singularidad, de nuestra especificidad y de nuestra unidad y continuidad temporal.

La identidad pues, se compone por diversas partes que se encuentran organizadas en un todo, que hace el efecto de unidad, con características propias que la distinguen de todas las demás identidades.

Como se ha revisado, la identidad se va conformando desde antes que el individuo nazca y se va alcanzando por medio de etapas (epigénesis), en donde cada etapa tiene su función particular para formar el rompecabezas de la identidad, cada etapa es una pieza importante que si no se cumple deja un hueco imposible de llenar

por otra etapa y que además imposibilita a las etapas subsecuentes, dado que no se cuenta con la información necesaria para llegar al total alcanzamiento de una identidad bien integrada.

Cuando el Yo no logra cumplir con las etapas del desarrollo necesarias para llegar a ser un Yo consolidado en la salud, su respuesta instintiva es regresar a aquella etapa que si realizó, y por lo general, se trata de etapas muy arcaicas y primitivas que incapacitan al Yo permanentemente dado que el desarrollo físico y cronológico no se detiene.

De acuerdo con Ainsenson (1982) "el sí-mismo no se limita, por cierto, al plano de lo racional, incluye además, la capacidad empática de vincularse con planos profundos del otro (la "mirada imaginaria"), la capacidad de participar en un clima emocional grupal (la "tensión dramática"), la capacidad de sumergirse con un todo (aunque, en última instancia, el sí-mismo se rescate siempre como entidad individual)".

Expresado en otros términos, el individuo que posee una identidad bien integrada es capaz de relacionarse con la gente que la rodea y no con el fin de librarse de la soledad o el aislamiento, sino para compartir sus propios puntos de vista y asimismo, escuchar los puntos de vista ajenos. Es capaz de respetar aquellos con los que está en desacuerdo y en ningún momento tiene miedo de perderse o confundirse con la multitud.

Esto es posible porque al alcanzar una identidad se alcanza igualmente seguridad en sí mismo y seguridad de ser la misma persona en el futuro, de sentir y de actuar como ahora espera hacerlo.

La identidad da individualidad. Permite a cada ser humano vivirse como único e irrepetible a través del tiempo y del espacio, en un devenir que es ontológico y a la vez social.

Una persona con identidad se ve a sí misma como separada de los demás, con una personalidad propia y características que sabe son irrepetibles y así se ve como distinta de todos los demás.

La identidad es ese núcleo íntimo que cada ser humano posee y que le permite diferenciarse del resto del mundo. Esto tiene su origen como ya se revisó, en las etapas tempranas en donde el niño se ve como un ser separado de su madre y donde sabe que ella es un ser con sus propias necesidades y deseos. El niño aprende a diferenciar su yo de su no-yo y para llegar a esto debe resolver el duelo que surge cuando él se empieza a vivir como un ser separado de su madre, quien es para él su fuente de toda satisfacción interna y externa. Esta etapa es muy difícil de llevar a cabo para el bebé y si logra superarla su salud mental está en gran parte asegurada.

La identidad proporciona al individuo confianza en sí mismo para mantener la unidad y la continuidad interior.

El individuo que logra una identidad bien integrada desea convertirse en una persona madura, independiente, capaz de llegar a ser él mismo creándose y trascendiéndose.

Aquella frase que dice "cada quien es el arquitecto de su propio destino" es de gran validez en función de la identidad. Aquel que posee una identidad consolidada en la salud, tiene todas las bases para realizar aquello que quiera lograr, que forcejea y lucha por conquistar las cimas que quiere ascender y que si en uno de esos intentos cae, sabe levantarse y tomarlo como experiencia para el futuro. En muchas ocasiones puede encontrarse con grandes obstáculos que se interponen entre él y su meta, sin embargo, no pierde el ánimo y sabe que lo logrará tarde o temprano. Si este individuo se deja llevar por comentarios negativos y pesimistas es posible que llegue a desistir de sus intentos y se estanque. Si esto sucede, su identidad no está bien consolidada y hay que luchar por consolidarla.

En el caso contrario, cuando el individuo posee una identidad consolidada en la patología, carece de bases, de información, de dirección, se deja llevar por la multitud sin saber realmente lo que persigue, no sabe su rumbo, ni qué quiere. Se confunde con las multitudes porque no tiene la capacidad de trazarse un camino.

Cuando áreas sin resolver en la identidad, carencias difíciles de llenar, el sujeto se siente culpable y ambivalente, vive en un mundo subjetivo y de fantasía dado que es el único mundo que le proporciona satisfacciones. Se siente desilusionado de sí mismo, de la vida y en general de todo lo que lo rodea. Carece de metas, de objetivos. Siente rechazo y odio por aquellos que no lo comprenden.

Adquiere el papel de víctima carente de ambiciones. Es una persona que se relaciona superficialmente con las demás personas ya que no tiene confianza ni en sí mismo.

La máxima de Sócrates "Conócete a ti mismo" es de fundamental importancia para que la persona puede llegar entonces a conocer a los demás. Los demás se acercan cuando pueden distinguir al individuo y diferenciarlo del resto, de lo contrario lo perciben como "uno del montón", sin características propias que le ayuden a relacionarse.

Cuando hay carencias en la identidad, la persona pone una barrera, un distanciamiento emocional con respecto de sí mismo y de los demás, no permite que se acerquen aunque internamente está pidiendo a gritos el contacto con la gente. Se autocompadece y se dice a sí mismo que no necesita de los otros, que no le hacen falta y se envuelve de una fingida indiferencia, lo cual le hace sentirse peor al ver que efectivamente los demás no se acercan y esto se vuelve un círculo vicioso.

La identidad no resuelta da como resultado una incapacidad para establecer vínculos interpersonales.

Por el contrario, un individuo sano física y mentalmente es poseedor de una identidad personal y por ende, tiene un propósito de vida.

La persona al saber quién es, sabe qué quiere, existe un conocimiento inherente a la identidad de autosuficiencia y convivencia.

Como ya se ha visto, la identidad es un continuo que empieza con la gestación de cada ser humano y que culmina con la muerte. Es un proceso cambiante que se encuentra a lo largo del ciclo vital.

El sentido de identidad depende tanto de la realidad interna como externa del sujeto. así como también de una serie de factores sociales que bien pueden facilitar este sentido o bien, obstaculizarlo.

La identidad provoca la sensación experienciada de singularidad dentro del grupo. El sujeto con una identidad bien integrada es capaz de convivir con otro grupo de sujetos y darse cuenta de que no importa el número de gente que le rodea puesto que él es capaz de diferenciarse de ellos y no confundirse con ninguno y por ello los demás pueden tomarlo como un individuo diferente de los otros.

La identidad le da a cada ser humano la certeza de que él es él en todo lugar y momento, en todo espacio y tiempo.

Según Ainsenson (1982) "Un comportamiento sano significa, en verdad, dos cosas, por una parte, autodirección, o sea, la existencia en la personalidad de un núcleo unitario definido, o sea, un fuerte sí-mismo como relación al cual se da, en último término, el sentido total de ese comportamiento, por otra parte, espontaneidad, posibilidad de un libre funcionamiento psicológico a distintos niveles, logrado mediante la flexibilidad y el equilibrio del yo, un yo que, aún centrado en la tarea de adaptación, no cierra paso a la expansión plena de la individualidad".

De acuerdo con esta autora, "un yo fuerte es el que facilita instrumentalmente la más entera realización y expresión del sí-mismo; es un yo "transparente", dócil a las exigencias de este último y, a la vez, eficaz en sus funciones de mediación con el mundo externo, tanto en su faceta activa, eferente, de respuesta a los estímulos, como en su faceta aferente, perceptiva". (Ibid)

Cuando hay identidad existe en el individuo la capacidad de regirse a sí mismo, de autocontrolarse, dado que conoce cuáles son sus propios límites y sus características las tiene bien definidas; este autoconocimiento le permite expresarse libremente para consigo mismo y para con los demás, sin temores y sin dudas, lo cual es posible si se ha consolidado en la salud y ha logrado alcanzar una madurez yoica.

Como se ha mencionado, la identidad depende y es lograda por el yo. El yo para poder llevar a cabo una tarea de tal magnitud, debe ser fuerte y saber ser flexible, integrarse y desintegrarse sin temor al colapso. El yo debe ser capaz de canalizar las pulsiones instintivas eficazmente, de modo que el individuo encuentre satisfactores sustitutos (o sublimatorios en términos freudianos) y no llegue a la frustración o a la angustia. Dado que el Ello es el encargado de las pulsiones y los instintos y su meta principal es satisfacer sus deseos sin importar el precio, el Yo debe estar capacitado para ejercer su función de mediador entre el Ello y el Superyó, y encontrar un punto en donde el instinto se tamice y encuentre una satisfacción "adecuada". Para que el yo lleve a cabo esta tarea debe ser capaz de reconocer su

realidad interna y su realidad externa para evitar las respuestas emergentes y desesperadas.

La identidad tiene la facultad de proveer al individuo la capacidad de establecer relaciones maduras y responsables. Se puede observar que las relaciones interpersonales son el reflejo de las relaciones objetales que el individuo vive en su infancia con los objetos representativos de su entorno, principalmente la madre.

Todo ser humano es gregario por naturaleza y principalmente busca contactar con los demás seres humanos que se encuentran a su alrededor, y sólo si su identidad está bien integrada podrá lograrlo satisfactoriamente, ya que la identidad hace que el individuo acepte a los demás. conviva con ellos sin miedo a expresar sus sentimientos y pensamientos. El sujeto vivencia su unicidad y al mismo tiempo respeta la de los otros junto con sus ideas y sentimientos que bien pueden diferir de las suyas.

En la relación amorosa, más íntima que toda persona busca, la identidad de uno se amolda a la del otro sin por esto perderse o confundirse. La relación de pareja es la única que permite a dos seres individuales identificarse como una sola persona. Esto es muy similar a lo que la madre vive con su hijo cuando aún lo tiene en el vientre, se observan dos seres separados por una delgada membrana y que al mismo tiempo son uno solo. Inconscientemente eso es lo que todos buscamos, el volver a vivir esa relación temprana.

Para resumir y finalizar, se puede observar que la identidad es fuerza de poder: poder ser uno mismo, poder diferenciarse de los demás, poder encontrar su propio camino, poder sobresalir, poder ser uno en todo espacio y tiempo, poder realizar vínculos interpersonales, poder encontrar a esa otra identidad que nos está buscando para ser dos en uno.

En conclusión, la salud mental es sinónimo de identidad.

DISCUSSION

DISCUSION

En este capítulo se confrontarán las diferentes teorías y postulaciones de los autores revisados, una vez que el concepto de identidad se ha aclarado a lo largo de este trabajo de tesis.

Como se pudo observar, son numerosos los autores que de una u otra forma abordan el concepto de identidad en sus obras, siendo influenciados por las diferentes corrientes a las que pertenecen. Mientras algunos puntos de vista concuerda o se asemejan, otros resultan opuestos y algunos más se complementan.

Prácticamente desde el inicio de la humanidad es que surgió en el hombre una preocupación acerca de sí mismo y con el devenir de la humanidad se desarrollaron poco a poco ideas y algunas de estas ideas se convirtieron en teorías y postulados que ahora se ve que forman parte del concepto de identidad.

Una gran cantidad de las teorías modernas o contemporáneas tienen su origen en la época de los grandes pensadores griegos, es por esta razón que se da una breve exposición de algunas de estas doctrinas con el fin de comprender a las teorías actuales que tratan acerca de la identidad del hombre.

En aquel entonces se planteaba al hombre como una unidad inmóvil y Parsénides, quien aborda por primera vez al ser, lo describe como la unión de mente y ser o cuerpo. Este filósofo de alguna manera aborda lo que mucho tiempo después abordan la gran mayoría de los autores aquí revisados, como Grinberg, Díaz Conty, Rogers, Berry y Cramer, Allport, Erikson, entre otros.

Protágoras considera que cada persona siente, actúa y experimenta el mundo de diferente manera de acuerdo a sí mismo, lo cual se observa ahora como una idea congruente con los estudios que se han llevado a cabo y que consideran al hombre como un ser bio-psico-social y que dependiendo del desarrollo e influencia de cada una de estas esferas es que el individuo vivenciará y experimentará el mundo de un modo completamente diferente a cada uno de los demás seres que le rodean.

Se dan además otras ideologías que con el tiempo se llegaron a comprobar y que resultan ser las bases de métodos como la introspección, por ejemplo, Sócrates con su máxima "Conócete a tí mismo", da la pauta para pensar en el pensar (válgase la redundancia) acerca de uno mismo, mediante dicha reflexión es que el hombre se ve a sí mismo como hombre-especie y como hombre-individuo. Al conocerse a uno mismo se abren las puertas del entendimiento universal del hombre puesto que así el individuo se atreve a "bucear" en el océano de su identidad.

Algunos filósofos como Aristóteles le dan una importancia extrema a cualidades aisladas del hombre, en este caso, a la razón, ideas que más tarde retoma Descartes al afirmar "Pienso, luego existo", frase que sin dejar de ser cierta, abarca sólo una posibilidad: si el ser no piensa no existe. El existir es mucho más que la cualidad pensante del ser, mucho más que la parte racional y lógica, el existir involucra igualmente la parte emotiva, cognoscitiva, consciente del ser, que le permite palpase como tal.

Si bien muchas de las teorías contribuyen al estudio del hombre, muchas lo obstaculizan al darle por ejemplo a un ser divino toda la dirección del destino de cada ser humano, aquí el individuo no tiene opciones y debe seguir el sendero señalado, no importa el potencial del individuo, ni se toma en cuenta el ambiente emocional y social que lo rodea. Sin embargo, dichas teorías surgieron ante el desplome de sistemas que habían durado milenios, por lo que es lógico, una vez situándose en el momento histórico, comprender su visión del hombre. ¿Cómo podían creer en el potencial del individuo cuando todo a su alrededor se derrumbaba?

Marx tiene una visión diferente del hombre, lo ve como algo más que un ser objetivo y le otorga cualidades como lo espiritual y lo sensible, asimismo, lo ve como un ser con capacidades para transformar y crear, lo cual resume a grosso modo el pensamiento de los psicólogos humanistas: El hombre es un ser con capacidad para resolver sus problemas y con potencialidades que hay que rescatarle para que pueda salir adelante.

Así como hay ideologías racionales, o centradas en los atributos racionales y pensantes del individuo, existe también su contraparte: las teorías existencialistas. En estas teorías se aborda lo contrario de la capacidad racional, se le da una

cualidad subjetiva donde lo racional se deja a un lado, ya que la existencia es algo que sólo se puede sentir y no explicar.

Como se ha visto, aquellos enfoques donde sólo se le da al individuo capacidades excluyentes, como por ejemplo la racionalidad en donde se excluye la emotividad y viceversa, resultan ser teoría unilaterales que fraccionan al ser humano y no lo ven como un todo conformado no sólo por estas dos características, sino por muchas otras que lo integran, ya que el hombre es un ser privilegiado que tiene el poder de desarrollar sus potencialidades de acuerdo a la identidad que posea.

Clark, quien da su punto de vista arqueológico, cree que el hombre necesita algo más que una explicación del hombre en términos de células, de conformación molecular o estructura ósea. El hombre necesita traspasar la barrera de lo biológico para explicar lo que da vida a ese cuerpo biológico con el que cuenta; se necesita buscar más allá de lo físico y lo mental para llegar al núcleo que cada uno de los seres humanos tenemos y que nos diferencia del resto, ese núcleo es la identidad.

Por otro lado, Fromm expone un punto de vista social del hombre cuando dice que la finalidad del individuo es amalgamarse con el grupo para evitar el sentimiento de soledad. Desde mi punto de vista, esto cabe en el individuo con una identidad integrada deficientemente, puesto que, el individuo con identidad lo menos que busca es confundirse con los demás, quiere que se le reconozca y busca su individualidad. Quizás dentro de una sociedad enajenante, donde la persona no tiene opciones y vive la vida sin vivirla, donde cree que es importante apresurarse para hacer algo, donde se tienen demasiadas presiones y preocupaciones, es posible que se llegue al extremo, a este estado de amalgamamiento que Fromm postula. Sin embargo, es importante ver que también busca pertenecer a un grupo, pero no para perderse en él, sino con el fin de convivir e intercambiar ideas y sentimientos.

Es cierto, por otra parte lo que dice a este respecto, igualdad significa identidad antes que unidad. El individuo que busca confundirse con el resto del grupo, prefiere que se le identifique como miembro del grupo X y no como a un ser individual. La igualdad une a la gente, pero no se busca esto sino que la gente se una para que se les tome como iguales.

Fromm, por otra parte, opina que el Yo es de naturaleza invariable y que debe tener la capacidad de mantenerse igual en cualquier situación y circunstancia, ya que la identidad reside en el Yo, por lo tanto, es importante que el Yo tenga una base sólida y que no se derrumbe con el paso del tiempo o con las experiencias de la vida, de lo contrario la identidad carecerá de estructura y se verá amenazada.

Esto tiene que ver con lo que autores como Mahler, Kernberg, Erikson, Blos y Cameron escriben acerca de la importancia que tiene el fortalecimiento del Yo, ya que se empieza a dar desde que el bebé nace y conforme se van desarrollando sus funciones cognoscitivas y perceptuales.

El bebé, según Klein, nace con una cantidad suficiente de Yo que se encarga de hacer tempranas identificaciones e introyecciones, es un Yo en proceso de formación que gracias a la intervención de la madre, a sus cuidados y cariño según Mahler es que se fomenta en el Yo del bebé una identificación total o parcial con la madre, por ser esta la fuente de toda la satisfacción de sus necesidades.

El niño debe entonces adquirir el sentimiento de confianza básica en sí mismo y en sus capacidades, así como de desarrollar su confianza hacia los demás, primeramente hacia sus padres. Esto lo llevará a asentar el sentimiento de identidad. Si por el contrario, de acuerdo con Erikson, se genera en el niño un sentimiento de desconfianza básica donde siente más angustia que seguridad, su identidad se verá fuertemente dañada y es probable que se encamine más hacia el lado de la patología que de la salud. En este punto coinciden autores como Mahler, Spitz, Winnicott, Klein, entre otros.

Ainsenson Kogan dice que la identidad es igual a una personalidad distintiva, individualizada, en donde el individuo puede fácilmente distinguirse del resto de la gente. Este sentimiento de autopercepción es más que nada instintivo, emotivo más que conceptual o racional, lo cual concuerda con lo que Herrasti piensa que es la identidad. Igualmente Freud, ve a la identidad como una consecuencia de la identificación temprana que el niño hace con su madre y el hecho de tener identidad permite al sujeto adquirir habilidades motoras como actitudes y convicciones, ideas y pensamientos.

Por otra parte, Grinberg dice que el sentimiento de identidad se debe al resultado de la interrelación entre los vínculos de integración espacial, temporal y

social. Que en otras palabras o términos lo han expresado otros autores como Erikson, Fromm, Mahler, Blos y Cameron. Esto es, que la identidad es la seguridad que tiene el individuo de que física y emocionalmente es distinto de todos los demás (vínculo espacial), lo cual da una imagen global de sí mismo y esta imagen permanece invariable a lo largo del tiempo, es decir, el individuo sabe que hoy y dentro de treinta años seguirá siendo él mismo a pesar de las diferentes situaciones que pueda vivenciar (vínculo temporal). Además esto permite al individuo relacionarse con las personas que están en su entorno, dichas relaciones se verán influenciadas por las introyecciones, identificaciones y proyecciones que el sujeto haya realizado en sus etapas tempranas de desarrollo (vínculo social).

Díaz Conty al igual que Fromm y Kernberg le otorga al Yo la responsabilidad de la identidad, es decir, es el Yo la estructura que da soporte a la identidad, se convierte pues, en el núcleo del sujeto, que lo hace ser único.

Allport igualmente piensa que la identidad es el núcleo de toda persona y la ve como un sistema flexible que algunas veces puede abarcar grandes áreas y otras veces puede dar la sensación de que se disminuye y se pierde entre las estructuras intrapsíquicas, esto según Herrasti es la capacidad del Yo para integrarse y desintegrarse sin temor al colapso o a la ruptura y es una característica del Yo funcional o sano.

Además Allport, al igual que Grinberg, Fromm, Mahler, Blos y Cameron da a la identidad la capacidad de ser la misma en todo espacio y tiempo.

La identidad da cabida a todas las características del individuo y es mediante la diferenciación de una características a otras que se pueden diferenciar los individuos.

El poder responder satisfactoriamente a la pregunta ¿Quién soy yo? Implica un triunfo a nivel estructural que da lugar a la madurez y por lo tanto, según Orlofsky, al establecimiento de relaciones interpersonales. Si el individuo no tiene claro quién es no puede contactar con los demás responsablemente.

Según Laing, los otros son los que nos otorgan la identidad, cada uno aprende a ser quién es porque los otros se han encargado de decirlo. Particularmente, esta postura parece a simple vista demasiado unilateral, dado que

ve al ser como consecuencia de los demás. Si bien es cierto que el ambiente social influye en la identidad de cada individuo, esto no es totalmente, de lo contrario el sujeto parecería una "hoja a merced del viento", esta postura tiene mucha semejanza con la visión de los filósofos estoicos, a diferencia de que aquellos le otorgaban a un ser divino toda la dirección de la vida del individuo, postura que ya se ha discutido y se ve que está enormemente influenciada por los tiempos que se vivían de derrumbe estructural. Sin embargo, el que se de una idea contemporáneamente como la que Laing plantea es difícil de aceptar cuando se ve que el individuo es un ser bio-psico-social y no exclusivamente social.

Por otro lado, la identidad pues, es un todo compuesto por muchas partes, una de estas es la identidad de género según Money y Ehrhardt quienes dicen que es alrededor de los dos años cuando el niño sabe que es un niño y la niña sabe que es una niña. Esta edad coincide con las posturas de Erikson y Dicarpio, en donde el niño comienza a manifestarse de acuerdo a su propio sexo en la infancia, donde el niño corteja a su madre y la niña seduce a su padre. Sólo cuando se ha establecido la identidad de género es que se da comienzo a la etapa preedípica y posteriormente a la edípica, de lo contrario, tanto el niño como la niña no podrían adoptar dichas actitudes. Con respecto a la identidad de género, también Berry y Cramer hablan de ella como un componente de la identidad global.

Grinberg es el único autor que hace referencia de los procesos de duelo para poder fortalecer a la identidad. Estos procesos de duelo se dan a lo largo del desarrollo conforme se va pasando de una etapa a otra. Es importante que se sepa renunciar a una etapa y no quererse estancar en ella sin avanzar por miedo a lo desconocido. Mucho de esto tiene que ver con las patologías y sus diferentes niveles, en donde queda en el individuo un constante sentimiento de nostalgia, hacia lo que ya se ha perdido y que no se puede volver a recuperar.

Por otro lado, Layton y Siegler también otorgan a la identidad la cualidad global que otros autores ya mencionados le dan. Esto le permite al individuo percibirse en sus diferentes facetas como ser humanos, es decir, en sus facetas laboral, mental, amistosa, psicológica, amorosa, entre otras.

Fromm quien hace referencia de la tendencia hacia la confusión en las masas y a la no individualidad, parece olvidar que en la identidad cuando observa

denominadores comunes y se dan identificaciones de tipo general, se puede dar la llamada identidad social, sin embargo, siempre existe de fondo un factor individual. Esto como ya se ha visto, entre personas con identidades bien integradas.

Autores como Erikson, Freud, Mahler, Blos, Cameron, dividen al desarrollo del hombre en etapas y todos coinciden con etapas preedípicas, edípicas, de latencia y genitales. Esto se debe al común denominador entre todos ellos: la corriente psicoanalítica. Erikson es quien llama a las etapas bajo nombres como infancia temprana, niñez, adolescencia y juventud. Sin embargo, se puede observar en el fondo que son teorías semejantes y complementarias, importantes para el entendimiento del desarrollo humano.

La adolescencia, según Horney, Erikson y Blos, parece ser la etapa crucial del individuo. Si logró realizar satisfactoriamente todas sus identificaciones, introyecciones y proyecciones y llevó a cabo sus duelos psíquicos de modo que no hay lugar para la nostalgia, es casi seguro que el individuo va por el camino hacia la identidad bien integrada.

Sin embargo Klein le otorga el carácter de etapa decisiva en el desarrollo del Yo, a una etapa mucho más temprana: la resolución de la etapa esquizo-paranoide para poder pasar a la posición depresiva. Si el individuo, el Yo no fue capaz de resolverla, sus mecanismos e impulsos serán más de tipo psicótico que neurótico, y en la adolescencia al comprobar que se carece de estructura interna, el Yo se desmorona y cae en una regresión y se queda fijado en aquella etapa arcaica, en la que se quedó atrapado. Esto último explicado psicodinámicamente, no obstante, se puede corroborar en cualquier tratado de psiquiatría que es en la adolescencia cuando se dan o se manifiestan muchas de las enfermedades psicóticas graves, como la esquizofrenia, la paranoia o la manía.

La adolescencia es además una etapa en la que cada individuo comienza a hacer sus "pininos" respecto a las relaciones con el sexo opuesto. El adolescente se aventura a formar vínculos lejos de sus objetos primarios (sus padres) para así sentar las bases de las relaciones heterosexuales maduras.

Cuando la persona tiene problemas con su identidad todas y cada una de sus relaciones interpersonales amenazarán con la pérdida de su identidad.

Son varios los autores que piensan que el joven que no se siente preparado para convivir con los demás, para intimar y relacionarse tiende a aislarse y se refugia en las fantasías y en la intelectualización, por ejemplo, Blos, Aberastury, Knobel y Coleman.

Powel y Blos hablan de la identificación que un individuo hace de otro, cuando quiere parecerse lo más posible a él, tanto física como mentalmente. Esto es completamente normal entre los adolescentes y si esto se da en un sujeto que ya se encuentra en etapas posteriores a la adolescencia, entonces se podrá observar una identidad llena de huecos y carencias.

Laing describe a este tipo de personas con disturbios en la formación de su identidad como individuos que se sienten más muertos que vivos, más irreales que reales, puesto que no se pueden diferenciar a sí mismos del resto del mundo. Además son personas que pueden sentir que su Yo está parcialmente divorciado de su cuerpo.

De aquí se desprende el ver que la identidad reside en el Yo (como lo dicen Fromm, Kernberg, Díaz Conty, entre otros) es un todo compuesto por varias partes (como lo menciona Rogers, Layton y Siegler), Yo que no nada más abarca el área física, sino la mental y la emocional al mismo tiempo.

Schutz afirma que todos los individuos tienen necesidad de inclusión (o pertenencia social), de control (o de reconocimiento) y de afecto, y que el individuo que logró equilibrar estas tres necesidades es porque ha llegado a integrar su identidad satisfactoriamente, esto se complementa a lo ya mencionado por autores como Fromm, Mahler, Grinberg, Erikson, Blos y Cameron.

Igualmente tanto Schutz como Erikson, Mahler, Winnicott y Klein, otorgan gran importancia a que el individuo resuelva sus etapas de la niñez, lo que le dará una garantía de salud mental en el futuro.

Tanto Winnicott con su self falso como Schutz con su necesidad de afecto explican la necesidad que todo individuo tiene por despertar simpatía, aunque hay que hacer la distinción entre ambas ideas. Al parecer es natural que toda persona tenga la necesidad de que los demás la acepten y le demuestren afecto, según lo citado por Schutz, y si esta necesidad se empieza a hacer obsesión y se cae en el

extremo, el individuo estará desarrollando un self falso, en donde hará todo lo posible por caer bien a los demás, por halagarlos, anteponiendo los deseos ajenos a los suyos propios. Con esto vemos que estas ideas se complementan.

Horney da una explicación amplia y completa acerca de la neurosis y para ella es importante conocer el marco cultural que rodea a una persona para poder llamarla neurótica. Laing, como ya se vió, da al contexto social una importancia extrema para la formación de la identidad más que dotar al individuo de individualidad para alcanzar su identidad. Desde mi punto de vista particular, la teoría de Horney abarca la propuesta de Laing, ya que si un individuo se deja llevar por lo que los otros le dicen y adopta su identidad de acuerdo a las características que los demás le otorgan, cae dentro del lado negativo o mal integrado de la identidad, ya que se convierte en una persona inflexible para o ante sí misma y sigue un patrón determinado, el camino que los otros han trazado para que lo siga. Esto sería mucho lo que Horney llama neurosis.

Fromm al hablar del amor dice que dos individuos se hacen uno, sin perder cada uno su identidad y Horney dice que el individuo neurótico tiene problemas en su expresión y forma de recibir el afecto, aquí se preocupa más de lo que el otro le pueda ofrecer y dar el otro que por lo que él mismo de. Su amor está en función de la oferta del otro y de su propia demanda, no le interesa lo que el otro quiera o anhele. Esto es lo contrario al amor maduro que propone Fromm y ambos autores se complementan de esta manera.

Autores como Mahler, Winnicott, Klein y Kernberg dan, como ya se ha visto, una gran importancia a los vínculos primarios y a la etapa temprana de relación del niño con su madre, donde se dan los inicios de una relación interpersonal, cuando el bebé finalmente se da cuenta de que su madre no es él, sino un ser separado y entonces se relaciona con ella como tal.

Cuando una persona no tiene resuelta su identidad difícilmente logrará establecer contacto con los demás, esto ya lo ha dicho Orlofsky y mucho tiempo atrás Sócrates se dió cuenta de lo importante que es para todo ser humano el conocerse.

Fromm al hablar del deseo de fusionarse con las masas, con los otros, con la sociedad que lo rodea, expresa al individuo neurótico de Horney quien busca fusionarse con los demás y liberarse de su Yo individual.

Tanto para Rogers como para Ainsenson Kogan, el sí mismo es la unidad, el núcleo del individuo donde hay una estructura y flexibilidad funcional que le permite al individuo vivirse como único y diferente.

Esto como ya se ha visto, tanto Klein como Horney y Herrasti lo denominan salud mental, en donde el Yo tiene la capacidad de mantenerse intacto a pesar de las circunstancias externas que se presenten.

Se ha visto pues, a lo largo de este capítulo, las diferentes aportaciones de los autores revisados, así como las diferencias, similitudes y complementos que se hacen unos con otros en función de la identidad.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

A lo largo del trabajo se ha podido observar a la identidad desde los varios puntos de vista dados por los diferentes autores.

Este trabajo no pretende constituir de ninguna manera la verdad absoluta sobre el concepto de identidad, ya que ésta presenta numerosos autores y corrientes que la estudian y por lo tanto, hacen más extenso su estudio y comprensión. El tema es bastante complejo y presenta una gran diversidad de ideas el estudio sobre el tema queda en manos de otros que se interesen en él para complementarlo y hacerlo más rico aún.

La identidad del hombre constituye su núcleo vital y fundamental que le permite llevar por la vida un rasgo distintivo que lo diferencia del resto de la gente.

A través de los capítulos que se desarrollaron durante este trabajo pude darme cuenta de lo importante que es para todo ser humano darse tiempo de reflexionar acerca de sí mismo como un ser único y diferente, con sus propios defectos y virtudes, que lo hacen irreplicable en todo tiempo y espacio.

La identidad es una cualidad inherente al individuo, quien aparte de formar un todo como especie, forma un todo consigo mismo entre los demás todos que le rodean. Es un ser individual antes que social, ya que es importante e indispensable que se vivencie a sí mismo antes de relacionarse con los otros, de esta manera es que podrá compartirse sin temor a confundirse y/o perderse con los demás.

Con esto no se quiere decir que el aspecto social carece de importancia. Como se ha visto desde que el individuo nace se ve rodeado de otras personas de las cuales hará sus identificaciones, introyecciones, proyecciones e internalizaciones, sin las cuales no llegaría a ser un individuo con identidad de ser humano. El entorno social enriquece al individuo y le permite desarrollarse y formarse. Sin embargo, lo que se quiere dar a entender es que es muy importante que aunque se encuentre rodeado de gente el individuo se viva a sí mismo como un ser individual antes que social, de lo contrario ¿cómo podría relacionarse con los otros si no se relaciona antes consigo mismo?

Actualmente se vive de prisa y con presiones que antes, hace algunas décadas no se vivían y es ahora, en medio de toda la turbulencia en que se vive, muy importante que se reflexione acerca de sí mismo, que se contacte con ese núcleo que a cada quien le pertenece y que es la identidad. Todo esto con el fin de reafirmarse ante sí mismo y decir con toda seguridad "Yo soy yo".

Se ha visto que el ambiente que rodea al individuo es importante y contribuye en gran medida al desarrollo de la identidad, sin embargo, es importante no caer en determinismos que incapaciten y despersonalicen al sujeto. Todos tenemos la oportunidad de cambiar si lo queremos.

El estudio de la identidad es vasto y satisfactorio. Deja en quien lo aborda un exquisito sabor de individualidad, de saber que no hay nadie como uno, ni lo hubo, ni lo habrá, y que es uno el principal responsable de su destino. El interés por la búsqueda ayuda a fortalecer la propia identidad.

Uno de los principales obstáculos es la gran variedad de textos y autores que abordan la identidad desde diferentes perspectivas y fue importante desde un principio delimitar el alcance del trabajo. Queda muchísimo material disponible que ampliaría el presente trabajo, por lo que se invita a la continuación del mismo.

La identidad en muchos casos deja a un lado su carácter de individual y toma numerosas formas dadas las diferentes disciplinas. Realicé un breve recorrido en el Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, buscando las tesis que trataran sobre identidad, y me pareció interesante encontrar el concepto en carreras tanto afines a la psicología, como son: la filosofía, sociología, ciencias políticas y sociales; así como en otras un poco más despegadas como: derecho, administración, diseño gráfico y química. Algunas de estas disciplinas pertenecen más al área humanista y por lo tanto hay un común interés por la identidad. Los títulos que se encontraron con más frecuencia unidos al concepto de identidad fueron: identidad institucional, identidad corporativa, identidad hotelera, identidad marítima, identidad del mexicano, identidad del mestizo, identidad del procesado, identidad visual para la industria; identidad de Hume, identidad y lenguaje del rock mexicano. Y dos tesis pertenecientes al área de la química una habla de la identidad del ácido pantoténico y la otra del genoma de varios tejidos de células. Sumando en total 95 tesis con relación a la identidad.

Con esto se quiso investigar qué otro significado tiene el concepto de identidad, en qué otras áreas, aparte de la psicología, se estudia y qué relación tienen con el individuo.

Se puede observar que el término identidad se utiliza indiscriminadamente y que tiene un significado confuso que se presta a utilizarlo como sinónimo de identificación.

Es por esto que el presente trabajo se hizo con el fin de encontrar un significado de identidad real para el individuo, se buscó saber su influencia directa sobre el individuo y qué características puede presentar.

Se buscó esclarecer el concepto partiendo desde los diferentes puntos de vista dados por los autores estudiados, y siguiendo su desarrollo a lo largo del ciclo vital del individuo.

Utilizar el término identidad indiscriminadamente se puede observar no sólo en la búsqueda bibliográfica, sino en la vida cotidiana que nos rodea. Se puede escuchar, por ejemplo a alguien en algún programa radiofónico o televisivo que menciona la palabra identidad ligándola con bebidas alcohólicas, o con problemas de migración y territorialidad. Sin embargo, al escucharlo así, el concepto de identidad suena hueco, se utiliza con el fin de que la palabra llegue al núcleo del individuo, a su inconsciente y lo sacuda, de modo que crea que si no consume dicho producto no tiene identidad, o que debe luchar en pro de determinado grupo social. Se sabe de antemano el impacto que la palabra por sí misma causa en la gente y se le explota. Sin embargo, esto es quizás motivo de otro tema de tesis, qué pasa con el impacto que la palabra identidad puede causar.

Ha sido difícil llegar a la culminación de este trabajo debido a que hay una gran variedad de textos que se quedan sin profundizar y porque en muchas ocasiones al tratar de responder una inquietud surgían muchas más que era difícil tratar de resolver.

Fue a lo largo de la recapitulación bibliográfica que se pudo observar la gran inquietud que el hombre siempre ha tenido acerca de sí mismo, de su naturaleza y sus características.

Autores como Parsénides, Sócrates y Platón, entre otros, pertenecientes a épocas ya muy lejanas sentaron las bases de lo que hoy se estudia como identidad.

Como ya se mencionó, la identidad es un proceso que comienza desde que el individuo es engendrado y que se desarrolla a lo largo de su ciclo vital. Es un proceso dinámico que involucra todas las esferas del ser humano. Este pasa por una serie de etapas en su desarrollo que varían de nombre de acuerdo al autor o la corriente y que cada una de estas etapas es muy importante para conseguir la plena realización del individuo. Es decir, es indispensable que el sujeto vivencie cada etapa en su momento y que sepa resolver el duelo correspondiente a cada etapa que se va dejando atrás para poder pasar a la siguiente etapa, esto le ayudará a seguir el camino de la salud mental. Asimismo, es importante que se vivencien todas las etapas sin querer estancarse en una sola, pues de esto se pueden desencadenar los diferentes niveles de patología.

Cada ser humano nace con un equipo biológico que junto con su estructura psíquica y su entorno social hacen de él un individuo único, diferente e irrepetible del resto de gente que lo rodea.

Desde que el bebé nace se somete a duras pruebas que lo ayudarán a conseguir su identidad y la salud mental, los cuidados y cariño de su principal objeto de amor: su madre, le ayudarán a desarrollarse plenamente como ser humano al otorgarle la confianza básica, componente primordial que lo ayudará a verse a sí mismo como un ser capaz de conseguir lo que se proponga y que lo hará ser independiente del resto de la gente.

Todo esto fortalece enormemente al Yo y por ende, al individuo.

Sin duda, existen casos en donde aún a pesar de los cuidados que se brindaron en etapas tempranas y de un ambiente favorable al individuo, éste se encaminó más hacia la patología. El por qué, la razón de ésto sigue siendo un misterio, y en sí llegar a la salud mental es un completo triunfo del Yo. El ser humano es tan complejo y quedan tantas interrogantes sin respuesta que el estudio de la identidad es una de las piezas que componen al hombre.

Lo que no se puede dudar, es que el hombre es un todo, una unidad indisoluble en donde no se pueden tomar las características por separado, sino que

por el contrario, se le debe estudiar como una gestalt bio-psico-social, en la que estos tres factores se interrelacionan en diferentes medidas en cada ser humano.

El ser humano es algo más que su parte física, tiene además componentes emocionales y psicológicos, mentales y racionales.

Esto se puede constatar cuando por ejemplo muere un ser querido, se puede ver el cuerpo físico, pero lo que le daba vida, es lo que se extraña, lo que se echa de menos; esa parte emocional, afectiva, psicológica, mental es lo que a fin de cuentas "rellenaba" lo físico, lo corpóreo y que hacían a esa persona única.

Es tarea del psicólogo, así como de otros estudiosos del comportamiento humano fomentar la salud mental y fortalecerla y esto puede ser posible desde el punto de vista de la identidad.

Se pueden utilizar varios métodos para encajinar a la identidad hacia la salud mental, lo cual es posible mediante la prevención desde sus tres perspectivas: primaria, secundaria y terciaria.

En la prevención primaria se interrumpe o modifica el ambiente para evitar que el individuo se enferme. Implica evitar la aparición de trastornos psicológicos producidos por la aparición de enfermedades que lleven a la no identidad. Las cuales como ya se revisó, pueden surgir por anomalías genéticas, complicaciones antes, durante o después del parto, deficiencias alimenticias, enfermedades infecciosas, entre otras. Si se llegan a controlar estos factores es muy posible que se pueda evitar el surgimiento de una patología.

En la prevención secundaria se toman medidas terapéuticas y de orientación para restaurar en las fases tempranas a un individuo con vías a tener una identidad mal estructurada, y llevarlo a un estado de buena salud para que se desarrolle adecuadamente. Es una intervención temprana para evitar consecuencias negativas. Para llevarla a cabo, no hay que esperar que el individuo llegue a la edad adulta ya que es en los primeros años de vida cuando se deben tomar las medidas necesarias para que el individuo alcance un desarrollo adecuado. Como ya se ha revisado, la gran mayoría de trastornos tanto neuróticos como psicóticos surgen en la infancia, es por esto que el niño debe sentirse aceptado, amado y protegido para que encuentre la seguridad y la confianza básica que le sirvan para desenvolverse en la

vida. Los padres deben aprender a ser flexibles y a no imponer su voluntad en sus hijos, puesto que cada uno de ellos tiene una identidad diferente a la de ellos como padres y a la de sus demás hermanos. Ser padre no es una tarea fácil y lo mejor sería adoptar la responsabilidad de serlo cuando la persona y la pareja se sienta madura psicológicamente para hacerse cargo de un niño. Para lograr una estructuración de la identidad es muy importante la calidad de la relación familiar, del amor que se le da al niño. Es la calidad lo que importa no la cantidad. Los padres deben hacer que el niño aprenda a valorarse a sí mismo por sí mismo. Deben impulsar a su hijo a ser independiente sin que el niño se sienta culpable por alejarse y es importante que sienta que puede contar con ellos en cualquier momento.

No se debe olvidar que el niño es un ser en proceso de crecimiento y para que logre su total desarrollo y madurez necesita recibir afecto, amor, seguridad, comprensión y disciplina. Necesita ser estimulado ante sus éxitos para que sienta la aceptación social. Es importante que el niño desarrolle el sentimiento de que puede provocar amor y de que su individualidad es respetada por sus padres, que tenga confianza en su propia fuerza y en su capacidad como persona con derechos propios.

Por último, en la prevención terciaria se incluyen medidas e intervenciones que se aplican para reestablecer un grado de mayor deterioro en la identidad del individuo, en quienes ya sufren trastornos más graves o persistentes o progresivamente deteriorantes. Es decir, se utilizan las medidas higiénicas cuando la identidad ya ha sido estructurada inadecuadamente.

Aquí las causas pueden ser las mismas que en la prevención secundaria (falta de amor, inseguridad, carencia de confianza básica, falta de apoyo para que el niño adquiera libertad e independencia, etc.). Para llevar a cabo la prevención terciaria es necesario tomar en cuenta la historia particular de cada individuo para que de acuerdo a ésta se enfoque el tipo de tratamiento adecuado a él. Se debe hacer conciente al sujeto de la falla en su vida para que sea él mismo quien se conduzca por el camino correcto, de lo contrario, si no se atacan las causas los síntomas reaparecerán y el problema no se habrá solucionado.

Es importante que el sujeto no sólo se de cuenta de que algo anda mal, sino que debe comprender el por qué su vida está mal y conocer las causas que lo

llevaron a una mala estructuración de su identidad. Esto sólo es más posible en el caso de las neurosis, porque como se ha revisado, el psicótico tiene una ruptura con su realidad interna y externa y para él lo real es lo que vive en sus fantasías. El primer paso para ayudar a un individuo con mala estructuración de su identidad es darle un objetivo que pueda seguir, y éste siempre debe ir en función del cumplimiento de su identidad.

El ser humano es un ser que cuenta con muchos recursos dentro de sí mismo para entenderse, para mejorar su autoconcepto, para reorientar sus actitudes y su conducta dirigida a metas equivocadas y para saltar a una vida libre e independiente lejos de culpas y de vergüenza.

Es deber del psicólogo ayudar al individuo a contactar consigo mismo, empujarlo hacia la aventura de buscarse dentro de sí para encontrarse, porque a fin de cuentas la identidad es el resultado de esa búsqueda en el interior de cada quien.

La identidad como concepto de mismidad del individuo empieza a estructurarse recientemente, ya que en un principio es la personalidad la que se estudia y de la que surgen teorías y postulados. Es en el devenir histórico del lenguaje, así como del ser humano que se llega al estudio de la identidad.

Se puede decir que el concepto de personalidad engloba todas las características del individuo y el concepto de identidad les da un sentido, las explica para el individuo.

El concepto de sí mismo se puede utilizar también como sinónimo de identidad, ya que se le toma como una unidad estructurada, flexible y funcional, como ya se revisó.

Es importante tomar en cuenta que en el estudio de la identidad, la idea del determinismo, de la parcialidad, no puede ser tomada como verdad dentro del concepto de identidad, ya que el ser humano es capaz de cambiar sus bases para lograr un sentido a la vida; todo esto es posible gracias a sus propios recursos inherentes a su naturaleza humana.

Es por esta razón que posturas como las de Laing, donde sólo se toma en cuenta el factor social como determinante de la identidad no pueden ser tomadas en

serio si se quiere hablar de identidad, ya que ésta involucra más esferas, no sólo la social.

Si bien la esfera social cumple un papel importante en el individuo, ésta no lo determina totalmente. Antes que pensar en la identidad social de un grupo X es importante detenerse a pensar en la identidad individual, ya que de lo contrario no se puede dar una identidad social.

La identidad es el ser sí mismo en todo momento y lugar, incluye los atributos físicos, los sentimientos, pensamientos, acciones, impulsos y razonamientos. Permite al individuo saber que es diferente, que nació y morirá siendo único e irrepetible.

El hombre debe pensar de sí mismo como hombre-individuo antes que como hombre-sociedad.

La identidad es la suma de todas las características, identificaciones, introyecciones y proyecciones que el individuo realizó principalmente durante su infancia, cuando aún no tenía la conciencia de sí como ser separado, independiente; junto con las realizadas a lo largo de su desarrollo.

La identidad le da sentido a la vida del individuo porque es así como puede trazarse metas y objetivos responsables y de acuerdo a sus propias capacidades.

Se puede decir que todos los seres humanos compartimos el mismo mundo físico, objetivo, pero cuando nos entregamos al sueño o a la reflexión de uno mismo es que nos damos cuenta de que cada uno habita en un mundo diferente al de los demás. Este mundo diferente y privado es nuestro propio Yo.

El hombre está dotado de libre albedrío, el cual puede ejercer dado que es dueño de sí mismo.

Por mucho que se ame a otra persona, ésta no puede vivir la vida por uno, uno es responsable de su propia vida, de sus actos, de sus ideas y pensamientos. El hombre nace solo y muere solo y de él depende enriquecer su vida con la compañía de otros. Las relaciones interpersonales son muy importantes para todo ser humano y

si la identidad está dañada, costará mucho trabajo lograr establecer un contacto con los demás.

El hombre es un ser pensante, capaz de reflexionar, por lo que puede decidir por sí mismo y tomar responsabilidad de sus actos.

Es muy cierto que en la infancia son nuestros padres los que nos enseñan normas y reglas, esto deja una huella en nuestro sí mismo, en nuestra identidad y a pesar de ésta determinación nosotros con el tiempo tenemos la facultad de decidir lo que más nos conviene o agrada. Siempre tenemos el poder de decidir y de cambiar.

Como se revisó, desafortunadamente, muchos individuos se ven afectados biológica o genéticamente y les es imposible alcanzar una identidad. Igualmente muchos estructuran de una forma negativa o incorrecta su identidad debido a lo vivenciado en su infancia principalmente, sin embargo, existe en el individuo lucha interior que lo impulsa a buscarse, a tratar de encontrarse y el psicólogo debe ayudarlo a contactar consigo mismo.

En el caso de las psicosis, cuando el individuo ha perdido el contacto con su realidad interna y externa, hay que tratar de encontrar alguna herramienta dentro del mismo sujeto que lo ayude a recobrar su yo, un yo perdido en el océano de sus fantasías.

Es importante recordar que el psicólogo no debe tratar de imponer al paciente sus propios deseos ni guiarlo de acuerdo a su moral o pensamiento. Es vital saber respetar la propia identidad del individuo y ayudarlo sin importar que su manera de ser sea contraria a la propia creencia del psicólogo.

Para finalizar, se puede decir que un individuo sano es aquel al que sus padres planearon y desearon, y al que entregaron cuidados y cariño desde que se le engendró o aquel a quien amaron aunque no lo hayan programado. Es aquel que se desarrolla en un ambiente favorable para su desarrollo físico, mental y emocional y quien atraviesa por las diferentes etapas del desarrollo de manera exitosa que lo lleva a ser un individuo maduro psicológica y corporalmente, que es independiente, responsable y productivo y que tiene una identidad bien integrada y definida.

Hace tiempo Hesse escribió un libro titulado "Siddharta" en donde narra la lucha de éste por encontrar el lugar donde el ser humano puede encontrarse a sí mismo y donde no le hace falta nada. Algunas párrafos reflejan en gran medida el interés central de este trabajo de tesis:

"Y escrito está que el hombre, mientras duerme, durante el sueño profundo, penetra dentro de su interior y vive en el ATMAN".

Habla de su búsqueda de ese lugar, esa fuente donde es posible que el hombre no sienta ninguna falta o carencia y por lo tanto, donde se sienta completo e íntegro.

"¡Esa primera fuente, debía, tenía que encontrarse en el propio yo! ¡Era necesario poseerla! Todo lo demás era una búsqueda vana, un rodeo, un desvarío".

Siddharta "aprendió a caminar por estos y muchos senderos. Mil veces abandonó su yo; durante horas y días permanecía en el no ser. Pero aunque los caminos se alejaban del yo, su final conducía de nuevo hacia el yo. Aunque Siddharta huyó mil veces del yo, permanecía en el vacío, en el animal, en la piedra, no podía evitar el regreso, como era imposible escapar de la hora en que se vuelve uno a encontrarse bajo el brillo del sol o de la luz de la luna, en la sombra o en la lluvia. Y de nuevo era el yo y Siddharta, y sentía otra vez la tortura del oneroso ciclo vital".

Siddharta pasa mucho tiempo de su vida en la búsqueda de ese lugar maravilloso. Se une a muchos grupos, recorre todo el mundo y al final se da cuenta de que no era necesario viajar grandes distancias para dar con ese lugar. Lo único que hacía falta era adentrarse en su propio Yo, conocerse, palpase interiormente para llegar a ese lugar fuente de todo bienestar.

Particularmente, este trabajo me ha dejado un gran beneficio y me ha sido de gran ayuda para mí misma y mi identidad, he logrado saber que a pesar de haber atravesado etapas difíciles mi identidad tiene consistencia y constancia, puedo decir que Yo soy yo y nadie más. Considero que el trabajo es una aportación bibliográfica que dará pie a futuras investigaciones. Es una pieza más en el rompecabezas del gran y extenso estudio del hombre.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

ABERASTURY, A.; Knobel, M. (1984) *La adolescencia normal*. Edit. Paidos, Buenos Aires.

AINSENSON Kogan, Aída. (1982) *El yo y el sí mismo*. Edit. Paidos, México.

ALLPORT, Gordon W. (1959) *Identity and the life cycle*. Selected papers. Int. University Press, Nueva York. p. 89

ALLPORT, Gordon W. (1980) *La personalidad*. Edit. Herder, Barcelona.

ANAYA Dávila G., Patricia E. (1990) *La modalidad de la relación conyugal en función de la identidad*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M., México.

BERRY B. F., Cramer, B. G. (1990) *La relación más temprana*. Edit. Paidos, Barcelona.

BISCHOF, Ledford S. (1985) *Interpretación de las teorías de la personalidad*. Edit. Trillas, México.

BLOOD, B.; M. Blood. (1980) *El noviazgo en la sociedad actual*. Edit. Pax-México, México.

BLOS, P. (1981) *Psicoanálisis de la adolescencia*. Edit. Joaquín Mortiz, México.

BONNET, Gérard (1992) *Las perversiones sexuales*. Publicaciones Cruz, México.

CAMERON, N. (1982) *Desarrollo y psicopatología de la personalidad*. Edit. Trillas, México.

CLARK, Graham (1985) *La identidad del hombre vista por un arqueólogo*. Edit. Paidos Ibérica, Barcelona.

COLEMAN, J. (1985) *Psicopatología de la adolescencia*. Edit. Morata, Madrid.

CUELI, José (1976) *Teorías de la personalidad*. Edit. Trillas, México.

CUEVAS Fournier, Lucía E. (1966) *La identidad (Algunos aspectos teóricos |consideraciones psicológicas en 12 adolescentes)* Tesis de licenciatura. U.N.A.M., México.

DIAZ Conty, Ricardo (1964) *Algunos aspectos de la identidad*. Trabajo presentado en la Asociación Psicoanalítica Mexicana, México.

DICARPIO, N. (1985) *Teorías de la personalidad*. Edit. Interamericana, México.

DORSCH, E. (1976) *Diccionario de Psicología*. Edit. Herder, Barcelona.

DSM-III-R (1988) *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Edit. Masson, Barcelona.

ERIKSON, Erik (1977) *Identidad, juventud y crisis*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

ERIKSON, Erik (1976) *Infancia y sociedad*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

EY, Henry (1987) *Tratado de psiquiatría*. Edit. Masson, Barcelona.

FENICHEL, Otto (1992) *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Edit. Paidós, México.

FERRATER Mora, José (1971) *Diccionario de filosofía*. Tomos I y II. Edit. Sudamericana, Buenos Aires.

FREUD, Anna (1992) *El yo y los mecanismos de defensa*. Edit. Paidós, México.

FREUD, Anna (1976) *Psicoanálisis del desarrollo del niño*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

FREUD, Sigmund (1992) *Obras Completas*. Tomos XI y XIX (1912, 1923). Amorrortu, Buenos Aires.

FROMM, Erich (1950) *El arte de amar*. Edit. Paidós Studio, México.

FROMM, Erich (1947) *Ética y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, México.

GOLDMAN, Howard H. (1989) *Psiquiatría general*. Edit. Manual Moderno, México.

GREENACRE, Phyllis (1958) *Early physical determinants in the development of the sense of identity*. Journal of the American Psychoanalytic Association. Vol VI.

GRINBERG, Leon (1976) *Introducción a las ideas de Bion*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

GRINBERG, Leon; Grinberg, Rebeca (1973) *Identidad y cambio*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

HERRASTI A., Eduardo (1993,1994) *Apuntes de la clase de 9o. semestre "Teoría General y Especial de las Psicosis"*

HESSE, Hermann (1993) *Siddharta*. Editores mexicanos unidos, México.

HORNEY, Karen (1976) *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Edit. Psique, Buenos Aires.

HURLOCK, E. (1970) *Psicología de la adolescencia*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

ICD-10 *Catálogo Internacional de las Enfermedades*. Organización Mundial de la Salud.

JASPERS, Karl (1973) *Psicopatología general*. Edit. Beta, Buenos Aires.

KERNBERG, Otto (1991) *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. Edit. Paidós, México.

KLEIN, Melanie (1986) *Obras Completas*. Vol VI Edit. Paidós-Horné, Buenos Aires.

LAING, Ronald (1964) *El yo dividido*. Fondo de cultura económica, México.

LAING, Ronald (1978) *El yo y los otros*. Fondo de cultura económica, México.

LAPLANCHE, J.; Pontalis, J. B. (1978) *Mid-life: Must it be a crisis?* Paper presented at the annual meeting of the gerontological society. Dallas.

LOHLE, Carlos (1974) *Breve enciclopedia de filosofía y psicología*. Edit. Lohlé, Buenos Aires.

LORIMIER, J. (1971) *El adolescente: Proyecto vital*. Edit. Morova, España.

MAHLER, Margaret (1984) *Simbiosis humana: Las vicisitudes de la individuación*. Edit. Joaquín Mortiz, México.

MARTINEZ Blancas, María G. (1989) *El hombre: Su identidad y su sociedad*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M., México.

MAY, Rollo; Allport, G. y cols. (1963) *Psicología existencial*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

MEAD, Charles H. (1972) *Espíritu, persona y sociedad*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

MICHACA, Pedro (1987) *Desarrollo de la personalidad. Teorías de las relaciones de objeto*. Edit. Pax-México, México.

MONEY, J.; Ehrhardt, A. (1972) *Desarrollo de la sexualidad humana, diferenciación y dimorfismo de la identidad de género*. Edit. Morata, Barcelona.

MORRIS, Charles G. (1987) *Psicología. Un nuevo enfoque*. Edit. Prentice-Hall, México.

MUSS, E. (1974) *Teorías de la adolescencia*. Edit. Paidós, Buenos Aires.

ORLOFSKY, J. (1978) *Identity formation. N achievement and fear of success in college men and women*. Journal of youth and adolescence, Vol 7 pp. 49-62.

ORLOFSKY, J.; Marcia, J. & Lesser, L. (1973) *Ego identity status and the intimacy vs. isolation crisis of young adulthood*. Journal of personality and social psychology, Vol 27(2) pp-211-219.

PAPALIA, D.; Wendkos, O. S. (1990) *Desarrollo humano*. McGraw-Hill, México.

PAPALIA, D.; Wendkos, O. S. (1989) *Psicología*. McGraw-Hill, México.

PEARSON, G. (1975) *La adolescencia y el conflicto de las generaciones*. Edit. Siglo XX, Argentina.

PIAGET, Jean (1974) *Seis estudios de psicología*. Edit. Seix Barral, Barcelona.

POWEL, H. (1980) *La psicología de la adolescencia*. Fondo de cultura económica, México.

RANK, Otto (1985) *El trauma del nacimiento*. Edit. Paidós, Barcelona.

ROGERS, Carl (1980) *El poder de la persona*. Manual moderno, México.

ROGERS, Carl (1961) *On becoming a person*. Edit. Paidos, Buenos Aires.

SCHUTZ, William (1978) *Todos somos uno. La cultura de los encuentros*. Amorrortu, Buenos Aires.

SEGAL, Hanna (1992) *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Edit. Paidos, México.

SIMON, Pierre (1979) *Las relaciones interpersonales*. Edit. Herder, Barcelona.

STONE y Church, L. J.; Church, J. (1959) Edit. Hormé, Buenos Aires. En Aberastury A.; M. Knobel (1984) *La adolescencia normal*. Edit. Paidos, Buenos Aires.

TERRAZAS Salgado, Rosa L. (1985) *La identidad y su psicopatología*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M., México.

WINNICOTT, Donald W. (1981) *El proceso de maduración en el niño*. Edit. Laia, Barcelona.

WINNICOTT, Donald W. (1982) *Realidad y juego*. Edit. Gedisa, Buenos Aires.